

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene*

UN CUENTO DE
CARRANQUE DE RIOS



UN ARTICULO DE
MANUEL ABRIL



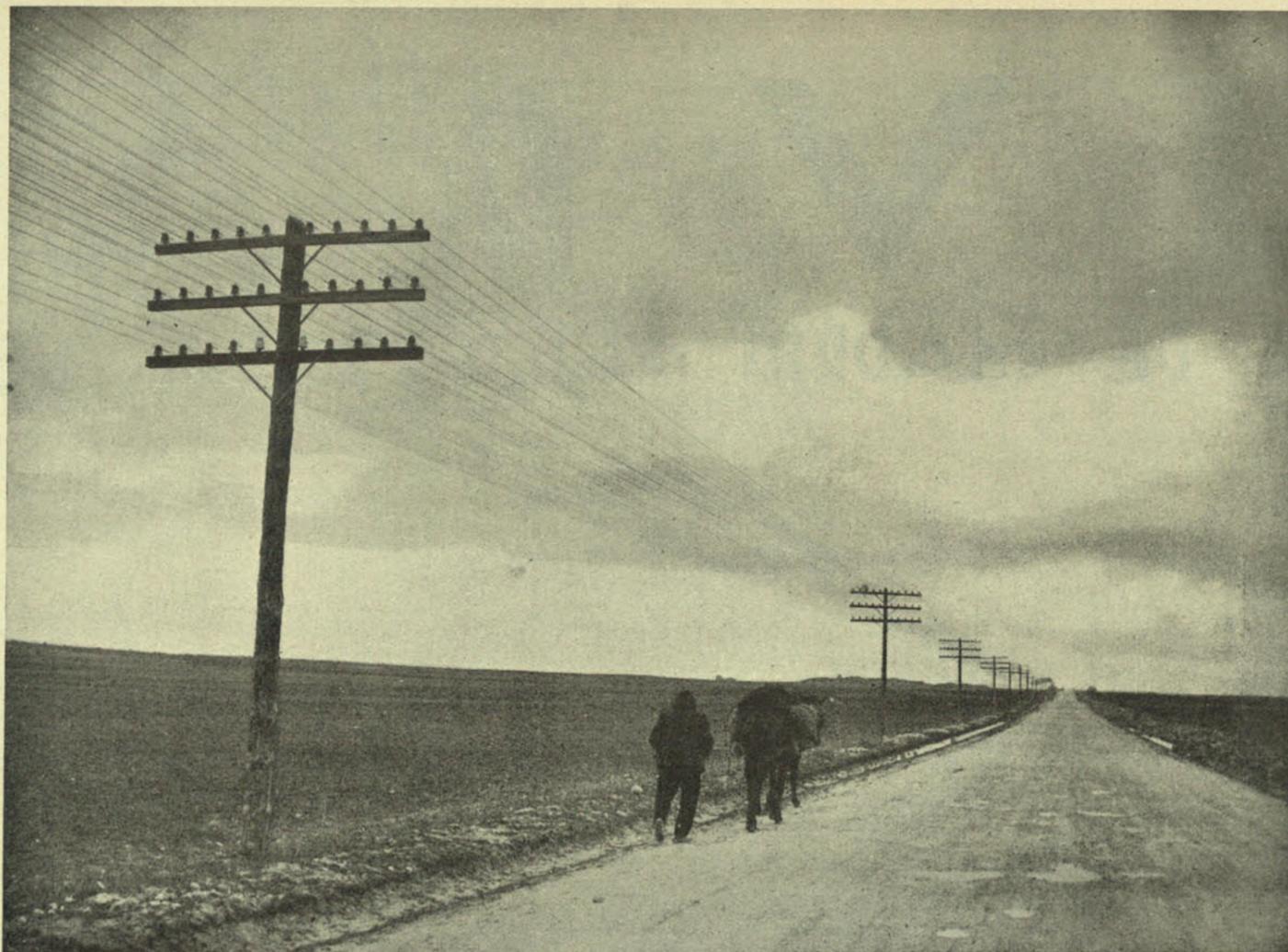
UN ARTICULO DE
ANTONIO ASENJO



Dibujos de ARTECHE, M. ROSA
BENDALA, HORTELANO,
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS

F O T O G R A F I A D E J A N G E L L A R A C I L L



En España, durante el pasado mes de diciembre, 670.800 personas lograron ganar mucho tiempo y tuvieron la satisfacción de ponerse en contacto con otras personas ausentes, sin los gastos y molestias de un viaje.

Esto no es producto de la fantasía. Es el resultado de 1.677.579 conferencias telefónicas interurbanas celebradas, de las cuales, en el 65 por 100 de los casos, la comunicación quedó establecida en menos de dos minutos.

Si usted no está incluido entre esas 670.800 personas, piense bien en las ventajas del servicio telefónico interurbano, porque vale la pena.

COMPAÑÍA TELEFÓNICA NACIONAL DE ESPAÑA

Banco de Crédito



Local de España

Esta Institución contrata créditos y préstamos amortizables con las Corporaciones locales—Ayuntamientos y Diputaciones—para la realización de obras y servicios rápidamente reproductivos, estando asegurados los contratos con garantías suficientes y fácilmente realizables.

En representación de sus operaciones, el Banco emite **Cédulas de Crédito Local** con la garantía de todas las anualidades contratadas con las Corporaciones, e indistintamente de todos los derechos, acciones y bienes, con hipoteca o sin ella, afectos por aquéllas al cumplimiento de sus obligaciones con el Banco; todos los bienes y valores que forman el activo de la Institución garantizan también las Cédulas en curso.

Las Cédulas son cotizadas diariamente como efectos públicos en las Bolsas oficiales; son pignorable en el Banco de España y en el emisor, siendo además utilizables para la formación de reservas de las Compañías de seguros y para la constitución de fianzas y depósitos en Diputaciones y Ayuntamientos.

Las Cédulas de Crédito Local Interprovincial y los Bonos Exposición Internacional, valores emitidos también por este Banco, tienen la especial característica de estar **directamente garantizados por el Estado**, y de ser admitidas las primeras por su valor nominal en las fianzas que haya que constituir en las Diputaciones Provinciales.

SERVICIOS ESPECIALES DEL BANCO NEGOCIACION:

El Banco facilita directamente la adquisición y venta de los títulos por él emitidos, así como por medio de los Bancos, agentes de Bolsa y corredores de Comercio.

Los títulos se remiten a los adquirentes debidamente asegurados.

DEPOSITOS:

Los adquirentes de títulos pueden dejarlos en depósito en las Cajas del Banco, **sin satisfacer derechos de custodia.**

CUPONES Y AMORTIZACION:

Todos los valores emitidos por el Banco devengan cupones trimestrales, y la amortización de aquéllos se verifica anualmente.

Los cupones de los títulos depositados en el Banco pueden hacerse efectivos desde el día de su vencimiento en las oficinas de aquél, o encargándose el Banco de girar o situar su importe a comodidad de los depositantes.

El Banco revisa cuidadosamente las amortizaciones, avisando a los interesados.

PIGNORACION DE CEDULAS:

Las Cédulas de Crédito Local son admitidas por el Banco Emisor y por el Banco de España en garantía de préstamos y cuentas de crédito.

OPERACIONES Y CONSULTAS:

Para realizar operaciones sobre Cédulas de Crédito Local y demás valores emitidos por el Banco, lo mismo que para resolver consultas relacionadas con aquéllos, dirigirse personalmente o por correspondencia a las Oficinas del Banco.

Dirección abreviada: **CREDILOCAL** Oficinas: } **SALON del PRADO, 4**
Teléfonos 12848 y 12850



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 16 de enero de 1935 Núm. 4



El Dr. Fernández Cuesta, recientemente honrado con un premio por su trabajo literario "¡Ya anda el nene!", publicado por nuestro estimado colega "Heraldo de Madrid", cumple en su sección "Con el médico" una importantísima labor social. En España los niños suelen estar mal cuidados y no se presta a su educación física el interés que exige un desarrollo normal futuro. En este sentido, la campaña emprendida desde nuestras columnas debe ser atendida y apoyada por todos los buenos padres que anhelan para España generaciones fuertes y sanas.



En el número de hoy presentamos a un nuevo y valioso colaborador: Carranque de Ríos, autor del cuento central "El señor director", que aparece ilustrado por Ar-teche.

Manuel Abril, nuestro eminente crítico de arte, vuelve a engalanar nuestras páginas con un ensayo sobre la escenografía de Fontanals, en "Yerma".

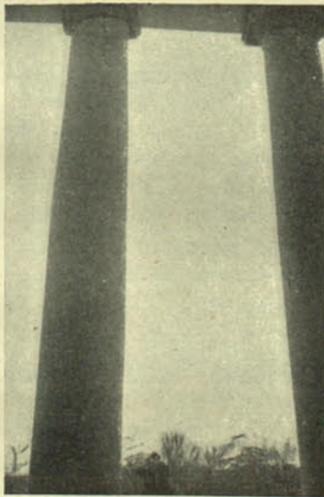
Antonio Asenjo, el aplaudido autor, traza con su maestría habitual la recia personalidad de Ricardo Fuente, al cual se le rindiera un merecido homenaje la semana pasada.

En las firmas extranjeras damos a nuestros lectores dos expresiones eminentes de la literatura francesa actual: Paul Morand, autor de "Pájaros de América", y Camilo Mauclair, que refiere sus impresiones del Madrid moderno, completando las que diéramos en nuestro número anterior de Teófilo Gautier sobre nuestra villa hace cien años.



CIVIDAD se propone hacer conocer en España a todos los escritores que fuera de ella realizan su obra en castellano. En toda la América, y en las apartadas Islas Filipinas, existen valores literarios que mantienen honrosamente la amplitud de nuestra habla. En Filipinas, donde nunca los españoles nos preocupamos de interesar al nativo en la lengua castellana, existen, empero, jóvenes periodistas y escritores que, sobre la acechanza, cada día mayor, del idioma inglés, mantienen diariamente en la Prensa, en castellano, el interés por nuestro idioma común. Benigno del Río, joven periodista filipino, es uno de ellos. Ofrecemos hoy un ligero cuento suyo, "El manangete", fresco en colorido indígena.

LA SEMANA



ESTOS fustes monolíticos de granito vetón, obra del tiralíneas obediente al módulo clásico, son una lección clavada en el purísimo aire de la ciudad. Lección ¡cuánto tiempo olvidada! Una ola espesa de cemento engarabitado en millares de disparates ha pasado frente a los tirso de piedra berroqueña. No los arrasó de milagro, porque se desvió unos metros, nada más. Los bastantes para destruir el bellissimo pórtico de la "Platería de Martínez", víctima del frenesí de treinta años de chabacanería arquitectónica.

Hay dos disciplinas terriblemente difíciles y costosas que, por épocas muy largas, la Humanidad desdeña. Prefiere desconocerlas, arrinconarlas, esconder la cabeza debajo del ala. Y luego, ¡claro!, hay que volver a estudiar Geometría y Humanidades. Y un poco de Latín también.

Platón escribió a la puerta de la Academia de Atenas su "Nadie entre sin saber Geometría". Un Platón artesano, de la más bella y noble de las artesanías, madrileño e impresor, el maestro Ibarra, sin saberlo tal vez, glosó la frase platoniana de esta inefable manera. Le traían un aprendiz, hijo de un amigo suyo, a quien preguntó al chico si sabía Latín y Humanidades. Al contestar el mozo que no, el maestro Ibarra le hizo esta pregunta:

—¿Y sin saber Humanidades quieres ser "nada menos" que impresor?

Hay un retorno, apenas iniciado entre los arquitectos españoles que aún sufren la peste del cemento, hacia la fórmula "palladiana", hacia la serena belleza de lo que se tiene en pie porque, lógicamente, se puede tener. Ya no es posible poner dinamita en los cimientos de algunos mastodontes urbanos en la calle de Alcalá. Pero, como un símbolo del retorno a la Geometría, ahí está la casita ochocentista encajonada entre la mole infamante del Ministerio de Instrucción pública ¡y Bellas Artes! y la casa de Negresco. Un criterio sereno y prudente la ha conservado "por la escuadra y el compás". Así vamos bien...

La arquitectura de cemento, hierro y cristal va encontrando su manera y su empleo y ya empiezan los jóvenes a darse cuenta de que el hallazgo de nuevas técnicas en la construcción no justifica "siempre" el cubo, el prisma, el rectángulo. Por algo ese instrumento, casi tan viejo como la humanidad, se llama "compás". Y se empieza en Madrid a "llevar el compás".

Los fustes monolíticos del Museo del Prado sean perenne lección de piedra jamás olvidada.

HAY otra cara de la ciudad. La cara lavada y pulcra de la puebla matritense, ribereña del Manzanares, serrana y perfumada por esos vientos esenciales que se nutren, como la pitanza del español, con romeros, tomillos y hierbas, que también son golosina del gamo de los cotos reales y del conejillo golfante.

"Praderas" llama el madrileño, con una figura hiperbólica muy graciosa, a ciertos claros que han convenido en dejar libres el río y la ciudad, que tan bien se llevan. Al borde de esas praderas el madrileño ha ido creando su estilo domiciliario campero, su ventorro blanco y rojo, con anchos portones y ventanas floridas, con tejadillos ribeteados de cal.

Esta casita todavía no ha entrado en la Academia. Así, pues, no la preguntemos si sabe Geometría ni si sabe Humanidades. No sabe más que algunas pequeñas picardías. Tiene, en cambio, esa cosa indecible que es la dimensión no buscada, sino encontrada, como la paloma encuentra el camino contra los vientos impropicios.

El cortijo andaluz ha pisado ya los umbrales de la inmortalidad con bastante suerte: entre los arquitectos norteamericanos, que le han "lanzado" en el Oeste lejano, y los españoles, viste ya de largo garbosamente. El caserío vasco sabe—con menos fortuna y peor gusto—de las manos pulidas de las alfombras de nudo y de la calefacción central. La casona montañesa—que cruzó bajo los dinteles académicos de la mano ilustre de Rucabado y anda ahora en una terrible decadencia del gusto—también se hizo señora. ¿Y nuestro ventorro madrileño? He aquí, al margen, un trozo bellissimo de arquitectura rural ribereña del Manzanares. Fruta silvestre, un poco agria y verde, pero llena de aroma para el buen gusto de los jóvenes arquitectos. Está ahí, al alcance de la mano. Si se tarda, pueden ahogarla las "colonias", esa cosa horripilante, esos conjuntos que ponen de punta los nervios mejor organizados. Ese batiburrillo que, afortunadamente, se está devorando el clima sañudamente y al que no hay madrileño que quiera irse a vivir.

Dicen que un poco más al Norte de la Pradera del Corregidor se oyen algunas noches unos bramidos espantables que ponen pavor. Parece que es el fantasma de un hombre sordo, aragonés y malhumorado, que gesticula entre unas casitas ridículas que parecen de cartón. Alguien le ha oído gritar:

"¿Y para esto pinté yo los temples de San Antonio de la Florida?"





ESCENA DE "LAS LAVANDERAS" DE YERMA

Nada importará que este artículo vaya a manos del lector en las páginas de CIUDAD a las dos o tres semanas de estrenado *Yerma*, dado que nosotros no queremos escribir aquí unas líneas de mera información de actualidad, sino, por el contrario, atender en lo actual a lo perenne.

Y, sobre todo, iniciar una costumbre que debiera serlo ya entre nosotros los cronistas de artes plásticas: dedicar especial atención a la actualidad escenográfica.

Estamos a cada paso dedicando palabras de reseña—cuando no de más que reseña—a cualquier pintador que cuelga cuadros, y, en cambio, dejamos que el arte de la escenografía se quede relegado a una cita, sin duda elogiosa, pero de pasada y casi como estrambote, en la revista literaria de la obra.

Merece más, en verdad, la escenografía de un Manolo Fontanals, de un Burmann, de un Mignoni, de un Salvador Bartolozzi. Disponiendo de medios escasos—escenarios anacrónicos, luces antediluvianas—, y con frecuencia careciendo hasta de espacio, van estos



Arte y Vida por Manuel Abril

La escenografía de "Yerma"

escenógrafos de España obteniendo resultados milagrosos y manteniendo el nivel de su oficio a una altura bastante mayor que la literatura a que sirven.

¡Ah si el tono literario y teatral de ciertas obras pudiera estar a diapason—en realización y en concepto—con la escenografía!...

La labor de Manuel Fontanals en la obra *Yerma* supera a lo habitual, con todo y ser lo habitual tan honroso como decimos. No es sólo que "sirva" a la obra: es que la realza y eleva por su cuenta con verdadera iniciativa creadora, que sabe conservar el valor propio del texto sin destruir—¡al contrario!—la subordinación necesaria.

El cuadro de las lavanderas—número "de repetición" en la obra—está, sin duda alguna, conseguido por el autor de la letra y por el director de la escena. Hemos visto pocas veces—quizás nunca—un resultado más completo y más feliz de ensayos bien dirigidos. Allí la frase va, de boca en boca, pasando de unos en otros con un ritmo y un tiempo calculados, medidos, conservados con rigor, a fin de que la palabra cambie de lugar y de tono, pero conservando siempre la ilación melódica y la rítmica, lo mismo que en la orquesta va la dicción, con sus diversos accesorios, pasando de ins-

trumento en instrumento y logrando el efecto total, no sólo por lo dicho y no sólo por el canto, sino por aquel cambiar de timbres y de voces, y hasta de lugares distintos.

Este modo de hablar en la escena—y es el único modo de hablar propio de una escena que se estime y se dé cuenta de lo que a su arte incumbe—debe ser dirigido con batuta y un metrónomo. Es un número de música, tanto más exigente y más preciso cuanto que la música hablada es más sutil e incoercible que la otra.

El director de escena y el autor han sabido lo que han hecho, no va en el valor dramático o poético—esa cuestión aquí, no siendo de nuestra sección, no hemos ni siquiera de rozarla—, sino en saber de qué modo se puede obtener de una escena el máximo rendimiento espectacular, gracias al uso oportuno de los recursos escénicos.

Han sabido los autores lo que han hecho, pero el escenógrafo ha ofrecido con su acierto un terreno insospechado, sin el cual no hubiera lo demás alcanzado la eficacia que alcanzó y no hubiera ni aun sido posible.

Si el grupo de lavanderas, en vez de estar distribuido según lo está, en un plano vertical o poco menos, como en una ladera de montaña, hubiera estado en el plano de las tablas, a ras de candilejas, y en una superficie horizontal, no hubiera podido obtener el efecto magnífico que obtiene, por muy bien ensayado que estuviera y por mucha inspiración que pudiera tener la letra.

Hay que hacer hincapié en estas cosas, porque de ellas depende, no el elogio mayor o menor a un artista, sino la comprensión del verdadero arte escénico y de sus medios de expresión característicos. El arte verdadero de la escena tiene que entrar por la vista y el oído tanto como por la inteligencia.

El "número" de las lavanderas es un número musical, que va paulatinamente preparando un crescendo graduado hasta rematar en la nota triunfal que ha de producir explosión en el ánimo del espectador. Eso se consigue "viendo" más que oyendo. Al escenógrafo incumbía en este caso la aportación de una realidad visual que fuera equivalente en repercusiones psíquicas a la realidad auditiva del recitado del texto.

Así lo ha comprendido Fontanals con penetración sutilísima. El equivalente visual del crescendo auditivo es la pirámide. Si la musicalidad del diálogo quiere primero jugar a un verdadero peloteo, movidísimo y cambiante de la frase, para luego iniciar el crescendo y rematar en fortísimo entusiástico, la plástica, para ello, debe ofrecer, por su parte, el andamio emotivo para que se haga visible, y no solamente audible, ese proceso. De ello depende todo.

Y así es. Primero, un fondo claro, pero sin notas vibradoras de color. El decorado propiamente dicho se reduce al ocre claro de la tierra donde juegan los arcos azules del agua que cae en crines de caballo: ritmos curvos y discretos. Lo pintado en el papel del decorado no es más que el fondo neutro. Sobre él vienen después, como figuras de Belén, las lavanderas. Sus trajes, de colorines; su distribución, vertical, según va dicho. La tónica de cántico y jolgorio está dada con sólo aparecer, al levantarse el telón, la policromía de la escena. Después, cuando la frase va de unas a otras, el hecho de que estén colocadas las figuras en diferentes alturas hace que, al tiempo de ir el ánimo escuchando, vaya la vista también siguiendo "palpablemente" el cambio de lugar de las frases; y como ese cambio de lugar implica un juego de direcciones de esos cambios, resulta que cada espectador va con la vista tejiendo una verdadera danza de miradas, que van, vienen, suben, bajan, siempre a compás y a cadencia.

Cuando en preciso momento interrumpe el autor de la letra el parloteo aquel, vivaz y saltarino, a fin, sin duda alguna, de ofrecer un descanso en el ritmo, antes de acometer, a fondo ya, el acelerado último, la plástica ofrece igualmente, por su parte, el equivalente visual que requiere el plan escénico. Y así, cuando todas callan porque se presentan en escena las dos mujeres que infunden respeto, y las hacen enmudecer a la bandada, el escenógrafo hace que se presenten en lo alto y enlutadas, con vestimentas rígidas y sobrias. El efecto es concluyente. En la orgía de color, las dos manchas negras y quietas son notas de silencio. En el parloteo casquivano y murmurador se imponen las dos mujeres de luto, no sólo por su presencia, sino por *aparecer en lo alto*, "dominando la situación". Es el escenógrafo, una vez más, el que refuerza y traduce a visualidad la situación psicológica y retórica.

Por último, al reanudarse el parloteo, se ha de precipitar ya el recitado en un *presto scherzando*, que culminará en música cantada y en final de proclama triunfadora. Y aquí, como anteriormente, el escenógrafo prepara la emoción, poniéndola "delante de los ojos". Para que el florón poético culmine efectivamente en cúspide emotiva es necesario que la plástica, también culmine en vértice... Y culmina realmente: allá en lo alto, en el final de aquella escala, que hemos ido subiendo a brincos mágicos, aparece de pronto una figura. Una mora erguida, enhiesta, alzando en triunfal ademán los brazos jóvenes, surge en el momento preciso y lanza la estrofa última y jovial, de manera que remate y sobresalga como sobresale el filado de la tiple en la explosión orquestal culminadora.

¡Eso se llama ser poeta de la escenografía y saber de veras su oficio: saberlo por alma y arte, y no solamente por manos!...

El mismo acierto sigue en lo demás. El interior siguiente, el de la casa, es un prodigio. Allí nada es vistoso, y todo, en cambio, es profundo. Las figuras, por rara excepción, forman un todo pictórico—pictórico y dramático—con los planos lisos y hondos de los muros. Pero con lo dicho basta.



ALAS DEL ALBA

Un velero: el alba

I

*Surtidores del alba:
curvas voces de plata.*

*¡Horas vagas y perdidas
por los caminos sin luces
sin ayer y sin mañana!*

*(Alas frías—y sutiles—
siegan los sueños del alba.)*

II

Sin distancia.

Blancos unánimes en el alba.

Amanecer sin tiempo.

Nada.

Acállanse luces remotas.

Alas blancas.

Horizontes de sueño sin confines de palabras.

Lejana.

Siempre lejana.

Aires inmóviles crucifican recuerdos.

Alas frías y puras.

Alas sin latidos.

Nada.

Pasas eterna.

Por cielos sin vida—galgo de niebla—mi voz obstinada.

Sin distancia.

Blancos unánimes en el alba.

Amanecer sin tiempo.

Alas.

Leves sombras fugaces.

Nada.

III

Serafines de la mañana.

Campanas. Campanas. Campanas.

Un pez.

Rebrillo de escamas

en la pecera del alba.

*(Yo no sé si era el sol,
o una música de arpas,
o si eras tú, en el sueño,
—¡tan blanca!—).*

Campanas. Campanas.

Serafines de la mañana

y peces de sueño

que pasan.



APUNTE
DEL
NATURAL
POR
ARTECHE

NUEVA GUIA DEL ARTESANO
SANTOS EL GUITARRERO
POR
EDUARDO BLANCO - AMOR

Hacia la mitad de la calle de la Aduana hay un tabuco lleno de virutas eminentes, de troncos innominados y de finas planchas de madera que se disponen a recibir espíritu y verbo; vegetales muertos que esperan la resurrección de su carne transubstanciada en melodía y ritmo; herramientas próceres para la prócer manualidad de un oficio que es ritmo y liturgia; y, en medio de este caos, que va a convertirse en cosmos, un hombre de Madrid para todo el mundo, hacia el que miran, con su ojo cíclope, de nácar las pestañas, tapas armónicas de guitarras nonatas, esperando el esqueleto del mástil que les vertebrará el destino; las caderas de la caja, que estarán un día fecundadas de canciones; la espalda, para el amor caliente del corazón artista, y las lenguas de fuego—pentecostés del sonido—de las cuerdas, que han de hablar, en idioma tembloroso y múltiple, danzones sandungos y calientes de Cuba; resbaladizos tangos del Plata; agitados y galanos *tapatios* de Méjico; *tristes* descarnados, como piedras del altiplano andino, nacidos antes en el hueco macabro de la *quena*; minués mozartianos, empolvados y conceptuosos como cortesanos poetas; cifras de Bach, teologales, profundamente humanas y agotadoras de la sabiduría, y danzas invisibles del “duende”, respunteando en primas y bordonas fandanguillos magros en trajes de luces, la “soleá” como una virgen perdida en lágrimas, noches y terciopelos y la “seguriya” blanda y punzante a la vez, como dulce puñalada que nos viene, en el espectro de un sueño, de aquella a quien dijimos:

*Ni contigo ni sin ti,
mis males tienen remedio...*

Porque el tabuco de Santos Hernández confina, en lo geográfico, con los continentes sonoros y, en lo espiritual, con el ultramundo de lo que no muere jamás aunque muera, ni tiene que ver con el tiempo, aparejando como apareja bienes de eternidad: el Arte.

- Santos, ¿y ese cajón?
- Para Méjico va.
- ¿Y aquel otro?
- A los Estados Unidos.

El país de la técnica demoníaca, que robó a los mitos la facultad creadora de la luz, las olas del aire y la doma del fuego, rinde acatamiento a Santos Hernández, artesano español, que raspa sus planchuelas de pinabete con aceros primitivos. Si los rascacielos,

que se golosean en su narcisismo de diez mil ojos adorándose en los grasos espejos del Hudson, pasasen por esta calle de la Aduana, tendrían que saludar el parvo cuchitril de Santos “quitándose las nubes hasta el suelo”. Las nubes, único sombrero empenachado que consiente su dura soberbia de cristal y acero.

Y todo es aquí salsa y alusión del oficio, del oficio practicado con aquella antigua y natural dignidad que labra los capiteles románicos y las vírgenes góticas, quebradas de cintura, con su esguince preñado y exquisito, y las taraceas complicadas “en cuya labor fina gastábanse los ojos”. Y todo adquiere un continente apocado y sumiso, contrafigura de la petulancia de la máquina, frente al argumento central del taller: que es el hombre. Y un aire antiguo también. La bombilla eléctrica mima la rojiza llama del velón, como esta estufa a gasolina, insólitamente encaramada a una mesa, trae a las mientes algo de aquellos viejos chubesquis que servían para desentumecer los glúteos pilongos y sobrevividos de las abuelas décimononas, en otros tiempos rosados y pomposos cimientos del miriñaque o del “recogido” en cola de palomo. Mi alarma escaramuza en silencio contra unas anjarillas de hierro que hay allí. Al fin, pregunto:

—Pero, Santos, ¿una máquina en tal sitio?

—Más o menos. Es para ahorrar, no el tiempo, que lo da Dios de balde, sino esfuerzos inútiles.

—¡Cuidado, amigo, que así empezó la barbarie! El día en que usted someta esta blanca carne pueril de los árboles a las ruedas dentadas de la técnica, sus guitarras, en justa venganza, gargararán esa sucia y carrasposa vergüenza de los sonidos que exhalan los altavoces.

En realidad, no hay por qué alarmarse. El artificio no pasa de ser el pie de una máquina de costura, provista de una rueda pulida en no sé qué arcanos menesteres de esta arcana ciencia de la guitarrería.

El desfile constante de gentes por la tienda no acaba de dejar que yo enhebre el hilo de mi reportaje. Entran dos muchachas.

—¡Hola, Santos! ¿Nos da dos primas?

Las muchachas, apoyadas en el mostrador, se enfrascan en un largo cotilleo profesional con el artesano. Son dos aficionadas, me informa luego: Rosarito Huidobro y Trinidad García Aguado.

Charlamos. Yo abro mis preguntas en abanico, para que Santos, hombre poco locuaz, elija sus respuestas.

No fué siempre del mismo oficio. A los diez años ejerció el aprendizaje de uno que tiene maravilloso nombre. Nada menos que tirador de oro. No sé de lo que se trata, pero tiene por objeto entorchados y jupas rutilantes de la fiesta nacional. Y desde los diez años a los cincuenta y tantos de hoy, a hacer guitarras. Muchas guitarras y a echarlas a volar por el mundo, como grandes calandrias de temblorosa madera, para que un día los “luthiers” eruditos se curven sobre la redonda boca abierta, esperando que conteste el nombre de Santos, como de las comisuras oblicuas de algunos violines salen, pescados por la línea del arco, los nombres de Stradivarius, de Guarnerius...

—Y aquí, en España, ¿para quién trabaja usted?

Santos contesta primero con los ojos, y yo se los veo alumbrados por un contenido y justo orgullo. Luego juega con timidez el naipe de la respuesta, en una clasificación de tres planos, con prioridad a cargo del subconsciente. Y por ello son los flamencos quienes hacen punta en esta categorización:

—Pues para los flamencos todos, de Montoya abajo. De los “clásicos”, para Sainz de la Maza, Sánchez Granada, Fortea, Miguel Angel... Llovet y Pujol llevan, “hasta ahora, instrumentos de Torres. Muy buenos, eso sí, magníficos. Torres, que fué maestro mío y de García, de Barcelona.

—¿Y cuál fué la última guitarra bien pensada que salió de sus manos?

—La de Sainz de la Maza—dice, con cariñoso respeto.

—¿Le gusta Sainz de la Maza?—le pregunto, capciosamente, claro.

—¿Quién? ¿Regino?

Y me mira como si le preguntase cuántos brazos tiene.

—¿Regino? ¡Vamos, hombre!

—¿En qué consiste la excelencia del sonido de una guitarra?

Santos va y descuelga una venerable reliquia que está en la pared ahorcada de un hilo, y se dispone a darme esa “lección de cosas” que los buscones periodísticos recibimos en cada reportaje.

—... y esto es lo que se llama tapa armónica. Esta plancha de madera que cubre la caja de la guitarra y que le hace el rostro, es el todo.

—¿El todo, amigo Santos?

—Y tan el todo, que el gran Torres ha construido una de cartón, menos la tapa, que era, como siempre, de pinabete. ¡Y había que ver cómo sonaba! ¡Y que le llamaban nada menos que *la Leona*!

Le pregunto aún por los continuadores de su arte; desearía verlo rodeado de pequeños aprendices atentos, ojiabiertos, respetuosos, llamándole, con unción catecúmena, maestro. No es Santos hombre elegíaco, que lllore sobre las ruinas de un noble oficio que se va, como todo lo noble. La voz no se le vela de tristezas, pero se arista de ironías.

—Ahora hay mucha prisa para todo. En cuanto un chaval cree que sabe algo, ya se *pone* por su cuenta. A veces, caen en las fábricas, que es como desaparecer. La fábrica es la fábrica, lo mismo que se hagan guitarras que ventiladores. Este es un oficio lento y a veces ingrato, porque siempre trabaja uno como en acertijos. A veces se acierta y a veces no. Los muchachos de ahora no tienen calma para esas cosas.

—¿Tarda mucho en hacer una guitarra?

—Según el tiempo, o, mejor dicho, la temperatura. Uno va, y en cola. Las piezas quedan ahí esperando. Si el tiempo es húmedo, no se puede trabajar con seguridad. Más o menos, puedo decirle que, una guitarra con otra, me llevan unos cuatro meses cada una.

—¿Cuatro meses, Hernández? ¿Cuántas hará una máquina en ese tiempo?

—Sí, pero se da la casualidad de que yo no soy una máquina.

—Afortunadamente para nosotros y para usted. ¿Y dígame...?

La pregunta enreda su gancho en los menudos rumores de unos flamencos que entran, cuantiosos de charla ceceante. Se abre un semicírculo de tertulia con sillas cabalgadas y chispazos de hablas meridionales. El anciano ciego que vino a vender el *gordo* de Reyes se fué deseando la misma felicidad de Año Nuevo, la misma que en los antaños evadidos, habitados por redingotes y bigotes de los tiempos de Sagasta. Navega la conversación flamenca con sus arbitrariedades de golondrina, rozando los años viejos en un periplo longevo y animado de evocaciones. Guiñan dudas y embustes los faros labiales de los pitillos. Santos pone entre las flores gallardas de las hablas béticas, la pasionaria de su pata galana, que le trae a mal traer estos días con los mordiscos del reuma. Arteche, con un alpinismo de lápices amaestrados, le va escalando el perfil. Baja el pecho de la frente, cae en la hondonada del entrecejo, escala la chata colina de la nariz, vadea el surco de los labios y, traspuesto el mentón, cae por el tobogán del cuello en el ancho valle del pecho artesano. Los flamencos espulgan sus gracias antañonas, renacidas siempre por el frescor de las hablas andaluzas, blandas con el húmedo ceceo, podadas de las espigas de las ibéricas jotas... Yo me entretengo recorriendo un pequeño museo fotográfico, adherido a la pared, unos cartones montados en otros y otros suplicados con tachuelas. Allí están Paco Lucena, el más justamente famoso de los antiguos cultores de *hondo*, con sus tufo, su tupé y su cara entre torera y eclesiástica; una guitarrista, jamona y francesa ella, que le escribe a Santos llamándole *musiá*; Miguel Llovet, de joven, con perfil picudo y pálido de barberillo listo; Tárrega, con su *jeta* peluda, su frente peluda, sus dedos peludos, abrazado a la guitarra como un gran bicho obscuro, solemne y veloso que está devorando algo muy tierno; *la Argentinita*, eterna y mate como los otros pergaminos ilustres; *la Goya*, en los tiempos, ¡ay!, en que era delgada; Regino Sainz de la Maza, a través de una de esas fotogenias con que adulan en América; Segovia, asomado a las ventanas de sus quevedos, leonado de melenas ancestrales; cuadros de aficionados, horribros conjuntos de niños académicos. Y quizás en estas dedicatorias está la historia mejor de este menestral español que confina con el mundo.

EL SEÑOR DIRECTOR

CUENTO

Por Carranque de Ríos

E L A U T O R

Carranque de Ríos ha demostrado con su libro "Uno" la existencia de una vigorosa personalidad en la nueva literatura española. Original, de hondo concepto humano, la fibra de su literatura nace de una existencia azarosa e interesante en la búsqueda de sí mismo, en un valiente mano a mano con la vida.



I

Repantigado detrás de la gran mesa de despacho, el director de Industrias Asociadas no tenía nada que hacer. Esto mismo venía sucediéndole desde el día que fué elegido para ocupar aquel importante cargo.

El director seleccionó un puro, lo encendió sin ninguna prisa y dió unas chupadas largas y sabrosas, que provocaron algunas nubecillas azules. Su mirada reparó en el aparato de los timbres con los que podía llamar a los distintos jefes de sección. El director no podía ocultarse que se aburría, y buscó la manera de distraerse. Oprimió el botón que haría aparecer al Sr. Ramírez. Entre las docenas de empleados que hormigueaban en los grandes almacenes, el Sr. Ramírez era el único que sabía pronunciar de una forma dulce y singular: "Buenos días, señor director."

II

El Sr. Ramírez tardó en llegar un minuto escaso. En cuanto dió cara a su jefe, dijo con cierta dulzura:

—Buenos días, señor director.

El director eludió responder a este saludo para preguntar, con aire aburrido:

—¿Tiene usted alguna nueva noticia?

—Nada importante, señor director. Es decir—y el rostro del empleado se iluminó débilmente—, voy a poner en su conocimiento dos cosas: el número 8 de la sección de Porcelana lee periódicos comunistas.

—¿Qué dice usted?—gritó el director, enfurecido.

—La otra cosa, señor director—continuó el empleado, como si gozara del espectáculo—, es que el número 3 de la sección de Perfumería lleva en el ojal de la solapa una banderita republicana.

—¿Una banderita republicana?—repitió, socarronamente, el director—. Bien; haga subir a los dos. Procure que venga primero el de la banderita. Cinco minutos después avise al que lee periódicos comunistas.

—Así se hará, señor director.

Y el empleado buscó la manera de abandonar el despacho sin dar su espalda al señor director.

III

El número 3 de la sección de Perfumería no había hecho más que acercarse a la gran mesa del director, cuando escuchó, extrañado:

—¿Tiene la bondad de prestarme esa banderita?

El empleado se despojó de la insignia y la entregó, cada vez más sorprendido. El director manoseó el esmalte durante unos segundos, y al final habló con un tono duro, casi agresivo:

—No puedo negar que en España se ha implantado la República... Ahora bien, en mis almacenes yo no consiento que se haga política.

—Pero si yo no hago ninguna política—confesó, asustado, el número 3 de la sección de Perfumería—. No hago otra cosa que llevar en la solapa la bandera española.

—Pues yo le vuelvo a advertir—tronó el director—que en mis almacenes, que en Industrias Asociadas, no se hace política.

—¿Acaso no es esta bandera la representación de la Patria?—interrogó débilmente el empleado.

—¡Cuernos!—rugió el director.

El número 3 de la sección de Perfumería pensó en sus cuatro hijos, pensó en su mujer y en *Manolito*, el canario de la casa, al que "sólo le faltaba hablar". Pensó en todo esto, y agachó la cabeza. En esa postura se explicó, emocionado:

—Perdone el señor director. Si usted lo cree conveniente puede quedarse con la banderita.

—Eso ya es otra cosa—empezó el director, con una voz mansa—. Tenga usted su insignia; puede colocársela otra vez en la solapa.

El empleado recogió el esmalte, pero no se atrevió a introducirlo en el ojal de la solapa.

—¡Vamos! ¿Se lo pone usted o no se lo pone?—demandó enérgicamente el director.

—Se me ha ocurrido una cosa—detalló el número 3 de la sección de Perfumería—. Yo creo que podría ponerme la banderita los domingos y días festivos.

—¡Magnífico!—exclamó el director—. Así me gusta. Puede usted retirarse. Ah, le aconsejo que sea respetuoso con sus jefes. Por mi parte veré la forma de que se le aumente el sueldo.

El número 3 de la sección de Perfumería se marchó tranquilizado y hasta feliz, aunque pareciéndole muy extraño todo lo sucedido.

IV

Con el número 8 de la sección de Porcelana, la entrevista tuvo peor resultado. Este dependiente era muy joven. Tenía un rostro expresivo, y entró en el amplio despacho pisando demasiado fuerte. Esta manera de pisar ya le fué desagradable al director de Industrias Asociadas. De ahí que el interrogatorio empezara ásperamente:

—Me han comunicado que lee usted periódicos comunistas.

—Le han dicho la verdad—respondió el número 8 de la sección de Porcelana.

En la cara del director se operó un ligero cambio de coloramiento.

—¿Me dice usted que eso es cierto? ¿Que usted lee periódicos comunistas?—comenzó a declamar con la vaga esperanza de que aquel empleado negara lo que había confesado momentos antes.

Pero el número 8 de la sección de Porcelana respondió con una fría naturalidad:

—Le repito que le han dicho la pura verdad.

—¡Vaya, hombre!—inició el director, con un tonillo de broma falsa—. La pura verdad... La pura verdad... He conocido gente cínica..., mucha gente cínica; pero usted me resulta mucho más cínico. ¿A usted no le parece que esto tiene su gracia?

Como el empleado guardara silencio, el director volvió a interrogar con esta importante pregunta:

—¿Quiere usted decirme qué es lo que se propone?

El número 8 de la sección de Porcelana escuchó impasible, como si no tuviera nervios bajo la carne. Observó al director con una mirada casi de desprecio y guardó un silencio todavía más despreciativo.

Al director se le hincharon unas venitas que le bordeaban una parte del cuello. Sintió grandes deseos de arrojar un objeto duro al rostro impasible de aquel empleado, pero calculó que el número 8 de la sección de Porcelana podría devolverle la agresión. Este pensamiento le obligó a liquidar la cuestión de otra forma.

V

El número 8 de la sección de Porcelana fué despedido por la mañana. A las siete de la noche, el director de Industrias Asociadas no sabía qué hacer con su conciencia. Se asomó a uno de los balcones y contempló el movimiento de coches y transeúntes que animaba la Gran Vía.

Había llovido poco antes y ahora brillaba el suelo, como si lo hubieran barnizado. El director sacó en conclusión que la gente era muy pequeña cuando se la contemplaba desde una regular altura. Con esta idea se volvió al centro del despacho, para mascullar lentamente: "¡Qué imbécil de hombre! Conque no me hubiera llevado la contraria yo le habría permitido ser comunista, y hasta puede que poner bombas... Bueno, tanto como poner bombas, no. ¡Qué tonterías dice a veces uno!"

En realidad, lo que molestaba al director era que el número 8 de la sección de Porcelana no hubiera bajado la cabeza, para él, entonces, replicarle con aire protector: "Lea usted esos periódicos, pero hágalo discretamente."

Hacia un rato que el director miraba un objeto, y hasta entonces no se dió cuenta de que tenía delante la caja de los timbres. Eligió un botón y apretó dos veces. No tardó en aparecer el señor Ramírez, para cantar melosamente:

—Buenas noches, señor director.

—Buenas noches—y, tras una breve sonrisa, continuó el director—: Necesito inmediatamente las señas del número ocho de la sección de Porcelana. Vaya a buscarlas ahora mismo.

El Sr. Ramírez hizo todo con gran velocidad, y se llenó de satisfacción cuando ayudó al director a ponerse el gabán de pieles. Junto al ascensor, el Sr. Ramírez pronunció, como si inventara las palabras:

—Hasta mañana, señor director.

VI

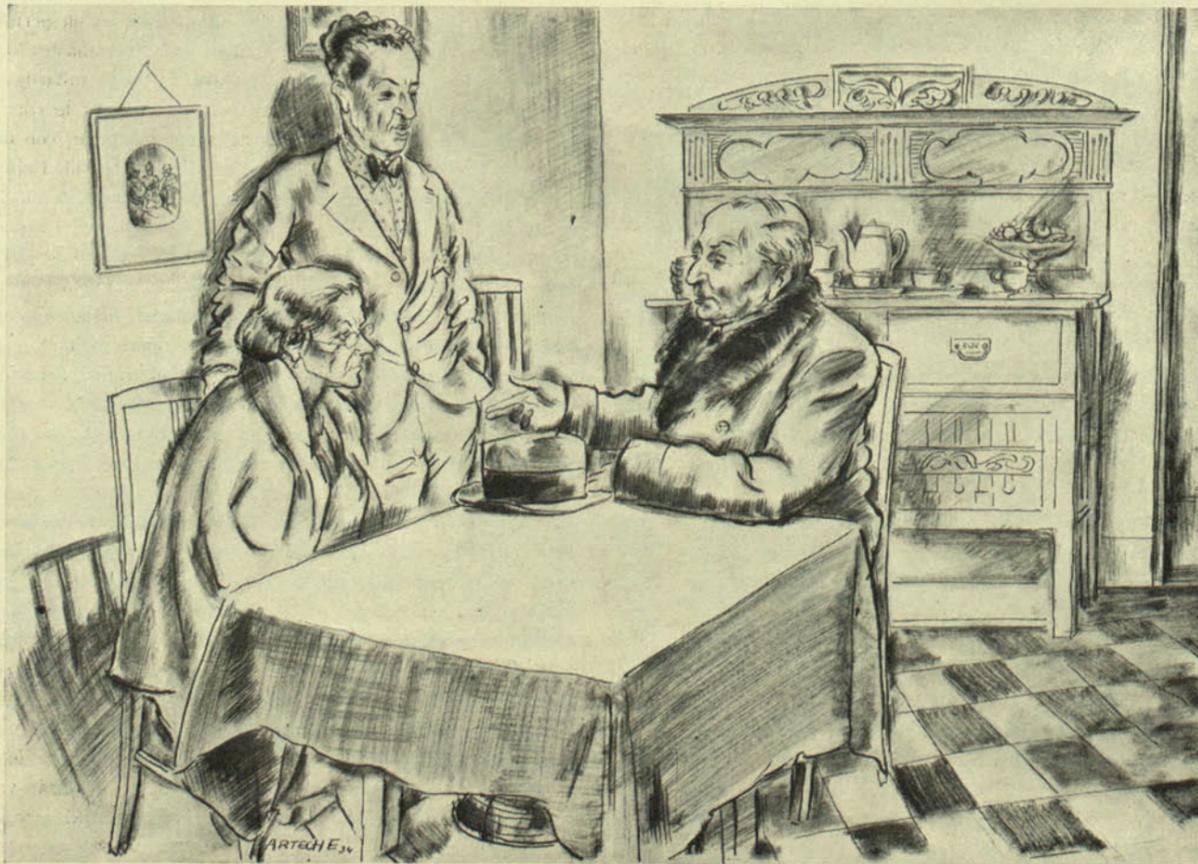
En la calle había una humedad, que no podía penetrar en el cuerpo bien abrigado del director. El hombre tomó un *taxi*, y un cuarto de hora después paraba el chofer en una casa de la Prosperidad.

EL ILUSTRADOR

Cristóbal Arteché es uno de los mejores ilustradores de España. A su factura firme, servida por la segura solidez del trazo, se une la interpretación exacta de los personajes a que da vida. En técnica no hay obstáculos para él; aguada, carbón, óleo, acuarela o tinta, Arteché es siempre todo un artista.



—Su hijo, señora, ha sido engañado por esos bandidos, pagados con oro ruso.



dad. El director despidió el auto, entró en un portal y subió demasiados escalones. Antes de llamar en una puerta hizo un corto descanso, porque su corazón latía apresuradamente.

Le abrió una señora, le observó a través de unas gafas y le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Ver al señor Quintana. Soy el director de Industrias Asociadas—aclaró con alguna vanidad.

—¡Ah, pase, pase usted!—fue diciendo la señora—. Yo soy la madre de Adolfo. Siga por aquí... El está en el comedor.

El número 8 de la sección de Porcelana se levantó ante la inesperada visita. El director aceptó la silla que le ofreció la madre de su ex empleado. No quiso mirar a las paredes, porque, instintivamente, presintió que en aquellos lugares debía haber colgados retratos de hombres con grandes barbas. "Probablemente estaría Carlos Marx."

—Esta mañana—empezó el director—he estado un poco duro con usted. Si he venido a su casa es para indicarle que le autorizo para que mañana vuelva a los almacenes. Ahora, quiero darle un consejo: Ciertos periódicos no debe leerlos usted.

El ex empleado le miró tranquilamente, con aquella flemma que tan mal sentaba al director. El alto jefe de Industrias Asociadas agregó a lo dicho anteriormente:

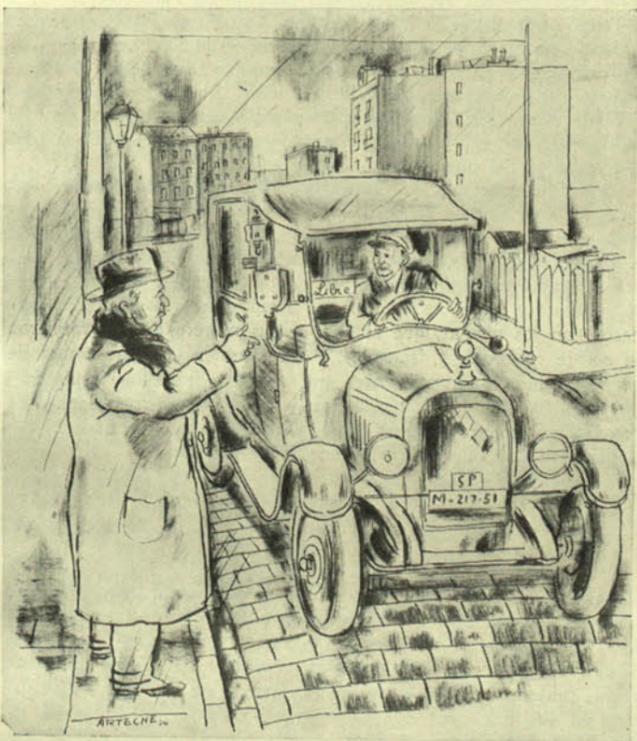
—Su hijo, señora, ha sido engañado por esos bandidos pagados con oro ruso.

—Tiene usted mucha razón—expuso la madre—. Todas las noches las pasa leyendo... Yo creo que no hay necesidad de leer tanto...

—Sí; se debe leer—argumentó el director—; pero hay que leer libros sanos, no porquerías escritas para engañar a unos pobres jóvenes como su hijo.

—Quisiera saber—preguntó de pronto el ex empleado—por qué yo soy un pobre joven.

—¿Es que acaso tiene usted mi experiencia?—interrogó el director con la voz alterada.



—¿Por qué "taxi", dígame? ¿Por qué me grita "taxi"?

—Si no su experiencia—indicó el ex empleado—, por lo menos me creo tan inteligente como usted.

Dijo esto con tal seguridad, que el director se levantó dando un paso atrás. Jamás imaginó que su inteligencia fuera puesta en comparación con la de uno de sus empleados. Con la boca apretada por la rabia se abrochó el pesado abrigo mientras se inclinaba ligeramente ante la madre. Bajando la escalera de aquella casa, el director se tambaleaba de indignación y de vergüenza. Ya, fuera del portal, se dió cuenta de que aquel barrio era bastante sucio. Por otra parte, había empezado a llover con verdadera furia. El director echó a andar por la primera calle que eligieron sus pies, no su cabeza, y oyó el ruido de un claxon que sonaba a sus espaldas. Se volvió, observando que se acercaba un taxímetro. El chofer repitió las llamadas, lo que originó que el director mirara con odio al conductor del auto. "Este idiota me quiere cazar como si fuera un conejo."

El chofer disminuyó la marcha hasta ir al mismo paso de aquel elegante caballero, que no parecía hacer caso de la lluvia. Por si acaso se trataba de un sordo, el chofer repitió los toques del claxon, y hasta preguntó con la voz aumentada:

—¿Taxi?

El director se encaró iracundo y, agitando un brazo, exclamó fuertemente, como si hablara para alguien que estuviera lejos.

—¿Por qué taxi? Dígame, ¿por qué me grita taxi?

—Perdone el señor—respondió el chofer desde su puesto de mando—. Creí que el caballero me necesitaba.

El director descubrió que el chofer hablaba humildemente y esto le recorrió el cuerpo con placer. Después de confesarse: "He aquí una persona como es debido", explicó al conductor:

—Pues, sí... le he llamado porque las calles están imposibles con estas lluvias.

Y cuando pisaba el estribo del automóvil agregó, casi feliz:

—Tengo ganas de que llegue la primavera. Entonces la vida es más alegre... más divertida.



CON EL MEDICO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Fundamentos de educación infantil

Cariño en la forma e inflexibilidad en el fondo bastan para subordinar a un hombre, grande o chico, como no sea monstruoso o neurótico de nacimiento.

AFORISMO DE LETAMENDI.

Es un gravísimo error creer que no se puede educar a los niños hasta que llegan a cierta edad de su vida. Igualmente es una gran equivocación suponer que en el transcurso de todo ese tiempo de espera a la fecha prefijada, los pequeños pueden vivir en plena libertad educativa, para que sus gustos, sus deseos, sus caprichos, sus mismas perversiones de sentido y sentimiento, en muchos casos, produzcan los naturales efectos y manifestaciones, que hacen arraigar en los niños hábitos y costumbres que después ha de costar mucho trabajo hacer que desechen, y que tal vez no podrán corregir nunca.

Hartzenbusch, al referirse al importante problema pedagógico infantil, decía que un niño empieza por ensuciar una pared, y no se le corrige; un día manchará la reputación más limpia; maltratará hoy una escultura y dará fin de un olmo; después golpeará y herirá carne humana. Estas palabras de nuestro sabio erudito expresan de un modo tan concreto, y verdadero como sencillo, la psicología de la infancia y su especialísima idiosincrasia, tan apta al bien o al mal, según marque la línea escolástica de los educadores y conforme al criterio pedagógico de los que, por deber de su misión educativa, están obligados a ocuparse de problema de tanta trascendencia.

A capricho de una madre, o por voluntad de ésta, el niño le molestará o no en la cuna, según la reglamentación que de la vida se haga, porque no se olvide—no puede olvidarlo nadie que intente formar racionalmente el desenvolvimiento orgánico del chiquillo—que desde los primeros meses, incluso desde los primeros días de su nacimiento, debe y puede empezarse la educación de los niños.

La madre despertará en ellos los sentimientos de caridad, que tan precisos y necesarios han de serles siempre, y el padre no dejará de tener presente, tratándose de la educación moral de sus hijos, que ésta ha de lograrse con el ejemplo, y que los niños, por naturaleza temperamental, tienden siempre a la imitación. Del mal o del bien.

Es otro error, que, por lo brutal, repugna a los sentimientos naturales, contrario además a todas las modernas reglas educativas, creer que pegar a un niño, como principio o fundamento correccional, es útil y hasta necesario para su buena educación. El mayor de los absurdos.

Lo que el pequeño necesita, cuando comete una mala acción, es hacerle comprender lo reprobable del hecho, el alcance de su *porqué*, lo que debió hacer en su lugar, y cuando ya, al fin, sea preciso aplicar *penas*—ocasiones habrá en que sean imprescindibles—, sean aquéllas tales que ni puedan alterar su salud, ni herir su amor propio, que es necesario mantener incólume para que, de hombre, permanezca inalterable.

Las *interjecciones* y los *insultos* son igualmente perniciosos para una buena educación infantil.

Es muy frecuente, es constante, que cuando el padre castigue, la madre, la abuela o algún *amigo del alma*, de esos que jamás faltan en ninguna familia, intervenga para que el castigo se levante o disminuya la pena. No hacerles caso.

El padre debe ser inflexible. Para lograr tal perfección ha de ser justo siempre en la aplicación del castigo, benévolo, si quiere, parco en la *pena*, pero necesita ser inexorable para que, una vez *decretada la sentencia*, pueda cumplirse íntegramente. De otra manera hará que el pequeño



comprenda que nunca ha de sufrirla, y, por tanto, el temor a ésta desaparecerá también.

Por idénticas razones tampoco debe reprenderse a un niño con el *anuncio de terribles penas*, que, después, en la práctica de la realidad, no han de llevarse a efecto. Si el chiquillo se percata de ello y alcanza lo inútil de la amenaza, concluirá por reírse de ella, a sabiendas de que nada ha de sucederle después.

Una educación racional es aquella en que se combina lo objetivo con el desarrollo subjetivo del espíritu. Es, pues,

necesario un verdadero trabajo de complementación entre los dos elementos que, por igual, deben intervenir en esta educación. Para ello, la madre debe educar el sentimiento de su hijo, y la escuela, bien entendida, encargarse de su desarrollo intelectual y físico. Igualmente, la madre educará su alma en el bueno y mejor desarrollo de aquellas facultades psíquicas que tanto interesan en la vida, y para este fin nada hay en la del niño que no tenga trascendental importancia.

Deben observarse, paso a paso, las inclinaciones, para estudiarlas con el mayor detenimiento y obtener las consecuencias éticas que de ellas se deriven, pues, como decía Huarte San Juan, "no hay hombre malo en que no se hallen algunas virtudes naturales, ni virtuoso sin algún vicio".

Finalmente, como ya he dicho, no se olvide la marcada tendencia de los niños a imitar cuanto ven, y ninguna lección mejor que el ejemplo: éste debe ser, pues, la base de su educación moral.

Esta circunstancia deben tenerla muy presente los padres para, de este modo, captarse la confianza de sus hijos, pues de esta suerte la obediencia no será un penoso deber, sino el cumplimiento de una necesidad moral, que entraña un jalón importantísimo para la educación de los chiquillos con sólo decirles: "Eso no puede ser, porque no debe hacerse."

El sistema de relaciones morales entre adultos y niños debe cambiar por completo. Hablar a éstos mal sólo porque ellos no aciertan a pronunciar bien; suscitarles miedos y alucinaciones sólo porque ellos son medrosos y alucinables de suyo; infundirles vanidad sólo porque ellos propenden a envanecerse, y dejar al tiempo los cuidados de la corrección, es absurdo y, además, funesto.

Porque no olvidemos aquellas palabras de Valera de Montes, al referirse a la formación y desarrollo biológico de los niños, que afirmaban que éstos han de ser fuertes, pero sensibles; valerosos, pero prudentes; parcos, pero sin melindres; joviales, sin frivolidad; amables, sin afectaciones; respetuosos, sin humillación y pensadores, sin orgullo.

Para alcanzar esta gama de perfecciones, síntesis, compendio y máxima aspiración de una lograda educación infantil, hay que poner a los niños, desde que nacen, en condiciones físicas y morales tales, que les hagan receptibles a la consecución de este conjunto de factores.

Todos necesarios para cuando, después, libres ya de las amarras paternas, tengan que caminar sin consejo ni más guía que la propia conciencia por los vericuetos de la vida.



DICE LA HISTORIA...

No siendo yo mismo ajeno al sufrimiento, he aprendido a aliviar el sufrimiento de otros.—VIRGILIO.

La fortuna perdida puede recuperarse con el trabajo; los conocimientos perdidos, con el estudio; la salud perdida, con la templanza o la medicina; pero el tiempo perdido jamás se recupera.—SAMUEL SMILES.

Así como las casas bien provistas de comestibles están, generalmente, repletas de ratones, así también los cuerpos de quienes comen mucho están llenos de enfermedades.—DIÓGENES.

No es la enfermedad, sino el descuido del remedio, lo que llega a destruir la vida.—HORACIO.

Los años de un hombre no se cuentan hasta que no le queda más que contar.—EMERSON.

Los niños son como los pueblos: siempre se quejan con razón, aunque ignoren la razón porque se quejan.—LETAMENDI.

Las enfermedades y sus medicinas son como dos bandos en una ciudad sitiada: se despedazan unos a otros, pero se unen contra su enemigo común: la naturaleza.—JEFFREY.

Habla, si tienes algo que decir que sea mejor que el silencio.—NACIANZEN.

Cuando un verdadero genio aparece en el mundo, es fácil reconocerlo por estas señas: todos los tontos se ponen de acuerdo para hacerle la guerra.—SWIFT.

Jean Baptiste le Moyne Sieur de Bienville no ha bajado en vano desde el Canadá. Su aventura tiene la recompensa de aquel claro en medio de la selva, cerca de las peligrosas bocas del río que viene investigando, y cuyo cauce se pierde en el golfo de Méjico. Esto hace factible a la ciudad que sueña levantar como eje de un intercambio entre ambos mundos.

Los vientos del mar Caribe inflaman el velamen de las carabelas rumbo al Norte, mientras la mente de Bienville trabaja en prolijo análisis de todo lo visto.

Expira el año 1699.

El francocanadiense vive molesto. Le obsesionan las tierras vírgenes del Sur. Y en pos de sus sueños arrastra a los hermanos Iberville, y en tren de tripulación, a un grupo audaz, ambicioso. En esta aventura ensartan a los lagos Borgne, Rigolets, Pontchartrain hacia 1718, para dejar caer anclas 150 kilómetros adentro del golfo de Méjico.

Iberville salta a tierra y exclama estas proféticas palabras:

—Aquí se levantará una gran ciudad...

A poca distancia de la aldea de los indios houmas, que adoran al sol, se festeja la inauguración del primer edificio de los conquistadores, que adoran a Dios y obedecen al duque de Orleans y regente de Francia.

Es Nouvelle Orleans, que se establece, bajo la protección de una cruz, en una de las márgenes de un río infinito: el Mississippi.

Los indios adoran al sol y alaban al río. Las aguas suben un palmo, dos palmos; rebosan, se extienden sobre las orillas, llegan hasta los árboles... y siguen subiendo. La inundación arrastra a las viviendas mal construidas. Es entonces cuando Bienville, gobernador a la sazón de la Lousiana, manda bajar a un caballero de Saint Louis, el ingeniero Sieur de la Tour.

Así, sobre un espacio libre de tierra roja, donde años antes los houmas se reunían para adorar al sol, comienza a levantarse Vieux Carré.

Acontecen nuevas inundaciones, incendios, pestes, aralos, guerras. Vieux Carré, empero, crece y crece, porque tiene sangre roja y músculo elástico y ambiciona ser ciudad. En 1723 llegan desde Arkansas varias familias alemanas. En 1727 se funda por las Ursulinas la primera escuela femenina; siete años más tarde se levanta el primer convento.

Es cuarenta años más tarde de haber sucedido a Biñoxi como capital de Lousiana, cuando cae como una bomba en la plaza central de Vieux Carré el Tratado de Fontainebleau.

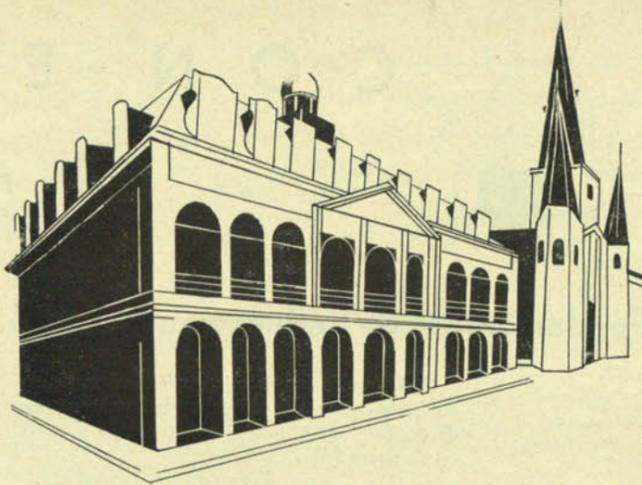
Seis años más tarde arriba, en medio de la frialdad general, el primer gobernador español. De Ulloa, con la ayuda del capitán general O'Reilly, lucha todo un año para imponer el gobierno de España. Cuando lo consigue, Vieux Carré es una población de 10.000 habitantes con muchísimos esclavos. Se españoliza el nombre y Nouvelle Orleans pasa a ser Nueva Orleans. Poco tiempo fué menester para unir a franceses y españoles en una obra común.

Vieux Carré es un recinto especial de Nueva Orleans, donde se funden dos aristocracias europeas. A las casas de madera, arrasadas por el incendio de 1788, suceden edificios elegantes—de piedra—, que van estableciendo los rincones residenciales. Es una ciudad netamente latina, intensamente católica, donde se habla por igual español y francés. Es una esquina del continente, que se ha desligado por completo de ese destino de a saltos y de fiebre, que en el Norte impulsa la vida de una nueva raza. Mientras las trece primitivas colonias inglesas expanden sus vitaminas hacia la formación de la primera nación americana, Vieux Carré sigue haciendo tertulias artísticas en torno a la plaza donde cien años atrás danzaban los indios houmas.

Me encuentro en la plaza de Jackson, donde acamparon las tropas victoriosas del general norteamericano; desde ella observo las torres puntiagudas de la catedral de St. Louis, cuyas campanas aguardan sin éxito una nueva orden de tañer, llamando a la población a la convocatoria de sus autoridades.

De esta plaza fué que partieron las vboritas de humo de las tribus Choctaw y Tchouchouna, que inquietaron a Sieur de Bienville.

He llegado hasta ella por la calle Royal. La que ayer fué medulla del barrio aristocrático, es hoy una estrecha callejuela de pequeños negocios, en cuyos escaparates se exhiben joyas y objetos de arte del tiempo francés y español. Las casas con rejas al frente y resguardando los balcones; las fachadas al estilo de los pueblos del Mediodía francés; los tejados, ni muy completos ni muy limpios. Es la vía de entrada a Vieux Carré, donde todo, a tantos años de otra vida, recuerda, sin embargo, los tiempos de Francia y



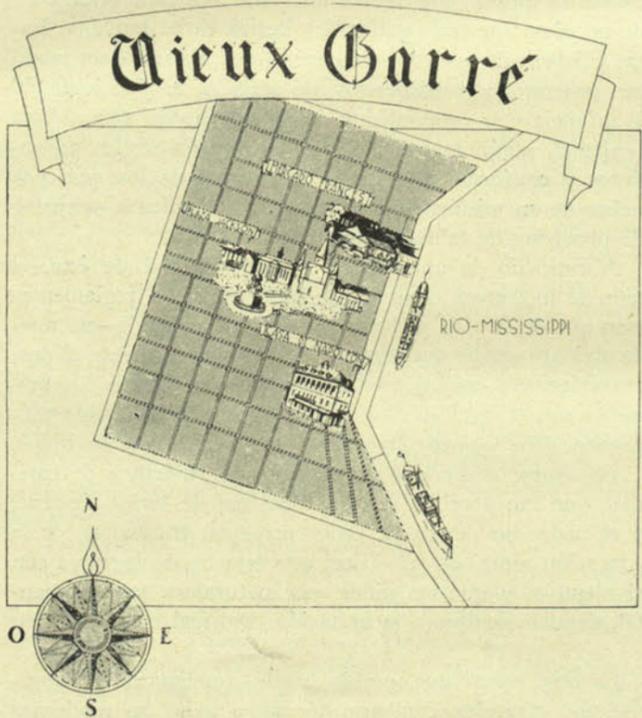
EL CABILDO ESPAÑOL

España. Sólo desentona en esta barriada antigua, la fea y desproporcionada figura del Hotel Monteleone.

Llego a la esquina del Cabildo español, donde fuera firmada la transferencia a los Estados Unidos.

Se le considera como el mejor museo histórico del país. Fué construido en 1795, luego del terrible incendio de aquel año, por

EL OJO VIAJERO



Por RAMON MUÑIZ LAVALLE

D. Andrés Almonaster y Roxas. En sus halls, habitaciones y corretores, fueron en el pasado figuras familiares el marqués de Lafayette, Henry Clay, Edwin Booth, Zacarías Taylor.

Se alza en el centro de la plaza que lleva su nombre, y que anteriormente fuera "Place d'Armes", la estatua ecuestre de Andrew Jackson; estoy en el centro de aquella sociedad singular que fundara la baronesa de Pontalba.

A mi frente, custodiada a la izquierda por el Cabildo, y a la derecha por la Casa Presbiteriana, de igual corte que aquél, surgen las tres torres de la catedral de St. Louis, conceptuada como una de las más famosas iglesias de los Estados Unidos. Fué levantada en 1794 por D. Andrés de Almonaster y Roxas, cuyos restos, juntos con los de las viejas familias españolas y francesas, están enterrados bajo el altar mayor. Hoy día, esta catedral, cuyo costo asciende a 50.000 dólares, y en cuyas refacciones se gastaron 100.000, cabe con toda holgura dentro de los nuevos y gigantes templos con que cuenta la ciudad moderna. Encuadran a la plaza los magníficos edificios construidos por la baronesa de Pontalba, exquisita figura femenina, cuya personalidad es todo un capítulo de historia



CASA DE NAPOLEON

en Vieux Carré. Sus rojas paredes de ladrillos se extienden a todo lo largo de la manzana desde Chartres hasta Decatur. Magníficas residencias; sin duda alguna, las mejores del barrio francés.

Hacia el Sur comienza el Mercado Francés, antiquísima institución inaugurada en 1791 por los españoles, y todavía en uso merced a las reformas introducidas posteriormente por los gobernadores norteamericanos.

Uno se encuentra en Vieux Carré como la criatura en el Jardín Zoológico: sin saber qué rumbo tomar, porque le rodean maravillas. Vieux Carré es todo un museo sin paredes, con el mismo olor a humedad de los museos históricos.

No sé qué visitar primero: si la casa donde vivió el Dr. Antomarchi, que ejecutó la mascarilla de Napoleón, que figuraba en el Cabildo; el edificio donde la juventud de "creoles" combinaron la primera mascarada de la cual surgió el Mardi Gras; el viejo hogar del ajenjo, en cuyo interior siniestro jamás ocurrió una muerte natural, y en donde se reunían para sus grandes juergas los piratas del mar Caribe, los bucaneros, que se dejaban matar por una orden de los hermanos Lafitte. Fué aquí mismo donde estos soberbios ladrones del mar, caballeros y piratas a la vez, trataron mano a mano con Jackson la forma de encarar la batalla de Nueva Orleans, que destruyó las aspiraciones inglesas en América.

Tengo para visitar la iglesia de San Antonio de Padua y el más antiguo cementerio de los Estados Unidos, el de St. Louis. Hay objetos de interés para el turista curioso en "la corte de los dos hermanas"; la casa-museo que habitó Adelina Patti, el primer rascacielo de Nueva Orleans construido por los hermanos franceses Le Monnier en 1774; el teatro Tabarry, que fué centro de la actividad artística del nuevo mundo desde 1791 a 1807.

Es de lamentar que el Auditorium Municipal, recientemente erigido, le haya quitado sabor a Congo Square, la plaza que congregaba a todos los esclavos negros para la realización de sus ritos, el exótico voodoo, fantástico avelar del alma negra.

Quedan unos cuantos pilares en el jardín de San Antonio, donde se verificaban todos los duelos. Ahí cruzaban sus espadas los caballeros con los piratas, que amaban a sus mujeres; ahí rivalizaron en coraje españoles y franceses, y fué también bajo la sombra de los viejos olmos aún existentes que un joven norteamericano, desconocido, fué liquidando, una a una, a todas las mejores espadas de Francia. ¡Con cuánta razón decía Walt Whitman que todo el romanticismo de América reside en Nueva Orleans!...

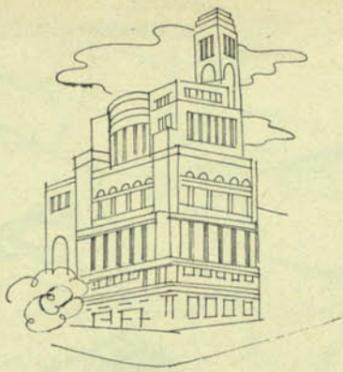
Me detengo ante un edificio cuya puerta, de manera, muestra sin tachas los deterioros del tiempo. Madera y rejas sin color; los años han patinado a todo el edificio, de un gris ratón. Es el Café des Exilés, donde se congregaban para preparar sus planes los refugiados reales a quienes la revolución arrojó de Francia. Fué también en sus interiores donde se planeó la insurrección negra de Santo Domingo. Sobre la calle Chartres encuentro al café de Refugiés y al Hotel de la Marina, donde se daban cita todos los bucaneros del mar Caribe, y cuarteles generales de los criminales franceses y españoles, que asolaban las regiones vecinas.

En una esquina de Chartres abre su proa, enfilando a la ciudad moderna, la casa de Napoleón.

Nicolás Girod, alcalde de Nouvelle Orleans, patriota romántico, audaz y emprendedor como pocos, había concebido, frente al rostro cicatrizado del pirata Dominick You, lugarteniente de Jean Lafitte, el proyecto admirable de rescatar al león francés de Santa Elena. Todo estaba listo. Pronto saldrían de las bocas del Mississippi las goletas piratas que irían a acometer la más sensacional aventura sentimental e histórica del pasado siglo. Pero en la tarde en que las velas se inflaban en los tres palos de las naves sigilosas, llegó la noticia de que el león, no pudiendo resistir la inactividad del cautiverio, había muerto en Santa Elena en los instantes en que Nicolás Girod estrechaba la mano de Dominick You.

Hoy es Vieux Carré una continuación del barrio negro. De noche se entreabren las puertas y unas voces femeninas—extracariñosas—nos invitan a conocer los históricos edificios. Por manzanas y manzanas las sombras de tantos héroes de España y Francia que vivieron en Vieux Carré se cambian por siluetas de damitas provenientes de todos los Estados de la Unión. Vieux Carré no ha perdido, por lo tanto, encantos. Ni colorido. Para ello tenemos a la multitud negra que con sus extraordinarias manifestaciones espirituales brota al conjuro de la noche para quebrar el silencio del Mississippi con sus melodías guturales y las notas metálicas de sus banjos.

Fué en Vieux Carré donde expiró Manón Lescaut.



Es una cosa verdaderamente angustiosa franquear el terrible infierno de las gargantas de Pancorbo y cruzar, durante casi un día entero, la vieja Castilla, en medio de un calor que parece querer fundir los metales del tren, que rueda envuelto en una polvareda de ladrillo molido. Suelo leonado, de anchos pliegues; eriales con algunos pastores vagamente dibujados a lo lejos; raros caseríos destacándose apenas entre los ocres de la tierra; pobres cabañas amarillentas en medio de una monocromía sin frescor ni piedad; horizontes desolados en los que un pintor puede, ciertamente, encontrar las más puras satisfacciones, pero sin que al viajero le sea dada otra sensación que la del horror de vivir en ambiente tal y el deseo de pasar de largo.

Pero ¡qué recompensa, después de cruzar este Sahara, saludar en medio de la llanura la santa ciudad de Avila, empenachada de torres y almenas, y entrever, al poco tiempo, El Escorial, en su semicírculo de bellas montañas, e inmediatamente después, Madrid, con sus jardines, sus fuentes, su alegría y su verdosa suavidad!

Como es natural, no bien llegado a Madrid, el artista corre inmediatamente al Museo del Prado, para contemplar, en toda su gloria, los tres dioses que no se pueden venerar en otro lugar que no sea éste: Velázquez, el Greco y Goya, al lado de los grandes príncipes Tiziano y Rubens. Pero toda la ciudad atrae con su dulzura comunicativa, con la fronda de sus paseos suntuosos, con el movimiento incesante de las gentes por la calle de Alcalá y por la Puerta del Sol, con su ritmo tan grácil y animoso, que más parecen danzar que caminar.

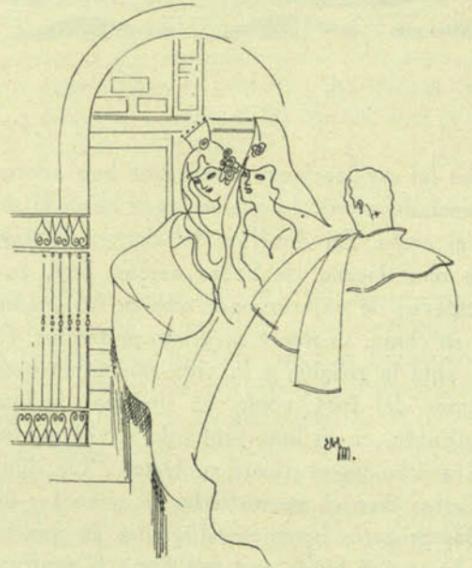
La impresión más inmediata y sorprendente—aun para los que venimos de París—es la belleza de las mujeres. Solamente las imposiciones de la buena crianza impiden al visitante detenerse a cada momento y volver la mirada deslumbrado por estos rostros color de perla, con sus tonalidades mate, iluminados por ojos de fuego negro; estos labios perfectos, estas cabelleras de tintes nocturnos, estas cabezas en las que se encuentran los marfiles, las rosas y los negros de la paleta de Velázquez; estos cuerpos, que proclaman, con su ligereza y su garbo, la veracidad de los modelos de Goya; esta vestimenta, tan inimitable en su arrogancia y en su decencia... Tanto que se trate de muchachas, lozanas y briosas como flores tropicales, como de mujeres a las que los años han ido apagándoles la belleza, cuando una madrileña se pone la mantilla de negro encaje, es una auténtica princesa que va ostentando, con su altiva gravedad, un rostro pálido y fino.

En esta ciudad—por cierto, de una limpieza minuciosa—el extranjero no oirá jamás una risa insolente, no verá ebrios transitando a las horas del día, ni le saldrá al paso

la canalla inquietante de otras grandes urbes. Una juventud contenta de sí misma, un poco presumida quizás, que parece conceder grave importancia a la impecabilidad del calzado y a la indumentaria exterior e interior, circula, numerosa y alegre, por las calles modernas, flanqueadas de edificios de nuevo estilo arquitectónico.

El viejo Madrid pronto desaparecerá en las brumas de lo legendario, con su cortejo de incomodidades, a que tan reiteradamente aludieron los románticos peregrinos franceses en sus viajes por una España ya hoy inexistente.

Por todas partes se elevan hacia el cielo azul las colosales estructuras de los Bancos y de los gigantes rasca-cielos, como si los capitalistas castellanos quisieran emular la megalomanía de sus colegas de Norteamérica. De cuando en cuando, se advierte un abuso ornamental, y sería de desear que los vehementes arquitectos de estos *buildings* procurasen amontonar menos declamatorias cuadrigas y menos fanchos de bronce en los áticos de sus edificios. Pero ¿no somos los franceses también un poco culpables de parejos desatinos? Yo no he visto en Madrid nada peor que las espantosas tartas parisinas de nuestra plaza de San Agustín. Y aun diré que nuestra Dirección de Bellas Artes, con sus polvorientas covachuelas, podría considerarse muy dichosa si estuviese instalada en el magnífico palacio de que dispone la de Madrid. Por otra parte, bajo un cielo como éste, todo se armoniza. Esta prodigalidad fastuosa de la piedra y del mármol responde a la incontenible voluntad de un pueblo que se moderniza, pero sin renegar



de su grandioso pasado, a pesar de que la técnica de la vida contemporánea le haya hecho consciente a las necesidades del *confort* y del bienestar, ya perfectamente asimilados.

A través de la gozosa batahola de estas calles y plazas, se distinguen claramente cierta pasión deportiva, el impulso disciplinado hacia el trabajo y las excelentes cualidades que forman el íntimo modo de ser de esta raza, sobre todo considerada en sus elementos nórdicos. En este sentido, España va al paso de Europa. Pero en la primera iglesia que visite, el viajero encontrará la misma exaltada devoción que en la Edad Media.

Se perciben también fuertes contrastes, como si el pasado y el presente no acabasen de fundirse de modo permanente y decisivo. En Madrid, a pocos minutos del barrio de los rascacielos—todavía más sudamericanos que neoyorquinos—, pueden verse acampadas, en terrenos baldíos, tribus de gitanos a las que parece no aludir ninguna ley ni obligar ordenanza alguna. En la calle, las gentes más elegantes se tropiezan con los más sórdidos mendigos; las más hermosas damas se codean con las brujas de los “caprichos” de Goya. Pero nadie se asombra ni se escandaliza. Existe aquí una particular bonhomía, una ausencia de orgullo y de petulancia, y, al menos en lo aparente, una despreocupación tan natural de la diferencia de clases, que uno piensa que España es una verdadera y espontánea democracia. Las relaciones entre las gentes están aquí condicionadas por un perfecto sentido de la cortesía y por una temperamental honestidad. El viajero nunca agradecerá bastante al español, cualquiera que sea su condición, esta honradez y esta seguridad de que jamás será engañado. Lo que en Francia se llama el “*coup de fusil*”, es aquí totalmente desconocido.

La gente se levanta y se acuesta muy tarde. Nadie come antes de las dos, ni cena antes de las nueve. A la hora crepuscular, cuando se cierran los establecimientos, la gente invade la calle en muchedumbre y discurre bajo las palmeras de sus incomparables paseos, entre los floridos macizos del Prado, en medio del griterío de los chicos, pimpantes militares, vendedores de helados, barquilleros y, sobre todo, de mujeres tal como Goya las ha visto, que es como las ha pintado. Y es en estos momentos cuando Madrid ofrece, al lado de la más alocada animación, sus dulces zonas de silencio en este alto y claro aire, ligero, puro, seco, transparente y un poco embriagador, como aquella manzanilla que Carmen, la sevillana, iba a beber a casa de su amigo Lillas...

MADRID EN LA ACTUALIDAD

POR

Camilo Mauclair

TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA “CIUDAD”

VIÑETAS DE ENRIQUE HORTELANO





Todas las civilizaciones americanas han adorado al sol y reverenciado a todo lo que se lanza hacia el sol: el pájaro y el avión. En América del Sur, si no hay todavía más de una docena de líneas aéreas, hay, en cambio, 2.500 especies de pájaros, cada una de las cuales tiene su altitud, su clima, su flor y su grano preferidos. El Huevo domina aquí la religión y la vida, lo mismo que coronaba el trono del Inca, como un símbolo de fecundidad. Más adelante, en lo más profundo de la mitología preincaica, acecha ya el pájaro protector. "Un diluvio inundó la tierra, dice el cuento indio, y como las aguas bajasen, los primeros hombres refugiados en una balsa, enviaron el perro en busca de tierra firme, el cual volvió todo mojado, signo de que Dios no había hecho todavía la paz con el mundo; por segunda vez el perro regresó enlodado; la tierra emergía, pues... Entonces fué cuando el minúsculo colibrí, con una hoja en el pico, dió a los supervivientes del desastre la señal de la liberación." Y Humbolt dice que una paloma enseñó a las tribus de los Andes el lenguaje articulado.

Hombres-pájaros de las alfarerías rituales del Gran Chimí, pájaros augurales que decidían la suerte de los imperios peruanos; pájaros mecánicos de oro y de plata, con que las vírgenes incaicas se entretenían en su balcón; pájaros cuervos de madera, decorando las casas de pino de Colombia; cotorras disecadas, cuyos ácidos colores duermen en la obscuridad de las tumbas de tierra cocida; pájaros silvestres de los vasos funerarios, en los que el agua, al escaparse, imita al ruiseñor y al mirlo. Águilas de las banderas de los conquistadores: la bicéfala de Carlos V con que se honraron los escudos virreinales del Perú; la yanqui, lacerando con su garra las estrellas, y la mejicana, sepultando la serpiente. Cuervo encaramado sobre el pobre cráneo loco de Poe, como en los postes totémicos de Alaska; cóndor de las monedas bolivianas, subiendo y descendiendo como ellas; cóndor de las teogonías, que transporta todas las tardes al sol en sus espaldas y vuelve a traerlo por la mañana, vencedor del jaguar, Dios de la Noche...

ILUSTRACION
DE ENRIQUE
HORTELANO

Pájaros de los trópicos y pájaros de las nieves, flamantes rosas, ornamentos de los lagos de Chile y de la Patagonia; zancudas de las marismas brasileñas o de los estanques del Uruguay, de iris amarillos; garzas estridentes; avestruces de las llanuras herbáceas; ibis disfrazados, como el doctor de la comedia italiana; cigüeñas de pie sobre su torre de acecho; garcetas cándidas, cacatúas de azules espaldas, guacamayos amazónicos, buitres rojos, que se reúnen en los barrios para el servicio de salubridad, como congregaciones de sacerdotes para la purificación de las almas. Pájaros que emprenden el vuelo haciendo círculos que se van agrandando a medida que se elevan; pájaros que emprenden vuelo horizontal como una piedra lanzada. Pájaros de presa: gavilanes, avaros de esqueletos; halcones que picotean hasta a los caballos heridos que van tranqueando; rapaces golosos de las pesadas gallináceas; águilas que miran directamente al sol; harpias de hedor fétido... Golondrinas anaranjadas de la Argentina, venidas, como los emigrantes, para la siega; cisnes negros evolucionando entre los yates del Tigre; codornices del desierto, águilas de los lagos, picoverdes de pico blanco, golondrinas azules del Brasil, teñidas del mismo azul que las alas de las mariposas; pájaros-mosca de amarillo brillante; urracas devoradoras de hormigas; fulgentes gallipavos de Colombia; mochuelos de las nieves, blancos como *icebergs*; pájaros con anteojos, pájaros turquesa, pájaros de cola bífida. ¡Y los del mar! Petrelas, pingüinos, pájaros bobos y pelícanos de las costas del Pacífico, cuyo guano es suficiente para que puedan vivir grandes naciones. Patos corredores, rozando el agua con las puntas de las alas. Grandes gaviotas, blancas y negras, del Plata; nubes de pájaros en los archipiélagos fueguinos; pájaros ojeadores de cangrejos y devoradores de almejas; pájaros, buenos veleros; cuervos marinos, fragatas aceitosas. Garras, picos duros, curvos, cónicos, espatulados... Pájaros innumerables hienden con sus alas abiertas el aire nuevo, el aire americano.

Si la Pampa cuenta con pocos pájaros—porque, aparte del rascón y la perdiz, la gente alada busca los árboles y teme los espacios descubiertos—, chorlitos, becasas,

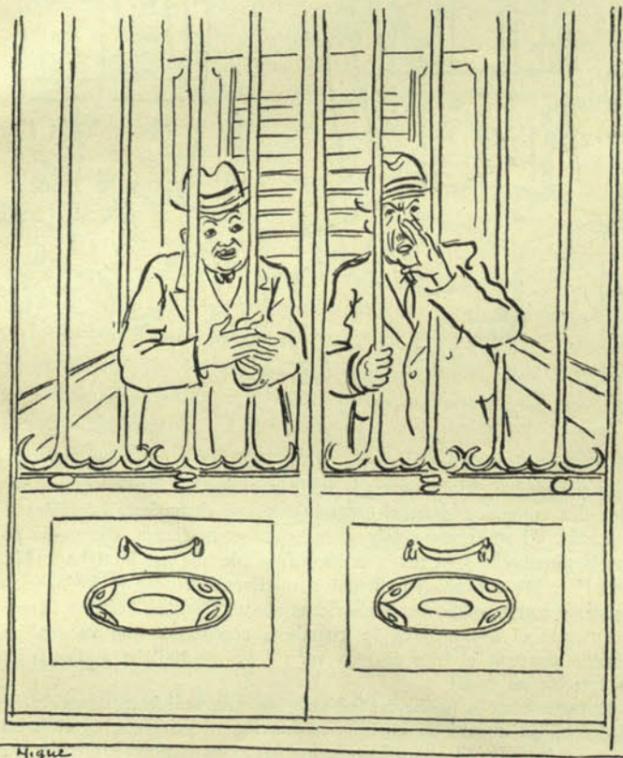
avefrías, frailecitos, horneros y gorriones pueblan el Sur de la sierra. Todos los pequeños pájaros burlones y pendencieros, rientes y perseguidores, de pie, como centinelas en la extremidad de un cardo, esparcidos en la hierba como junquillos; pájaros ladrones de nidos y pájaros burgueses; martín pescadores, cucos, becasinas del Paraguay, pequeños tucanes verdes, que revolotean en el aire húmedo de los bosques bajos. Cardenales enjaulados como cardenales del Renacimiento; pájaros exóticos llevados a Europa y vendidos en Marsella o Burdeos entre sus compañeros del Senegal. Todo el folklore de la América del Sur no es más que una gran pajarera, y los pájaros mismos se reúnen a veces para bailar, en este Continente de las zambas, las machichas, del pericón, de la rumba y del *fox-trot*. ¡Donde el hombre salta en la paz y en la guerra, rechaza la tierra con el pie y trata, más que de otra cosa, de mantenerse rítmicamente en el aire!

PAJAROS DE AMERICA

por Paul Morand

MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON



Miss Kattle y Carlos III

Miss Kattle—corresponsal del *Presbyterian Bulletin*, en Madrid—observó en sus andanzas nocturnas por esta capital que, después de las once, era frecuente ver a unos desdichados sujetos, encarcelados en los portales, golpeando con los puños y con los gritos sus herméticamente cerradas puertas. De vez en cuando, por entre las rendijas, o por entre los barrotes, si la puerta era de reja, salía una voz catacumbal y sumergida, clamando desesperadamente: “¡Serenos, serenos!” Y, a veces, solía ocurrir que de entre los pliegues de cemento de los flamantes rascacielos resuscitaba un ser anacrónico, envuelto en faldamentas, sayos y gabanes, provisto de un utensilio de indudable carácter bélico, semejante a una lanza, y con un farol pitañoso colgado en las pródigas gelatinas del abdomen: iluminación increíblemente superflua en medio de las pródigas luminarias de la moderna rúa.

El espectro respondía a las clamorosas demandas de los condenados con un “¡Vaaa!” sepulcral, y a continuación metía la llave en la cerradura. Los prisioneros salían luego y dábanle las gracias, sumisos y sonrientes. Y un poco más tarde, los mismos o parecidos desdichados parábanse en las esquinas de la urbe e invocaban de nuevo al fantasma, mediante el original conjuro de unas clamorosas ovaciones. Cuando los ciudadanos alcanzaban un grado de exacta desesperación, el duende surgía, nimbado por los humos y las luces vinosas de la tasca inmediata. Se acercaba a los pobres seres, acuchillados por los vientos de la invernía o cardados por los garfios de la lluvia; les gruñía un “Buenas noches” sin alma, y, después, con un gesto digno, les concedía permiso para entrar en sus respectivas viviendas. Como justa compensación por todas estas molestias, el ciudadano entregaba su óbolo al luminoso y siniestro sér, y se metía en casa bufando.

Y miss Kattle anotó que los serenos vienen a ser unos sujetos a quienes hay que pagar las molestias que ocasionan, los cotilleos sobre nuestras entradas y salidas y la perruna fiscalización que ejercen sobre aquella parte de nuestra privada y nocturna vida, que es precisamente la que menos nos interesa que nos fiscalicen.

Asombrada de esta supervivencia feudal del tiempo del cubre-fuego, cierra-puertas y toque de queda, preguntó a un erudito local, especializado en intríngulis matritenses, el porqué de esta feroz costumbre, de esta laica inquisición, de este voluntario sistema penal a cargo de agentes envueltos en trapos, con palabras refunfuñadas y en rancios hedores de aceite. El erudito, como es de rigor, dejó la pregunta sin respuesta y contestó a miss Kattle con varias citas, una de las cuales decía que se trataba de “una institución de Carlos III, para cuidar del recato y buena policía de las costumbres”. Y miss Kattle, ferviente admiradora del difunto Carolus, añadió

a su nota sobre el particular aquellas palabras del clásico: “En muchas ocasiones, los príncipes dan leyes a sus pueblos que en los tiempos de su ordenamiento y promulgación son justas y oportunas, pero que ante el juicio de la posteridad las hace parecer verdaderos desatinos, y a sus ordenadores, unos inexplicables monstruos.” Después de lo cual se metió en la cama muy tranquila, agradeciendo que en su hotel, de moderna organización, no hubiese que pagar, en lo moral y en lo material, absurdos derechos de portazgo, pontazgo y alcabala.

Purismo y libre examen

Decía el humorista argentino Enrique Méndez Calzada—en una correspondencia publicada en *La Nación*, de Buenos Aires—que los ascensores en Madrid no se utilizan, como en el resto del mundo, para que la gente baje en ellos. Idéntica observación habíamos hecho todos cuantos tuvimos que bajar a pie ocho pisos. En lo que no dábamos era en su explicación, que el citado humorista acaba de descubrir, con fina pupila. No se trata de hacer economías de fluido eléctrico, ni de incapacidad técnica para construir los artilugios de ida y vuelta. Es una simple cuestión de purismo idiomático. Los ascensores, fieles a la exactitud prosódica, se niegan a bajar la gente para no ser “descensores”. Y tienen razón en esta su terquedad de académicos en potencia. Lo malo es que otros muchos objetos de la vida madrileña observan igual conducta, con idéntico celo purista. Tomemos como ejemplo más inmediato el de las mangas de riego. Aquí ya se trata de purismo filológico y de puritanismo psicológico. Como en



España todo el mundo razona, en lugar de obedecer, las mangas de riego siguen pulcramente este dictado de la psicología nacional. Y saben que una manga de riego es para regar. En otros países, evidentemente más atrasados, como Alemania, Estados Unidos y Suecia, donde a las mangas de riego les está prohibido el razonamiento, éstas sirven para limpiar las calles. Arrojan el agua a fuerte presión sobre los asfaltos y adoquines y arrastran todos los residuos. Luego vienen unas rodantes escobas de goma, igualmente privadas de razonamiento, y dejan las calles como la tapa de un piano.

Las mangas de riego de Madrid, muy conscientes ellas, se contentan con aspergiar durante quince segundos—tiempo cronometrado por el autor el lunes último, en la Puerta del Sol—un levísimo rocío sobre las basuras, con el objeto de que éstas pasen a ser una densa pasta para que los autos se entretengan con sus divertidísimos patinazos y la gente reúna en su calzado ganancias para los limpiabotas. Pero, en cambio, defienden el purismo del idioma y la psicología nacional. Y razonan y se dicen que una cosa es regar y otra barrer. Y por ayudarlas en menester tan patriótico y culto, unos hombres vestidos seriamente de obreros municipales, cobran ocho o diez pe-

setas diarias. Yo propondría que estos jornales estuviesen a cargo de la generación del 98 y de la Academia de la Lengua. Las mangas de riego de Madrid y sus servidores no limpian ni dan esplendor; pero, en cambio, fijan de una manera inexorable la pulcritud del idioma, los matices de la psicología nacional y las colillas, que para siempre jamás quedan donde estaban...

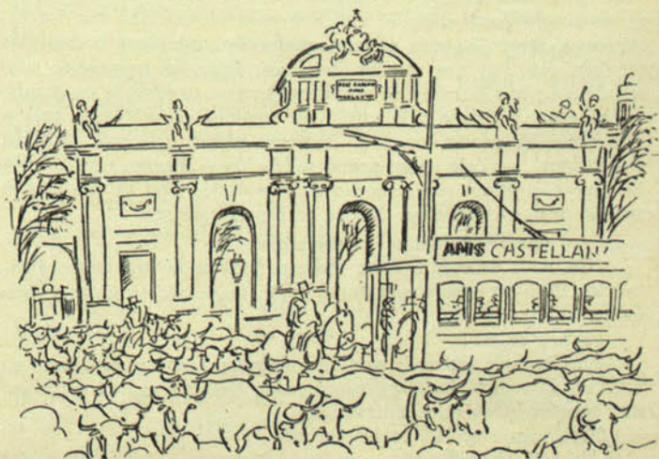
Disertación erudita

En los tiempos antiguos todas las cosas eran mucho más bellas que ahora. (Brindo este profundo pensamiento a la Academia de Artes de San Fernando, por si creen del caso nombrarme, por ella, su correspondiente, que otros habrá con bastante menor motivo.) De haber vivido en aquel tiempo el Sr. Royo Villanova, en vez de andar con las piernas metidas en estas lóbregas chimeneas, a todos comunes, llevaría unas bragas de seda carmesí y unos jubones de terciopelo de Florencia, con lo que quedaría encantador. Todas las palabras eran muchísimo más nobles: Refrigerio, pitanza, colación, para el acto de injerir los alimentos. ¿Y qué decir de gregüescos, ropillas, chupas, capusayes y calzas acuchilladas? En cambio, hoy debemos conformarnos con una nomenclatura vil de la indumentaria, que conoce palabras de tan escasa dignidad como camiseta a rayas, calzoncillos largos, pantalón chanchullo... Y así en todo.

Lo que hoy se conoce con el espantable nombre, que huele a Juzgado Municipal—pongamos por olor típico de la burocracia—, de “Asociación General de Ganaderos”, se llamó en otro tiempo nada menos que “El Honrado Concejo de la Mesta”. No voy a referir con todo género de detalles lo que tan campanuda denominación aparejaba, para no enfrascarme en una polémica con el Centro de Estudios Históricos, de la que mis contendientes, como es natural, saldrían destrozados. El Honrado Concejo de la Mesta tenía entre otros derechos el de contar con unas zonas de libre circulación para sus rebaños, a las que se conocía—y conoce—con el nombre de cañadas. El Honrado Concejo permitió a los burócratas que lo desbautizasen, pero no que le arrebatasen este derecho de trashumancia. Y aun hoy, unas lonjuelas del territorio nacional, invisibles para los ojos profanos, pero tradicionalmente conocidas por los vaqueros, pastores y porqueros, cruzan toda la ancha extensión ibérica con sus vetustos itinerarios.

Ya sé que el listísimo lector está esperando que le cuente un apéndice de la sierra de Gredos o de los llanos de la Mancha, con motivo de la culta disertación precedente. Pues no hay tal. Los derechos de la Mesta no son solamente rurales, sino urbanos. ¿Y qué pensarán los madrileños cuando se les diga que su pomposa calle de Alcalá está considerada como Cañada Real? Pues así es, en efecto. Y los ganaderos tienen pleno derecho a meter sus vacas, cuando lo crean conveniente, por entre los autobuses y tranvías, con la consiguiente deseuropeización fulminante de Madrid.

Menos mal que los ganaderos han heredado, junto con los antiguos derechos, su no menos antiguo sentido común, y no cometen ese desaguisado. Pero si bien no abusan del derecho, no dejan de usarlo. Y quien quiera cerciorarse de ello, levántese todos los días a las tres de la madrugada y sitúese en la Puerta de Alcalá, donde le será fácil convencerse, contemplando las manadas, rebaños y piaras que, por lo menos media docena de veces al año, pasan por allí, con gran tintineo de cencerros y roncros gritos de pastores del tiempo del Quijote.





Hace poco me encontré envuelta en esos nudos con que el espíritu humano teje para nosotros una red para oprimirnos. Hacía muchos meses que yo no había escrito nada. Me hallaba en la vorágine de las obligaciones domésticas: los niños, las amistades, las "kermeses", las instituciones benéficas... Las mil y una cosas que exigen nuestra diaria atención.

Y una buena mañana me desperté a esa hora que precede al amanecer, cuando uno ve las cosas con fantástica claridad, cuando la marea espiritual está tan baja que el marco humano no tiene la suficiente vitalidad para confundir los valores... Entonces, el instinto se manifiesta sin inquietudes, sin nada que altere su curso. La emoción sumérgese en esa consciencia tan profunda que yace bajo la violenta superficie de la vida, como agua muerta que sólo rizaran las vibraciones más universales. Y, de repente, me encontré con que tenía que hacer algo: que escribir un libro. Vi la creación, tenía ante mí la creación, y se me alcanzaba que yo tenía que tomarla en mis manos en su unidad y no permitir que se dividiera en trozos separados hasta tenerla conmigo en su totalidad. Luego podría entrar en detalles. Y comprendí que debía ausentarme. Comprendí la fragilidad del contacto humano; me hallaba inspirada. Y era que yo atravesaba por uno de esos momentos de diaphanidad mental en que se rompen las raíces viejas e inútiles y se trasplanta el elemento vital a un terreno nuevo.

Aquella mañana partí para el campo. Estaba tan abstraída con mi propósito de ausentarme, que apenas si vi a mi pequeño Tony, cuya manecita, desde la verja, me decía adiós. Pero no importa. Rápidamente el bosquejo de su silueta se había grabado en mi subconsciente con huellas indelebiles. Al viento su cabellera rubia y rizosa y dentro de sus pantaloncitos de pana, que mostraban su contacto con la arena del jardín, su frágil cuerpecito vibraba con el movimiento de la mano, que continuaba diciéndome adiós, hasta que doblé la curva de la avenida.

Me metí en el tren. No hay lugar mejor para la meditación que

un tren. El ritmo de su marcha, su movimiento hipnótico, el sentirse a solas, aunque viaje gente con nosotros; la seguridad de no ser interrumpido, ofrecen un refugio para el pensamiento. Y el paisaje, que a través de la ventanilla desfila en una cinta de colores, compone el telón de belleza más adecuado para nuestra búsqueda mental. Mi imaginación se esponjaba en la idea del libro que iba a escribir. Este libro sería la traslación al papel impreso de varios de los cuadros que ofrece la tierra, de escenas vividas, pero expuestas en su mayor significación: lo humano cuando se hace divino; lo divino cuando se hace humano.

Y pensé que si yo pudiera oír ahora a aquel río que reverberaba en el paisaje quizás su rumor interrumpiera el ritmo de mi mente. Pero ¿es que la Naturaleza interrumpe alguna vez la meditación?... ¿No está tan a tono con la armonía interior del espíritu que sus sonidos componen una música amable para guía del pensamiento?... Los violentos ruidos de la ciudad rompen nuestra paz; la nota aguda de la bocina de un auto, los cascos del caballo sobre el asfalto, las voces de los vendedores de periódicos, el tintineo discordante de los tranvías, los ladridos de los perros, los niños que lloran a grito pelado en la calle... Todo ello le volverá a uno desagradablemente a la realidad. Pero todos esos sonidos escuchados desde la cima de una montaña son distintos. Entonces la algarabía de la ciudad se disuelve en un rumoreo amable, semejante al de una colmena. Y el llanto de una criatura nos llegará allá arriba, aunque atenuado, con toda su exigencia, pero sin su sensación de cosa humana que pide socorro. No sé por qué, pero desde el tren parece que se "ven" los sonidos, en vez de oírlos. Y yo diría en mi libro que uno sentía la sensación de que se hallaba muy lejos para actuar o para servir de algo a los demás, y que por eso uno comprendía lo fútil de sus esfuerzos en un mundo tan estridente.

Si; era eso. Todo cuanto decimos, todo cuanto hacemos, es fútil. Todo: mis libros, la obra de mis manos, el trabajo de mi cuerpo. Al final, no queda nada más que la huella sobre la arena donde antaño se alzó una fortaleza... Pero la obra del espíritu puede iluminar a la humanidad, porque brota de un fuego inextinguible, y "una vez que prende en un alma encuentra en ésta su combusti-

EL ALMA EN LAS MANOS POR RUTH ELLEN CHILDERS

ble", y, por tanto, se hace imperecedera. Y por esto es por lo que queda un libro o un pensamiento que va de mente en mente y continúa transmitiéndose aunque el Tiempo mismo haya huído.

Y así, en el tren, durante diez horas, estuve ausente del mundo. El tren se detuvo en la estación de la pequeña aldea. A través de los campos, allá abajo, divisé mi finca. En aquel momento poníase el sol, y su desaparición componía para mí el broche más armónico para un día perfecto. Pedí a la guardesa las llaves y le dije algo sobre prepararme huevos y manteca y leche. Pero yo no supe cómo, con qué palabras, se lo dije. No me parecía que yo había hablado, sino que mis palabras procedían de fuera de mí misma, como de algún disco de gramófono colocado en una habitación contigua.

Pero, de repente, no sé a qué impulso se debió que yo volviera el rostro. Allí, a la puerta de la finca, había un chiquillo, dentro de un trajecito manchado de tierra. El viento jugaba con sus cabellos mientras la criatura pugnaba por secarse las lágrimas de su carita.

Casi perdí la vista. ¡Aquel era Tony, mi Tony, que estaba he-

ILUSTRACIONES DE MIGUEL GOMEZ



rido o enfermo en nuestra casa de la ciudad!... ¡Tal vez iba yo a llegar tarde!... ¿Por qué no le traje conmigo?... En mi mente una idea fija empezó a danzar, creando visiones demasiado horribles de concebir. Vi su frente enfebrecida, su cabecita rizosa, que yacía sobre la almohada, y oí una voz inconfundible que me llamaba "¡Mamita!"... Me sobrecogió al llegar a mi dormitorio de la finca, y sin poderme contener me lancé escaleras abajo. Pero al llegar a la verja, y ante el asombro de la guardesa, comprendí que ya era imposible alcanzar el tren de regreso. ¡Y yo me hallaba a diez horas de tren de mi casa!

Durante toda la noche no fui más que una mujer enloquecida por el dolor. Ya no existía en mi imaginación ni mi libro, ni el paisaje, ni nada... Inútil que mi raciocinio quisiera imponerse; nada conseguía ahuyentar de mi cerebro la visión constante de que mi Tony yacía enfermo y al cuidado de las criadas. Pasé una noche horrible.

En el primer tren regresé a casa, y el ritmo de la marcha parecía repetir: "Tarde, demasiado tarde; tarde, demasiado tarde." En el departamento contiguo al mío lloró un chico. Y los rostros de los viajeros sentados frente a mí revelaban tristeza, pesadumbre, cansancio infinito... Creí que no iba a llegar nunca.

¡Al fin, en casa!... Subí volando las escaleras que conducían al dormitorio de mi niño. Ni reparé en una criada. Sólo sé que corrí a la camita y tomé en mis brazos a mi Tony, que abría los ojos, adormilados aún.

—¿Ya has vuelto, mamita?—inquirió.

—¡Sí, sí; ya estoy aquí!

Apenas podía nablár. Cogí al chico, lo abracé, le oprimí fuertemente.

Y él:

—Bueno, mamita... ¿Y qué me has traído?

—Pues... a mí. Te he traído a mí misma.

Y me pareció que mi afirmación bien podía comprenderlo todo.

—¿Nada más?—preguntó Tony—. ¿Pero es que no me has traído nada?... ¡Qué tacaña eres!...

Y le volví a su camita y le arropé. Le besé y salí de la habitación. Y entonces me entraron unas ganas locas de reír. Y lloré. Y volví a reír...

Fielder es un hombre a quien yo nunca he entendido completamente. Le encontré una vez en Mosley Street, siempre con su aspecto desaliñado. Me detuvo y me espetó:

—Una pregunta: ¿Le es a usted difícil huir de sí mismo?...

¿Qué se puede contestar a eso si se lo disparan a uno en plena calle?... Me pareció sumamente excéntrica la cosa, y repute:

—Lo difícil para mí es huir de los demás.

Y él:

—¡Ah, sí!...

Y se marchó. Aquel mismo día me lo encontré en el casino y le pedí perdón por la ironía barata que le gasté por la mañana. Tomamos café, y le pregunté:

—¿Qué quiso usted decir esta mañana al preguntarme aquello?

—Pues... La pregunta se me ocurrió porque Pennyfold me hizo cavilar sobre ello. Usted conoce a Pennyfold, ¿no?

—¿El "volcán apagado"?—pregunté.

—Sí, así le llaman—dijo Fielder—. Pero Pennyfold dice que no se ha extinguido; que lo que sucede es que se ha recluido en sí mismo.

—No estoy seguro de entenderle a usted—exclamé—. Supongo que lo que pasa es que los escritores, como el amigo Pennyfold, escriben hasta agotarse.

—No es exactamente eso—dijo Fielder—, aunque mi afirmación se base en lo que sostiene el amigo Pennyfold, que dice que los escritores siempre disponen de una cantera de cosas; que cuanto más escriben, más hay que escribir. Será así. Pero los lectores se cansan de uno; uno se cansa de sí mismo, porque siempre se es la misma persona, y cuanto más vive, uno continúa pareciéndose más a sí mismo. Y, por otra parte, la gente espera que uno continúe siendo igual, y no le dejan a uno salirse de sí mismo. Clasifican a los demás, y ya no se preocupan de cambiarles. Así es que uno se somete, y uno viene a ser lo que se espera que sea.

—¿Así que Pennyfold se ha sometido?

—¡Ca, nada de eso!... Cosa muy patética es un tipo como Pennyfold. Pero no quiere someterse. Y trata de ser original y brillante.

—¡Pobre sujeto!

—Sí. Cree que acaba de escribir su obra maestra y penetrado en regiones insospechadas, produciendo algo nuevo y extraño. En suma: que ha huído de sí mismo.

—Pero, ¿en realidad, lo ha hecho?

—Ahí está el quid.

—¿Y conoce usted su obra maestra?

—Sí. Me la enseñó, la repasé...

—¿Y bien?

—Para ser sincero, encontré a Pennyfold siempre, a través de su obra. Pero no era cosa de decírselo claramente. Intenté hacerle ver que no nos podíamos permitir el lujo de pasarnos sin él; que su obra maestra tiene que ser muy Pennyfold toda ella. Que lo que él tenía que hacer era meterse en sí mismo y no desprenderse de él. Y me hice un pequeño lío con estas cosas. Y le dije: "Supongamos que fuera usted a ver las Pirámides y escribiera algo sobre ellas: continuaría usted siendo Pennyfold." Y él me dijo:

LA HUIDA POR A. N. M.

Traducciones especiales para CIUDAD de H. L.

"Las excursiones de mi cerebro no se deben confundir con las de un trotamundos"...

—¿Y se ha publicado ya el libro?

—Pues ahí está la cosa: que los editores tienen miedo. La gente ya no sabe lo que puede esperar de Pennyfold. Cuando aparece un libro suyo, los críticos empiezan su comentario diciendo: "Podemos estar seguros de que en todo libro de Mr. Pennyfold..." Y así siempre. Si uno tiene éxito con un libro, el editor quiere que el siguiente libro se parezca al primero. Pero el hombre está ahora dándose vueltas a sí mismo, tratando de hacerse irreconocible. Y, sin embargo, continúa siendo el antiguo Pennyfold, sino que un poco desarticulado.

—De modo que la moraleja es que debemos contentarnos con ser como somos.

—¡Oh! Eso no lo sé. Yo de mí sé decir—observó Fielder—que en casa soy el cabeza de familia de siempre. Ya soy una institución, y mi gente sabe lo que puedo dar de mí. Soy esclavo de la costumbre, de la confianza y del afecto. Un guante viejo que ajusta perfectamente. No necesitan preocuparse de mí. No sienten la menor curiosidad por mí.

Y agregó:

—No es que me queje. Es que el orden de las cosas es así. Hacen de uno una imagen, aunque sea una imagen maravillosa, y ya está usted preso en su fanal. La cosa más heroica del mundo es romper con uno mismo: romper la propia imagen, romper el fanal...

—Pero la muerte—observó—llega demasiado pronto. Tengamos un poco de paz y de confort antes de morir.

—¡No, no!—exclamó Fielder—; luchemos hasta lo último, como el viejo Pennyfold.

Mi amigo padecía la obsesión del viejo Pennyfold.

Siempre que volví a encontrarme con Fielder le gasté bromas acerca de Pennyfold. Y solía preguntarle: "¿Cómo va Pennyfold?... ¿Se ha salido ya de sí mismo? ¿Ha huído de su persona?"

Hasta que hoy, a una de mis preguntas, Fielder me cogió del brazo, nos sentamos juntos y me contestó:

—Sí, ya empieza a desplegar las alas...

Y me ha dado la noticia: Pennyfold se muere. Fielder, que le visitaba a diario, ha notado cómo ha ido cambiando aquel hombre. Sus positivos se tornaban en negativos; su rostro irradiaba misterio. Al menos, así dijo Fielder, que creía ver en el enfermo toda clase de posibilidades, de oportunidades perdidas. Y Pennyfold, a su juicio, pudo haber hecho mil cosas todavía, y tal vez aún las podrá hacer en alguna parte, de algún modo... Fielder, en una de sus visitas al enfermo, había intentado sacar a relucir el tema de la obra maestra. Pero Pennyfold hacía gestos negativos con la cabeza. No podía hablar, pero guiñó los ojos. Y lo que Fielder no veía ahora claro era qué quería significar con aquel guiño.

Y ya, por lo visto, no había nada nuevo que esperar de Pennyfold, que había perdido el conocimiento y cuyo fin sólo era cuestión de poco tiempo. Fielder sacó su reloj de bolsillo y clavó en la esfera una mirada expectante. Tal vez pensara que, tras aquellas manecillas que registraban los minutos y las horas, había alguna senda infinita por la que Pennyfold habría escapado ya...

EL PARAÍSO DE TERII

Por JEAN DORSENNE

(Traducción de Manuel Coello)

ILUSTRACION DE SANTONJA

Ha mucho, mucho tiempo—contad las hojas que adornan las ramas de los plataneros y los mangueros y no llegaréis, ni con mucho, a obtener el número de lunas que pasaron desde entonces—, Terii y Mara vivían en unas chozas vecinas situadas, como jaulas de pájaros, a orillas del lago. Los dos niños pasaban juntas todas las horas del día, buscando sobre la arena de la playa conchas irisadas, persiguiéndose en el agua como delfines o contemplando sobre el fondo de coral el jugueteo de los peces tornasolados, con sus vivos colores de topacio, de zafiro, de amatista, verdadero arco iris viviente y submarino.

A veces, a la hora en que el sol se hunde en el océano, cuando en el aire tenue de la tierra de Tahiti se extiende el aroma de los frutos de pan tostado sobre capas de coco ardiendo, Terii iba a visitar a Teina, abuela de su compañera de juegos.

En Oceanía, lo mismo que aquí, las abuelas gustan de contar cuentos y leyendas. ¡Con cuánta atención el muchachito y la niña escuchaban los relatos de la buena vieja, sentada delante del fuego, atenta a la preparación de los manjares de la cena!

—¡Ah, si pudiésemos ir al Rouhoutou-noanoa! (el paraíso tahití)—suspiraban ambos con nostalgia.

¡El Rouhoutou-noanoa! Hablaban de él durante el día y soñaban con él durante la noche. Era el objeto constante de sus pensamientos y de sus deseos, porque, según decía la abuela de Mara, era el lugar más delicioso de la tierra: un rincón maravilloso, situado más alto que la Orohena, la más elevada montaña de Tahiti, encima de las nubes, allí donde los guerreros y sus mujeres gozan, después de su muerte, la felicidad de los dioses.

—¡Terii!... ¡Mara!—llamaron una mañana sus padres.

Pero Terii y Mara, ya lejos, se burlaban de esas llamadas. Abrasados de curiosidad, habían salido, al despuntar la aurora, a la conquista del Rouhoutou-noanoa.

El muchacho se había provisto de un hacha, y valientemente caminaba adelante, abriendo paso a su débil compañera a través de las malezas del valle. Los torrentes se despeñaban con estrépito y su espuma dejaba ligeros copos en sus cabelleras. De vez en cuando se detenían para coger una guayaba o morder con fruición la pulpa jugosa de una naranja. A poco empezó la ascensión de la montaña; las piedras rodaban bajo sus pies desnudos y tenían que agarrarse a las ramas de los helechos gigantes para no ser arrastrados al precipicio.

Terii, con las manos ensangrentadas, seguía adelante; pero la muchacha, menos resistente, desfallecida y lastimada, se sentó sobre una roca, suplicando al muchacho volver a su casa. ¡Qué terrible caso de conciencia! ¿El niño abandonaría a su compañera?

Por desgracia, esa edad no conoce la reflexión, y el deseo de llegar a los jardines embalsamados del Rouhoutou-noanoa abrasaba el corazón de Terii y tenía más fuerza que su ternura. Con lágrimas en los ojos continuó su camino, mientras que la muchachita, el alma inundada de tristeza, regresaba a la cabaña de su abuela.

La obscuridad había invadido la tierra cuando el muchacho, sin alientos y aterrorizado, llegó a la cúspide de la montaña. El viento insidioso y fantasmal agitaba las ramas y las hierbas. Se sentía rodeado de espectros invisibles, y los terribles *touparahou* (fantasmas que se pasean por la noche), sin duda, le acechaban para castigar su audacia.

El gemido de espanto que se iba a escapar de su garganta se trocó en un grito de júbilo: Hina-la-luna acababa de aparecer en el cielo, y su rostro sereno y pálido parecía querer tranquilizar al muchachito.

Una atmósfera lechosa bañaba las vertientes abruptas de la montaña, ponía reflejos metálicos en las ramas de los árboles. Y he aquí que un rayo más luminoso que los otros cayó sobre Terii, cegándole, envolviéndole y apoderándose de él y transportándole a través del éter, le depositó, encantado, extasiado, en medio de los jardines del Rouhoutou-noanoa. ¡Ah, qué verdad era! La vieja abuelita no había exagerado: el muchacho se pellizcaba el brazo para convencerse de que no soñaba. Nunca había contemplado flores tan maravillosas; gigantescas corolas se balanceaban en el aire cargado de perfumes o se reflejaban en frescos arroyuelos que se deslizaban con armonioso murmullo a través de las praderas sembradas de verde césped.

Un sol esplendoroso hacía madurar las doradas frutas, hinchadas de jugo, que se ofrecían a la mano del paseante. Y seres de ideal belleza, vestidos con ropajes de una

blancura inmaculada, se deslizaban sobre la verde alfombra de los senderos.

Terii avanzaba maravillado más y más. El aire tenía una sutilidad tal, que se caminaba sin sentir y sin fatiga. Y al otro extremo de los jardines llenos de sol había otros sobre los que reinaba un claro de luna eterno. Y no había nada más conmovedor que las flores de cálices nevados, abiertas en la atmósfera malva y fosforescente que flotaba entre los arbustos perfumados. Y los bosques de tamanus, de bananeros, de tamarindos, extendían majestuosos sus follajes plateados por la luna, mientras que alrededor de los troncos se enroscaban lianas de corazón violáceo, y pájaros de colores brillantísimos agujereaban la pálida claridad con sus vuelos de fuego. Graciosas danzarinas bailaban en medio de las llanuras, mientras que los guerreros cantaban y golpeaban cadenciosamente los troncos de los árboles para acompañar sus danzas.

Así desfilaban los días felices y ligeros para Terii, quien, despreocupado por la huida del tiempo, crecía en fuerza y en belleza. Su estancia en el Rouhoutou-noanoa era algo tan encantador, que hasta ahora el recuerdo de su isla natal no se había presentado todavía en su espíritu.

Pero, a la larga, las cosas mejores llegan a ser monótonas. Sin duda es preciso haber adquirido una gran sabiduría para gozar de la felicidad perpetua del paraíso. La naturaleza de los pobres hombres vivientes es demasiado imperfecta para contentarse con un estado en que los dioses nos conceden tan generosamente sus bondades, que ya no queda nada que desear.

Una mañana, Terii, que, de costumbre, en cuanto abría los ojos saltaba con alegría de su lecho de musgo florido, se despertó triste y la garganta apretada por una angustia inexplicable y un deseo extraño de llorar. Se levantó, y las flores le parecieron de pronto demasiado perfumadas; las frutas, demasiado sabrosas; el cielo, demasiado azul, y el claro de luna, demasiado plateado.

Un pájaro, cuyo plumaje a través de las hojas resplandecía como una custodia incrustada de piedras preciosas, se puso a lanzar un gorjeo, cuyas notas dulcísimas se esparcían en el aire; pero el joven, impaciente, se tapó los oídos. Por primera vez se aburría en aquel paraíso, por muy divino que fuese, y al momento decidió escapar de allí.

Con gran nervosidad prolongó su paseo hasta el último confín de Rouhoutou-noanoa, desde donde Tahiti descuellos en la inmensidad del Pacífico como una hoja de nenúfar en medio de un estanque. Sin motivo alguno, el corazón le pesaba como la maza pesa en el puño del guerrero.

Y, de pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas: un olor, ah, ¡cuánto más patético, cuánto más delicioso que todos los perfumes de Rouhoutou-noanoa!, penetraba por su olfato: era el de la tiare-Tahiti, esa humilde flor blanca que perfuma la isla toda y la transforma en un inmenso pebetero.

Entonces comprendió de dónde procedía aquella extraña angustia que le oprimía desde su despertar, y al momento surgieron en su espíritu todos los recuerdos de su infancia, que había olvidado por completo.

Volvió a ver las orillas del río plantadas de cocoteros, cuyas ramas dan sombra al lago de zafiro como las pestañas de esmeralda encima de unos ojos azules; volvió a ver las vertientes floridas de la montaña, tapizada de plantas olorosas; volvió a ver su cabaña de pandanus, su piragua ligera como el viento, y volvió a ver el rostro juvenil y risueño de una muchachita de diez años...

Cerró los ojos y creyó respirar aquella brisa deliciosa que a la aurora hace revivir las corolas cerradas de noche, esparce sobre las hojas las gotas de rocío y acaricia las frentes de las jovencitas dormidas.

Una emoción profunda le sobrecogió; los años de tranquila felicidad que había pasado en el Rouhoutou-noanoa se habían esfumado como en un sueño, y la nostalgia de



su isla natal se apoderó de él con tal violencia, que tembló como una rama de bambú con la tempestad. Pero ¿cómo partir? Suaves nubecillas flotaban sobre el abismo. Pensó que jamás podría volver a su tierra de Tahiti y sollozó amargamente. De pronto, un trazo de fuego iluminó la bóveda celeste. La cabeza adornada con una diadema de plumas rojas, el pecho y los brazos guarnecidos con placas de nácar, un personaje majestuoso se erguía ante él. Lo mismo que Hina-la-luna le había transportado al Rouhoutou-noanoa, el todopoderoso dios Oro, conmovido por el dolor del joven, le dijo con bondad:

—Toma esta flor de hibisco y lánzala al espacio.

Y Terii arrancó la corola púrpura, deshojó los pétalos en el viento y éstos se unieron, fundiéndose en un arco iris rojizo que iluminó la nube; el adolescente bajó corriendo los peldaños de la escalera fantástica y saltó sobre la cima de la montaña, al pie de la cual se extendía Tahiti con sus profundos valles, sus playas, sus arrecifes de coral y sus torrentes estrepitosos.

Escuchó. La sangre golpeaba con fuerza en sus venas. Una voz cálida, cristalina, una voz más dulce que la miel, una voz que hacía vibrar todas las fibras de su ser, se elevaba en el aire ligero, dominando el eterno rugido de las olas sobre los acantilados. Y, habiéndose inclinado, reconoció delante de la cabaña de la vieja Teina una adorable adolescente, que, de pie, al sol, peinaba su cabellera de ébano y cantaba.

—¡Mara!—exclamó.

Millares de reflejos se extendían sobre el mar; algunos pescadores de Tahiti, con el torso desnudo y ceñidas las caderas con el cinturón brillante que usan, pescaban en sus piraguas; otros que volvían del valle llevaban sobre sus espaldas haces de flores y cestas de naranjas cual si fueran de oro; las mujeres, a la sombra de los plataneros, tejían guirnaldas o colocaban en sus cabellos grandes flores de *ylanylang*, y niños desnudos reían y jugaban en la playa. La alegría flotaba en el aire, más embriagadora que el vino de naranja o que el jugo delicioso de las palmeras.

—¡Mara!—repitió devotamente el joven.

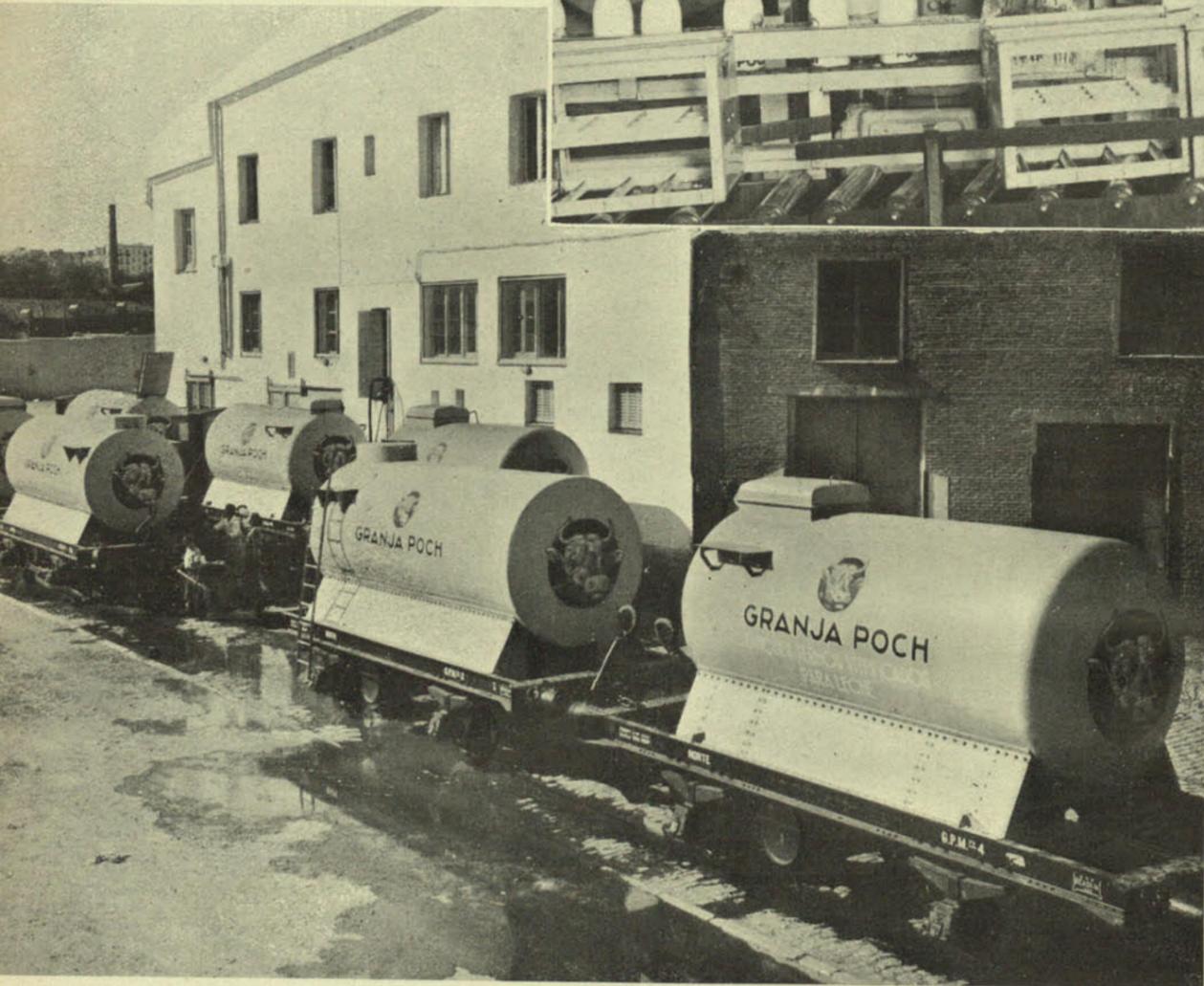
Un sentimiento hasta entonces desconocido por él despertó en su pecho. Todas las fibras de su ser se hallaban exaltadas por el amor.

Contempló un instante el adorable paisaje que bañaba la alegría de vivir, y susurró:

—El verdadero paraíso es el rincón de la tierra donde se ama... "Ia ora na Tahiti!" (Yo te saludo, Tahiti.)

Y Terii, más ligero que una gacela, se deslizó por las vertientes de la montaña a la conquista de la felicidad.

El Alcalde de Madrid, Sr. Salazar Alonso, visitando la Central Lechera de que Granja Poch ha dotado a la capital de España, y que puede considerarse como la más moderna de Europa.



MEJORAS DE MADRID

Vagones-cisternas isotérmicos de diez mil litros de capacidad, en los que se efectúa el transporte de la leche desde la región montañesa. Estos tanques son verdaderos termos gigantes, de interior vidriado para asegurar una limpieza perfecta.



Concha Espina aparece aquí rodeada por el ministro del Perú, el alcalde, el ministro de Estado, el gobernador de Madrid y otras personalidades.

Recepción de Concha Espina en el Ayuntamiento de Madrid

uno de los países de América "donde con más fervor se ama a la madre patria y se admira a la que es una de sus glorias más puras".

Finalmente, Concha Espina leyó un par de bellísimas cuartillas, cuyo íntegro contenido damos a continuación, seguros de que el lector nos lo agradecerá.

Nunca en mi vida, ya larga, me ha causado tanta inquietud y tanta pasión un viaje.

He ido a América muy niña, en trance de aventura, con todo el mar y el cielo para mí y nada sólido en el mundo.

He vuelto después a trabajar por la literatura española dentro de mi profesión de artista y mi sino de caminante.

Ahora retorno allá, en representación de España, con una alegría y un temblor que me confunden.

Los hombres que hoy presiden nuestro país miran muy lejos y saben que es América el más glorioso archivo de nuestro patrimonio espiritual. Por eso le rinden homenajes con una comprensión certera y virtuosa, que dará como fruto la segunda vida hispano-americana, es decir, un tercer continente enamorado y sensible en el reino de los mejores ideales, esos que, al cabo, producen también las mejores obras de la humanidad y la justicia.

De los honores representativos que inesperadamente me acuden debo responder aquí al que me confiere el Excmo. Ayuntamiento de nuestra capital, con una gentileza inolvidable, para que lleve su tributo al Municipio de Lima, sede civil de neta y clásica fundación



La ilustre escritora sube la escalera de honor del Ayuntamiento.

Con motivo de la partida de nuestra ilustre colaboradora—quien va a las fiestas conmemorativas de la fundación de Lima como enviada extraordinaria del Gobierno—, el Ayuntamiento de Madrid celebró una recepción en su honor, que tuvo lugar el martes 8 del actual.

Asistieron a la misma el señor ministro del Perú acreditado en España, el señor ministro de Estado, el señor alcalde de Trujillo, pueblo natal de Pizarro, nutridas representaciones del mundo intelectual y social y numerosos invitados. El alcalde de Madrid, don Rafael Salazar Alonso, en el rellano de la gran escalera de honor, recibía a las Comisiones oficiales e invitados particulares, entregando a las numerosas señoras que asistieron al acto ramos de flores.

Los salones destinados a la recepción aparecían decorados con magníficos tapices de la colección municipal, que realzaban la belleza arquitectónica de la Casa de la Villa con su arte y magnificencia, ofreciendo el conjunto una suntuosidad adecuada al solemne acto.

Después de servido un *lunch*, el alcalde, D. Rafael Salazar Alonso, en un emocionante discurso, saludó a Concha Espina, declarándose orgulloso de que fuese la ilustre escritora, "que honra a Madrid siendo su vecina", la representante, ante el Concejo de Lima, no sólo del Estado español, sino también de la villa de Madrid. Como espiritual presente para ser entregado al señor alcalde de la capital peruana, el señor Salazar Alonso, al final de su oración, entregó a la escritora un estuche conteniendo un tomo de una edición especial de *El Alcalde de Zalamea* y unos grabados antiguos de Madrid. A su vez, el señor alcalde de Trujillo puso en manos de la embajadora extraordinaria una hermosa bandera, destinada igualmente a la ciudad de Lima.

El señor ministro del Perú, visiblemente conmovido, pronunció unas palabras, congratulándose de que, en tan solemne ocasión, España haya pensado en Concha Espina para que la representase en



El secretario del Ayuntamiento, señor Valiente, acompañado de dos amigos.

española, que celebra su cuarta centuria y suscita un interés internacional, muy estimulante para nosotros, muy transido de emoción histórica.

Diríase que todos los Concejos del orbe hispano enhebraran su fiesta allí, en aquel famoso Perú, preclaro airón de la Conquista; que todos se vinculasen con un movimiento de orgullo y de fe al ilustre Cabildo de la ciudad visorrcina, la preciosa *ñusta* del Rimac.

Estos Cabildos, auténtica y noble casa de los pueblos desde la raíz de nuestra civilización, están, pues, de enhorabuena; se visten de júbilos, y sus voces tocan a rebato, especialmente en Lima y en Madrid, bajo una sola gracia racial.

Consistorios populares, anchurosas corporaciones destinadas a bien común, tipo urbano y rural de los gobiernos que sembró España en sus interminables derrotas.

Alcalde. Corregidor. Suenan muy bien estas palabras cuando corresponden a una jerarquía de honradez y patriotismo como en el caso insigne que tenemos tan próximo y en el ejemplo de la capital peruana.

Labrantío secular de nuestro país en los hondones de la Tierra: la simiente de su labor no dejará nunca de florecer, porque ha echado sus brotes en las almas con las más íntimas bodas del Sentimiento...

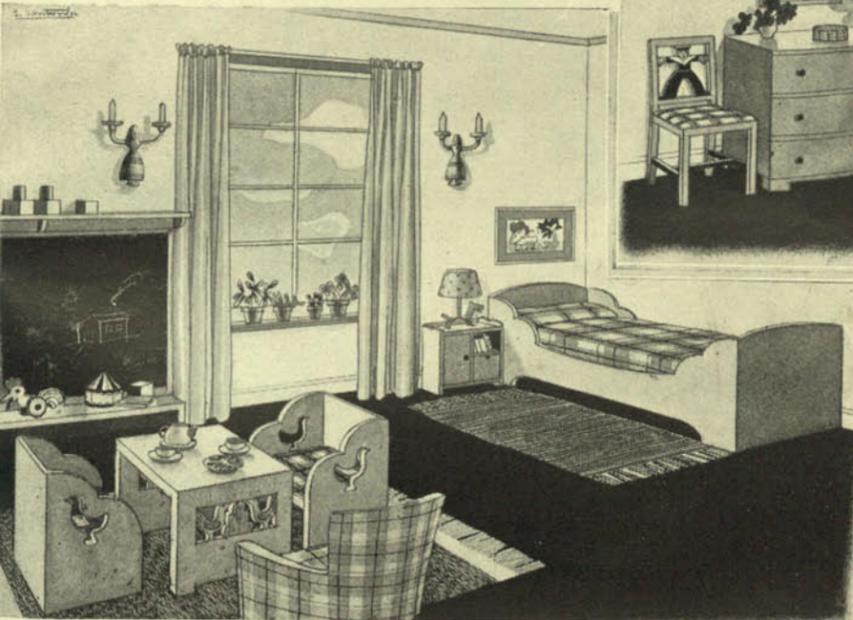
Yo sería demasiado feliz si lograra llevar siquiera un hábito del querer español, siempre vivo, a los solemnes festejos de Lima, con los mensajes de que será portadora.

Y, para concluir: por lo que ha hecho, por lo que hará España en el Mundo cumpliendo una divina predestinación, santificado sea su nombre por los siglos de los siglos en todos los confines luminosos de la Creación.

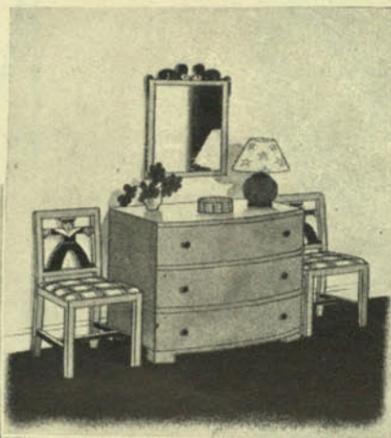
Terminado el acto, la escritora fué despedida con grandes muestras de afecto, repitiéndose la gran ovación con que se le acogió a su llegada.

El Hogar MODERNO

DIBUJO DE SANTONJA
TEXTO DE JEAN LAROCHE



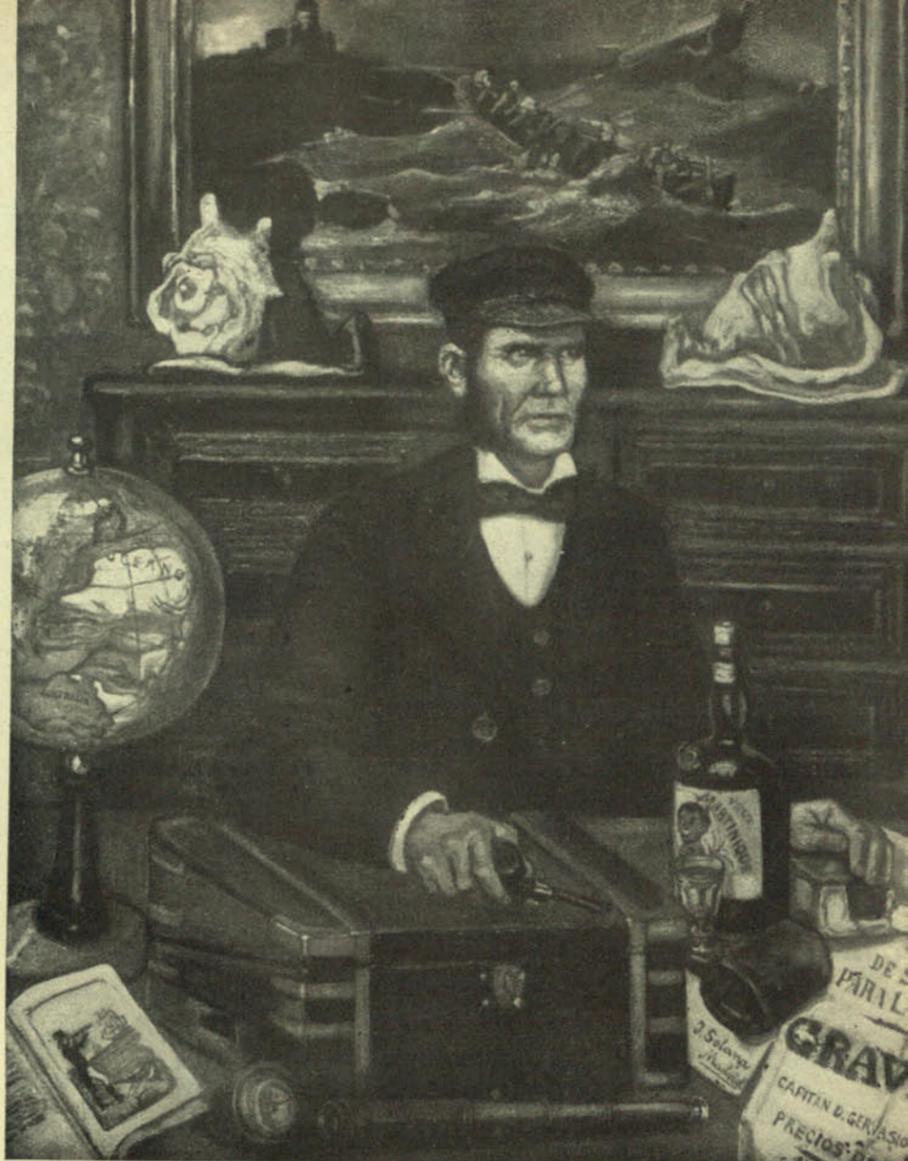
CUARTO
PARA
NIÑOS



Nada de decoraciones lúgubres ni de graves armatostes: ambiente de alegría y de comodidad en los cuartos de las criaturas. Para que los niños se sientan cómodos en sus habitaciones, el decorador debe concebirlas como grandes juguetes. Tal este interior creado por Santonja. Mesa y butacas en tonos claros: verde agua, rosa muy pálido o salmón con toques azules. La tapicería de los muebles, en tela de hilo, resistente y de tejido vasto, en colores que armonicen con el conjunto. Cortinas y visillos en géneros de tonos vivos, fácilmente desmontables, para poder lavarlos con la frecuencia requerida. El piso, sin encerar, para evitar olores y resbalones. Las pequeñas alfombras deben ser en junco, esparto o pita, en tonalidades fuertes. Todos los muebles deben ser pintados con pintura al aceite, sin barnices, y fácilmente restaurable. En la parte alta de la pared puede pintarse una franja con escenas de animales o personajes de los cuentos infantiles, en colores muy animosos y de muy vivo movimiento.

Si al lado de esta habitación de reposo y estudio puede agregarse un pequeño cuarto o terraza cubierta para los juguetes, los niños se sentirán verdaderamente felices.

Nuestras lectoras pueden dirigir sus consultas a esta sección permanente sobre decoración de interiores, las que serán contestadas por nuestro especialista.



"EL CAPITAN DE BARCO"

Cuadro de José Solana

Literatura de "Luis Perines"

En una colección particular de Madrid está colgado este maravilloso cuadro de José Solana, el pintor de nuestro tiempo. Se ha dicho de Solana que es una fuerza de la naturaleza que pinta. Una fuerza ciega como un peñón que se desgaja del monte y cae porque no puede hacer otra cosa. Solana, evidentemente, no puede hacer otra cosa que pintar. El mismo ha dicho:

—Si "uno" no fuera pintor, sería "uno" un famoso criminal.

Se ignora—se ignorará siempre—la mecánica de esta deducción de Solana. Se sabe solamente que Solana intentó matar un toro en Montilla, hace años, y a estoque, vestido de luces con un traje que, según expresión incongruente del pintor, "metía ruido". También se sabe que el toro no murió a estoque: parece que, gracias a los consejos de un rústico que se tiró al ruedo, y le recomendó prudencia a Solana, con tan castiza y terminante riqueza prosódica que no podemos reproducir la fórmula, muy a nuestro pesar.

En efecto: Solana no podrá hacer nunca otra cosa que pintar. Por eso, ahora que un reuma le muerde su brazo duro de montañés, no hace nada. Ni siquiera es un "famoso criminal".

La fotografía que ofrecemos a nuestros lectores es la única que se ha obtenido del extraordinario cuadro que se llama *El capitán de barco*. En Santander, solar originario del genial artista de nuestro tiempo, un "capitán de barco" es un capitán de barco mercante. Todavía queda la tradición del piloto de la carrera de Ultramar, y el artista conoció a este D. Gervasio Olivares, capitán del *Gravina*, un barco mixto de vapor y vela, cuando el motor era un tumor en las entrañas de los pailebotes finos como cajas de violín, y que de forma de violín tenían las proas. Les pasaba entonces a los barcos lo que les pasó medio siglo más tarde a los automóviles; que al nacer parecían coches de caballos sin caballos. Habían de pasar muchos lustros antes de que la arquitectura naval encontrara las nuevas fórmulas que son su orgullo en esos galgos del Océano: el *Conte di Savoia*, el *Bremen* y el *Normandie*...

Don Gervasio Olivares era de aquellos capitanes para quienes los mares de todo el mundo no tenían un seno secreto; ni había ancón o varadero que él no conociera ni cayó que no estuviera anotado en sus cartas de marear. Eran estos capitanes pequeños dioses familiares en todos los hogares de la Marina de Castilla, Peñas al Mar, Montañas de Burgos, labio castellano del litoral peninsular. Todavía estaba en Burgos el "Consulado del Mar". Estos capitanes traían a la vieja matriarca del pueblo el daguerrotipo del hijo expatriado, que ya lucía leontina y se retrataba con levita, porque era concejal de Pinar del Río o de Sagua la Grande. Y traían los regalos para las novias, aquellos regalos inefables de las Indias: el abanico de carey, el pañolillo de seda, la concha de nácar con una perla, la papelería de bambú. Cuando la gente de la ciudad calculaba que estaba cerca la recalada del barco, salían los muchachos, por las tardes, a esperarle a cabo Mayor. Cuando la grímpola del navío azotaba la raya de Occidente por Puerto Calderón, se elevaba de la ciudad, de la costa y de los valles interiores una epifanía de saludos, de suspiros y de batir de corazones.

El pequeño dios, en el puente de su barco, con su catalejo alemán, podía ver a la gente en las playas. Al día siguiente, los trenes primitivos de locomotoras de juguete resoplaban por los desfiladeros en demanda del puerto castellano. El capitán, como una divinidad indiana, recibía a los labriegos e iba entregando presentes, bolsitas con centenes, cartas y botellas de ron, fajos de tabacos y husos de vainilla.

Toda esta vida de cierto airecillo colonial, con una cadencia de habanera, danzón y "Sama-la-culé", está en los ojos de este capitán don Gervasio Olivares en el cuadro maravilloso de Solana, el pintor de España, cuyo brazo reumático reposa hoy para volver mañana a su destino, casi déifico, de pintar en tierra española, bajo el sol de Velázquez y de Goya.



agilidad corporal

flexibilidad



esbeltez



fricciones
de agua de colonia
añeja



después del baño

frasco, 2,50 • litro, 15 pesetas

timbre aparte

perfumería gal • madrid • buenos aires

MALAGA GOLF



Doña María Salas de Alvarez Gross, una de las primeras jugadoras malagueñas.



Don Julio Casaña, "putting" en el 18 hoyo.



Durante el concurso recientemente celebrado en el Málaga Golf, la Sra. Salas de Alvarez Gross sale exitosamente del "rough".



La señorita Nena Hurtado, jugadora destacada.



Grupo de concurrentes e invitados a la primera prueba del concurso mensual. Entre ellos, Nena Hurtado, los señores Escario y Palacios, de Madrid, el Mayor Booth, de Londres, y el Sr. Muñoz, de Málaga.



Vista de la casa provisional del profesor, con las montañas de Churriana en el fondo.

Entrada al campo de golf de Málaga, con la "Casa de los Pinos", donde están instalados provisionalmente los servicios técnicos.



A pesar de que el *golf* no es un deporte popular en España, contamos, en distintos lugares del país, con magníficos campos de juego. Exceptuando a los "links", de Inglaterra, no hay en toda Europa alguno superior al de Santander, el cual, por las diferentes condiciones atmosféricas, está considerado como uno de los más difíciles. El Málaga Golf aspira a ser como el de Santander, punto de reunión de los mejores jugadores internacionales. En la actualidad hay habilitados nueve agujeros, del 1 al 9, que serán, en



definitiva, los que formen el recorrido de verano. Durante los meses de octubre a marzo se podrá jugar también en los números 10 al 18. La magnífica instalación del mismo, así como también las canchas de tenis y *badminton*, y el pabellón sobre la playa para los baños de mar, hacen del Málaga Golf uno de los mejores de España. De España, que a pesar de la escasa difusión del *golf*, se permite el lujo de que su campeón, Arana, sea a la vez campeón "amateur" de Francia.



Srta. Isabel García Loygorri.

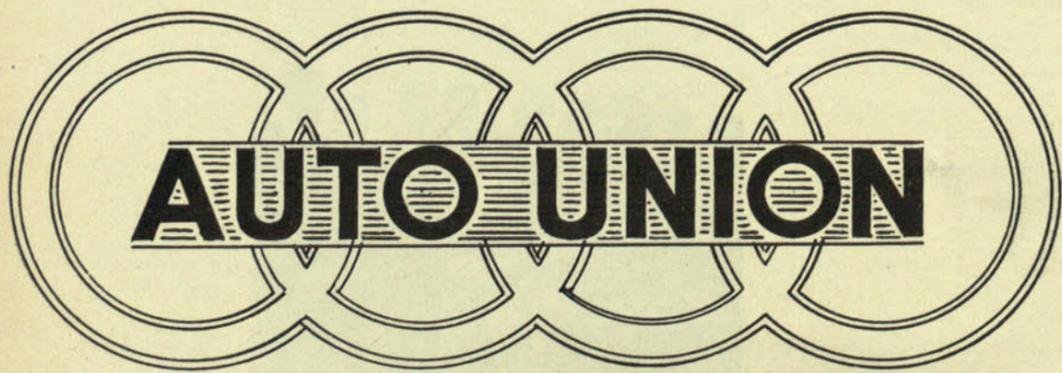


Gran
Mundo

FOTOS GOYA
ESPECIALES PARA "CIUDAD"



Srta. Adela García Loygorri.



SALONES DE VENTA

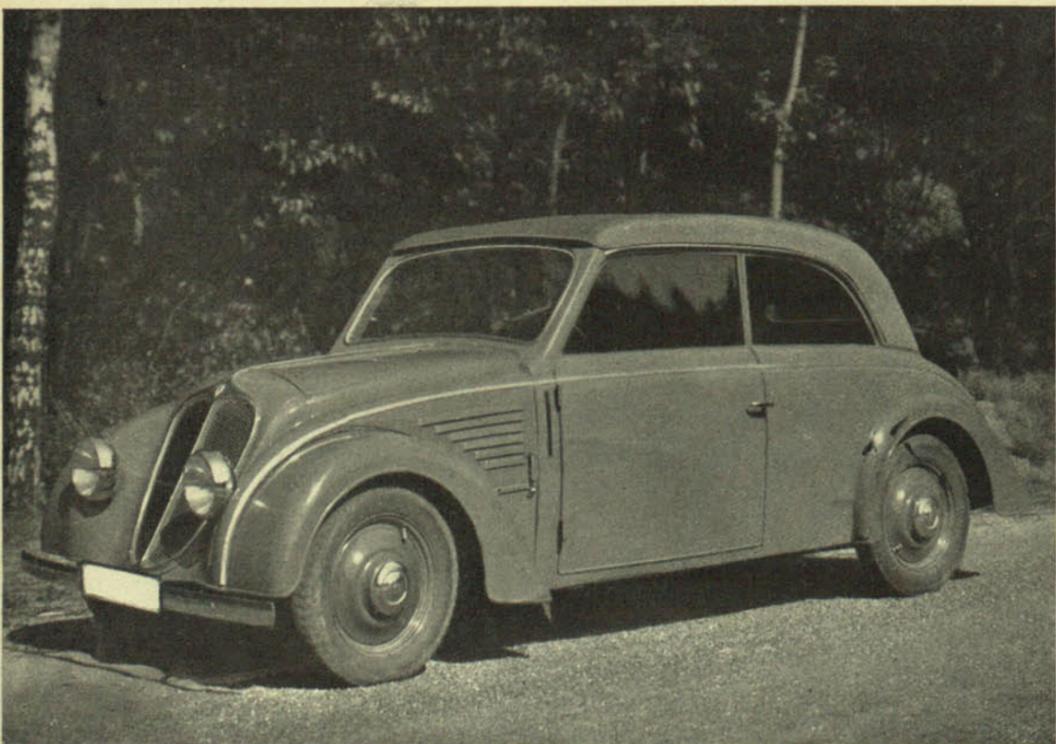
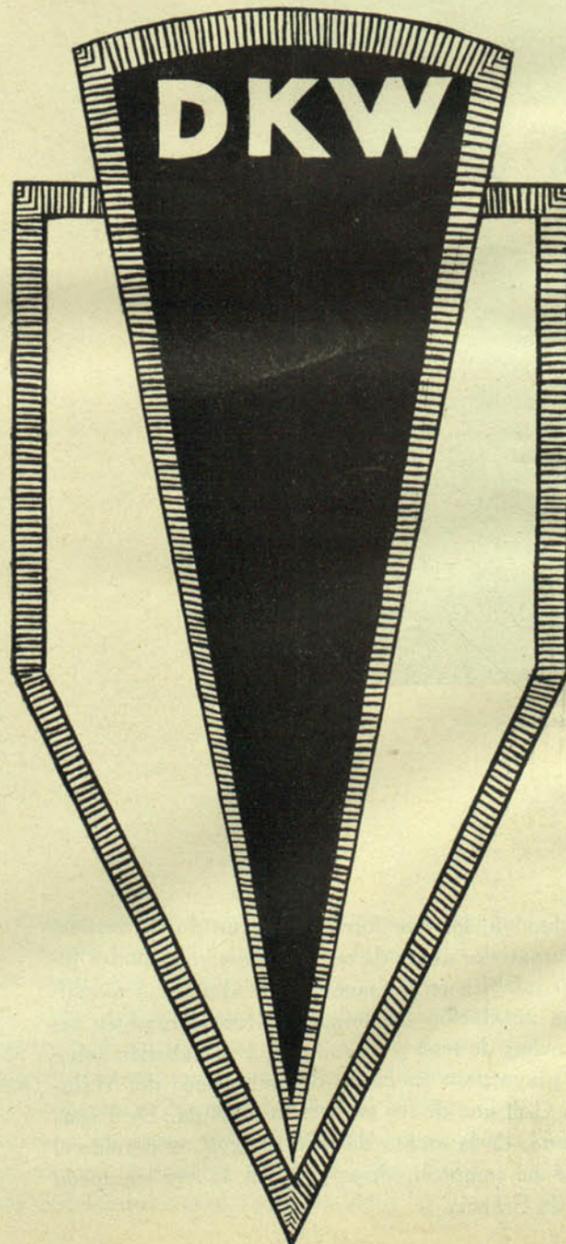
S. Bernardo 113

Ayala, 56
(apertura en breve)

Villanueva, 27

TALLERES:

Ayala, 56



D. K. W.

El coche que economiza más de lo que cuesta



La joven y encantadora estrella del cine norteamericano.

Mister Chaplin, trabaja

Pocos hombres en la historia del cinema, nutridos y glorificados únicamente por sus actividades profesionales en este arte, conservan y acrecen una gloria tan contumaz como la que envuelve amorosamente a esta figura menuda y expresiva que es Charles Chaplin.

A pesar de la distancia abierta entre cada uno de sus films—paréntesis prometedor de nuevos y venturosos aciertos—, el nombre de este cómico genial permanece vivo y fresco en el recuerdo de todos. Su arte expresivo y diverso alcanza matices variadísimos, caras distintas, dispares muchas veces, que le hicieron siempre asimilable para los públicos más opuestos. Se trata, seguramente, de uno de los tipos humanos más populares del orbe; y su imagen, misteriosamente calentada en todos los idiomas y por todas las razas, halla siempre, cuando menos, un eco amistoso de reconocimiento.

¡"Charlot"!... Para nosotros esta palabreja, que ha rodado millones de veces por todas las pantallas del mundo, tiene un no sé qué de pequeñez, algo de fonética infantil, que parece desvirtuar y quitar importancia al sujeto inimitable que la encarna. Quisiéramos conservar ese nombre en una casi virginidad de expresión, evitar su abuso, extraerle de la excesiva voracidad de las gentes, hasta una zona de quieto reposo que le permitiera recobrar el tono señero y único que le corresponde. Porque duele a veces que la figura más interesante del cinema en todas sus épocas se disfrace y esconda detrás de un diminutivo vulgarizado ya hasta un extremo de lástima, de una rara lástima, medio en serio y medio en broma. En ocasiones se nos ocurre buscarle otro nombre más en consonancia con la importancia del genio, algo retumbante y sonoro, cuya sola emisión llevara consigo un anticipo de su prieto y jugoso contenido artístico.

¡Andan por ahí tantos nombres retorcidos y brillantes, huecos luego, casi siempre, de savia cinematográfica! Nosotros hemos decidido llamar a Charlot, simplemente, mister Chaplin. Por su nombre, pues, y prescindiendo de ese diminutivo convencional tan poco consecuente con la formidable altura espiritual del hombre del bigotín.

Y todo esto viene a cuento, amigos, de que mister Chaplin trabaja. Desde "Luces de la Ciudad", su último film, hasta ahora—largo espacio para la velocidad vertiginosa del cine—, mister Chaplin gozó del ajetreo acelerado del viaje y de la molición opulenta del reposo. Traído y llevado en la comidilla cinematográfica de todos los periódicos del mundo, nuestro ilustre y mínimo comediante sonreía siempre a la curiosidad humana, un poco infantil y cansado.

Ahora el acuciado interés de las gentes se afila por momentos ante la perspectiva de esos estudios encendidos y bulliciosos donde el genio trabaja. En un secreto resonante y paradójico como esos viajes "de riguroso incógnito" donde, precisamente, nada es incógnito, se traman y ruedan los kilómetros de un nuevo film. Parece que ya hay un título, "Street waif", y hasta un título castellano, que no sabemos si será el definitivo: "El hombre olvidado". Brilla también una estrella, Paulette Godard, acaso novia o acaso esposa de mister Chaplin, para la cual, en cualquiera de los casos, deseamos los éxitos y bienandanzas que por un maleficio inexplicable no disfrutaron nunca sus predecesoras en la compañía artística o matrimonial de nuestro hombre. Desde Pola Negri—¡ay, viejos recuerdos del cinema!—hasta Virginia Cherril, una lista respetable de damas se reparten equitativamente o una desventura conyugal o un desmoronamiento artístico definitivo.

"El hombre olvidado", en fin, es un bello título. Acaso un poco transparente... ¡Ese hombre en el olvido, ese vagabundo de otras veces, siempre el mismo y siempre diverso!

Aguardemos con afán esta obra aún virgen de la avidez ansiosa de los públicos. En sus estudios ca-

Cine

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

ifornianos, mister Chaplin trabaja. Crea, dirige e interpreta. Se crea y se dirige a sí mismo, que ya es bonito.

Luego, otros tres, o cuatro, o cinco años de somnolencia. El genio es parco en sus frutos. Volveremos a ver de cuando en cuando la misma sonrisa infantil en el mismo rostro cansado bajo un cabello cada vez más gris.

¡Ah! Y rompamos esta melancolía terminal con un recuerdo muy reverente para "don" Allan García, ese magnífico tocayo que nos ha salido por allá, y que figura—como en casi todos los films de Chaplin—en el reparto de "El hombre olvidado". ¡Tampoco está mal llamarse don Allan García!

Loretta Young



En la escalera de su casa de estilo colonial, construída recientemente en las cercanías de Hollywood.



CONTROL
CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO"—Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO".—Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA".—Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

● *Judex*.—Viejos recuerdos despertados por este nombre, que ya no tiene nada que hacer en 1935. Hemos vuelto a dormir amorosamente los recuerdos aludidos, ante la mediocridad definitiva del ensayo sonoro que nos han presentado.

○ *Angel del arroyo*.—Cursillito el título castellano. Mae Robson, la veterana e ilustre intérprete de aquel gran film *Dama por un día*, trae a este otro, de nuevo, el caudal de su ternura y la prestancia de su arte. Es ella lo mejor de la película, que, sin revestir un carácter de bondad excepcional, tiene calidades suficientes para ser recomendable. Carole Lombard adorna con su belleza juvenil el proceso dramático del argumento.

● *La doncella de postín*.—Esto es algo así como un relleno de circunstancias. Hacía falta para ocupar varios días una pantalla... y ahí está. No vale nada. La ingenua y almibarada Janet Gaynor no añade a su prestigio con esta película ningún nuevo matiz digno de tenerse en cuenta.

○ *El mundo cambia*.—Paul Muni, el sobrio actor americano de tan corta e intensa carrera profesional, está admirable en el transcurso de este film. Se trata de una película de hondo cauce social y humano, que acoge en su desarrollo el contenido espiritual de tres generaciones sucesivas. Mary Astor comparte, aunque en plano distinto, los aciertos de caracterización de Paul Muni. Película digna de verse. Tiene cierto parecido con aquel otro film, yanqui también, *Cimarrón*,

que fué uno de los más nobles éxitos interpretativos de Richard Dix.

○ *Eskimo*.—Gran película. Van Dyke reedita sobre los hielos un poema similar al que nos diera con *Sombras blancas en los mares del Sur*. Es, a igual que esta película, un anatema contra el hombre blanco que atropella las costumbres de otras civilizaciones ensoberbecido por la propia. La interpretación de los esquimales es de una sobriedad notable. Con las dificultades del caso, la fotografía es atrayente en todo momento, teniendo aciertos de planos tan pausibles como los obtenidos en la invasión de los renos y la cacería de la ballena. Película digna de verse. Recomendamos como uno de los instantes de emoción mejor lograda el momento en que "Mala" destroza su mano para libertarla de la "esposa" que la sujeta.

● *La piedra maldita*.—Película policíaca de las malas... pero de las muy malas.

Producción europea

Para la temporada próxima, los Estudios cinematográficos alemanes de la Ufa trabajan con intensidad. A continuación pueden leer ustedes algunos títulos de los films germanos que se proyectarán en las pantallas del mundo durante la jornada de 1935-1936.

El joven barón Neuhans:

Película dirigida por Gustav Ucicky e interpretada por Kate von Nagy. Es una obra "de época", localizada en la corte de María Teresa.

Donogco Tonka:

Con Willy Fristch en el primer papel. Un hondo problema geográfico, enigmático y alucinante, que viene a resolverse en la pantalla de un modo inesperado.

Kate von Nagy



En su bella caracterización oriental para la película "Turandot".

La isla:

Un film de Hanz Steinhoff, con Brigitte Helm de protagonista.

El príncipe Woronzeff:

Película construida sobre un peregrino argumento de novedad poco frecuente. Dos caballeros se parecen como una gota de agua a otra gota de agua, pero... No se lo contaremos a ustedes, porque no está bien estropear así la virginidad de un asunto poco vulgar. Jean Murat y Madeleine Ozeray incorporan las principales figuras en la versión francesa de este film.

Y hasta veintitantas siguen las obras de la veterana marca europea para la temporada venidera. Pero, sobre todo, anuncia también un número elevado de esas pequeñas obras de arte—pequeñas en metraje, claro—colmadas de felicísimos atisbos fotográficos, divulgadoras de secretos admirables de la Naturaleza en todos sus aspectos, y en cuya realización no ha encontrado rival la técnica minuciosa de la cinematografía alemana. Algún día nos ocuparemos con detenimiento de estos films cortos de tan inestimable valor.

CAPITOL

Realza su pantalla con la actuación de

Marion DAVIES

y Gary COOPER

EN

LA ESPIA

número 13

UN POEMA DE AMOR EN

UN FILM DE ESPIONAJE

La pequeña Shirley Temple:

Esta diminuta gran artista, de cinco años, es la admiración, según cuentan, de todos sus compañeros de trabajo: baila, canta y eclipsa sin dificultad alguna a todos los demás actores, que son, en muchos casos, las figuras más importantes de Hollywood. Su memoria es extraordinaria, pues no solamente se sabe siempre su papel, sino que puede recitar sin una sola falta el de todos los demás. Durante los ensayos es incansable, y deja rendido hasta al pianista. Y lo mejor es que Shirley Temple no tiene nada de la antipática precocidad de ciertos niños mimados del cinema: rompe sus muñecas con el mayor entusiasmo, se desgarran los vestidos de muselina con toda la vitalidad de sus cinco años; y su madre no consiente nunca que escuche alabanzas demasiado elogiosas, porque no quiere que la estropeen su delicioso carácter infantil.

Su primer film fué *La pequeña Shirley*, editado por la Fox, y en el cual la acompañaron John Boles, Warner Baxter, Madge Evans y Jimmy Dunn. El éxito fué mucho más rotundo de lo que se esperaba.

Después filmó con la Paramount *La pequeña miss*, y actualmente, acompañada por Gary Cooper y Carole Lombard, está trabajando en *Es para siempre*.

Esperemos poderla admirar pronto en cualquiera de los films mencionados y cerciorarnos así de que cuanto nos cuentan de ella desde América no es exageración o reclamo.

El sargento de guardia Schwenke:

¿Cuántas mujeres ha descubierto para el cinema el famoso director alemán Carl Froelich? Muchas, desde las primeras actuaciones de Henny Porten hasta su mayor éxito, el éxito mundial de *Muchachas de uniforme*. Ahora está rodando un nuevo film, cuya figura principal es un hombre, rodeado de cuatro mujeres que, sabia y artísticamente distanciadas, dan color y luz a la película.

El argumento está entresacado de un episodio de la vida actual de Berlín, "El sargento de guardia Schwenke": cuatro mujeres se interponen en el camino del buen Schwenke, que incorpora, con su acostumbrada maestría, el actor alemán Gustav Froelich, acompañado por Marianne Höpfe, Claere Fuchs, Sybille Schmitz y Emmy Sonnemann. Cuatro mujeres, diferentes como los cuatro puntos cardinales y fuertes como los cuatro elementos. Auguramos a este film un gran éxito, teniendo en cuenta el gran director que lleva a cabo su realización.

Brigitte Helm y Jean Murat



Ilustres figuras del cinema europeo.

"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELÉFONOS. { Oficina 27916-17
Dirección 27914
Clínica 27915



El juguete español



Sobre la estatua de Colón gira en atrevidas e voluciones uno de esos aparatos de juguete inventados por el ingeniero La Cierva. Se aleja, llevándose a remolque los ojos de la multitud congregate en un mismo asombro admirativo; vuelve al instante agitando su hélice, que taladra el cielo, y se aproxima hacia nuestras cabezas, mientras un operador cinematográfico, desde el techo de un "auto", aprisiona el alma de saltimbanqui del autorigo. Sube, baja, da vueltas por las cercanías y llega nuevamente hacia el islote humano, cada vez mayor. Un sol bien abierto no basta para calentar la mañana, y, tiritando todos de frío, dejamos ir a nuestra vista en la persecución de aquel juguete extraño, a quien un español mago ha enclavado entre las grandes creaciones de nuestra época.

El autogiro domina un ciclo del ingenio español.

Un hombre tenaz, hecho de nervios en tensión, de voluntad apoyada sobre un pupitre, ha venido desde los años mozos redondeando un sueño en esquemas y más esquemas, de un gran invento de fisonomía infantil. De su labor ascendió verticalmente a las nubes su autogiro. Y en las nubes se mantiene, porque en Estados Unidos e Inglaterra se cotiza como una de las más geniales y felices audacias del hombre. Y se mantiene en la cotización de las nubes sin perder esa fisonomía de juguete que nace de su aparente inestabilidad, y que acentúa esas frágiles alas que parecen un ventilador de bolsillo o un absurdo invento para espantar mosquitos.

El autogiro es ahora un cartel de propaganda que, estampado sobre todos los cielos civilizados, reclama la atención de pueblos distintos sobre el nuevo cauce de la creación española.

España, alerta a las señales de los tiempos nuevos, envía ese saludo cordial a todo el mundo. Cruza el autogiro sobre los Estados norteamericanos, o desciende en París, o evoluciona en Londres, o sirve de vehículo de propaganda periodística en Tokio, al propio tiempo que sobre los cielos luminosos de Castilla rubrica los nuevos anhelos de nuestro pueblo. Deseos jóvenes que nacen con la perspectiva de horizontes recientes hacia los cuales se dirige el hombre; anhelos de tener una parte honrosa en esta carrera sin meta de todas las naciones para dotar a la Humanidad de nuevos elementos.

Desde el advenimiento de las ciencias positivas, nuestra labor ha sido un poco rezagada. Hemos andado a la zaga, sin preocuparnos (un poco quijotesicamente) de las nuevas necesidades de la vida.

Y cuando en todos los países se adoptó al cielo como la nueva ruta, en España permanecíamos a la expectativa, en esta espera del siglo XIX que nos ha arrinconado un poco. Pero he ahí que el Sr. La Cierva inventa un estrafalario avión. No tiene fines de combate; no lleva lanzabombas ni ametralladoras sobre el vértice de la cabina. Es un juguete que puede posarse en las calles, que acaricia los árboles, que burla a los cables eléctricos, y al cual le haremos un día una casita sobre los áticos del Madrid moderno, para que venga a pasar las noches con nosotros. Y este invento que vemos pasar con bobalicona admiración de criaturas por sobre las calles madrileñas es, empero, la realización más notable que, hoy por hoy, puede España enseñar al mundo entero.

Hay que aprender a querer al autogiro, a sacar nuestros pañuelos y agitarlos en cordial saludo cada vez que pase sobre nosotros como una incitación a colocar nuestro hombro, nuestros anhelos, nuestro amor a España, al lado de la voluntad de este hombre joven que nos honra a todos con su juguete.

Porque para nosotros (sin que esto signifique restarle importancia) es un juguete. Nació con la nueva España. Y es símbolo, el primero de todos, del camino abierto a nuestro pueblo hacia las emulaciones, con otros ya especializados, en el campo generoso de las ciencias positivas.

CARICATURA DE SILVERIO

R. M. L.

EN EL PROXIMO NUMERO

EL MIERCOLES 23



PORTADA DE NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

LA SEMANA, por Víctor de la Serna.

LA RIFA DEL CORDERO, cuento de Concha Espina, ilustrado por Arteche.

UN SONETO, inédito, de Valle Inclán.

MIEDO, cuento de Carmen Conde, ilustrado por Santonja.

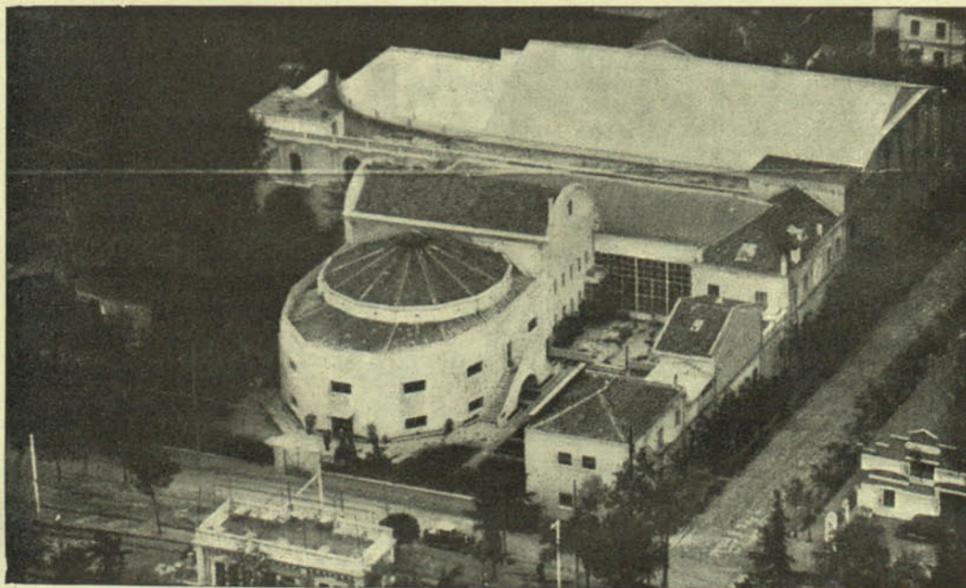
BARCELONA, segunda crónica de Eduardo Blanco Amor.

EL OJO VIAJERO: Tarjetas postales brasileñas, por Ramón Muñiz Lavalle. CINE, por Gabriel García Espina. TEATRO, por

Alfredo Muñiz. MODAS, por María Rosa Bendala. CUENTOS CORTOS. ARTICULOS. NOTAS.

Profusamente ilustrado con dibujos de Arteche, Esplandiú, Santonja, Hortelano, Miguel Gómez y Billiken, y fotografías exclusivas de Angel Aracil.

2 0 C E N T I M O S



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS:** «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres. En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los ESTUDIOS DE LA CEA están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

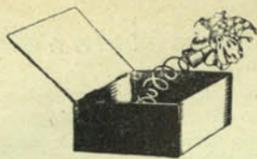
La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana S. A.

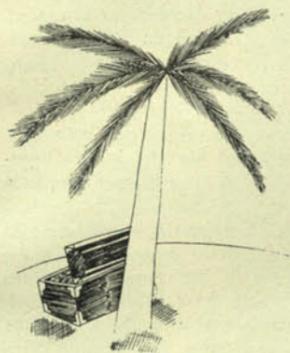
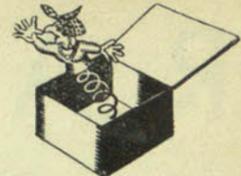


Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono núms. 53287 - 61329 - 61838





LA CAJA DE SORPRESAS



NUEVAS ISLAS DE TESORO

El enigma de la baronesa Busquet de Wágner está poniendo en actividad la imaginación del mundo. Muchas hipótesis se están bordando acerca de los verdaderos motivos que llevaron a la Baronesa y a sus compañeros hasta la isla de Marchena. Pero acontece ahora que aparece una nueva teoría, basada rigurosamente en la historia. La baronesa de Busquet fué a buscar un tesoro. Pero, para evitar cualquier contratiempo y guardar celosamente el secreto de la curiosidad del mundo, hizo propalar la noticia de que iban a fundar una colonia nudista.

LA PALABRA DE UN MARINERO

Aparece ahora la figura interesante de Luis Varga, que ha trabajado como tripulante en barcos de la ruta de Galápagos. Varga dice que, durante las travesías, oyó siempre hablar a los viajeros de tesoros dejados por los piratas en las islas antes nombradas, y que se dirigían allí en su búsqueda. Las elegidas para las exploraciones eran, precisamente, la Marchena y la Isabela. "Hace, más o menos, diez años—agrega—, tres extranjeros se internaron en una de las islas, y, guiándose por las indicaciones de unas narraciones de piratas, dieron con un tesoro, que llevaron a Londres. Para evitar incómodos registros, tomaron un camino muy largo, pero muy seguro: dieron vuelta por el estrecho de Magallanes, y de allí se dirigieron a Buenos Aires. Es de suponer que el tesoro estuviera escondido en aquella capital durante muchos años. De allí fué llevado, poco a poco, por sus descubridores."

GRANDES EXCAVACIONES

Durante muchos años se ha observado gran afluencia de ingleses, alemanes y holandeses hacia las islas Galápagos. Los naturales, así como también los marineros de los barcos, se preguntaban frecuentemente qué iba a hacer toda esa gente a islas casi deshabitadas. Jamás se pudo dar con la verdadera razón. Pero dicen quienes han podido internarse al fondo de las islas que se observan en ellas excavaciones profundas hechas artificialmente. Esto demostraría que los viajeros llegaban allí buscando algo que estaría escondido profundamente. Eran las verdaderas galerías que los buscadores de tesoros hacían. Pocos habrán visto seguramente coronados sus esfuerzos con el más amplio de los éxitos. Pero es indudable que algunos, como ésos a quien se refiere el marinero Varga, habrían llegado a sus países cargados del maravilloso botín.

LA FANTASÍA DEL MUNDO

La tierra está sembrada de tesoros ocultos. Esta frase, que parece una frase de folletín, ha sido tomada muy en serio por muchas personas, que van por el mundo con el intento de recoger lo que los piratas dejaban confiado a la lealtad de la tierra en lejanas rutas fuera del mundo. "Los tesoros de los piratas" ¿Quién no ha sentido estremecerse su fantasía al rumor de esta frase. Las narraciones más maravillosas se han urdido con estos temas. Los piratas eran hombres que asolaban el mundo e iban a guardar su botín en las afueras de la civilización, para tenerlos seguros. Muchos de los grandes novelistas, Stevenson entre ellos, han escrito, para deleite del mundo, las más extraordinarias aventuras de gente que arriesgando su vida, va en busca del oro y de las perlas de la piratería guardados en las islas misteriosas.

LOS TESOROS FABULOSOS

Es indudable que hay fabulosos tesoros que se han perdido o que se encuentran aún ocultos. Es positivamente histórico que han existido cuantiosas riquezas que se han extraviado o cuya situación geográfica se ha perdido. Pero no se puede negar que ellas existen o han existido. En esta situación se encontraría, por ejemplo, el tesoro de los incas. Los llamados tesoros de los incas fueron escondidos en los tiempos de la Conquista. Los indios habían conseguido reunir extraordinarias riquezas, que debían de ser entregadas a los



españoles como rescate del inca Atahualpa. Cuando los indígenas se hubieron enterado que los españoles habían condenado a muerte al inca, ocultaron las riquezas del rescate en forma que aun ahora permanece sin ser descubierto. Este tesoro era tan inmenso que se necesitaban 12.000 llamas para transportarlo. Su peso estaba calculado en 60.000 kilos, y su valor equivaldría a 300 millones de duros.

LOS TESOROS DE EL DORADO

En Guatemala, los chibchas adoraban una deidad a la cual, periódicamente, hacían ofrendas de valor inmenso. A los pies de ella se amontonaban oro y piedras preciosas. A una señal que hacía, el pueblo ofrendante debía ponerse de espaldas a la deidad, pues era considerado un sacrilegio mirar la ceremonia que se debía llevar a cabo. Entonces el monarca y gran sacerdote arrojaba a un lago cercano toda la ofrenda. Al cabo de dos siglos, es de suponer que en aquel lago habría una riqueza inmensa. No se ha podido establecer geográficamente en qué punto se realizaba esta ceremonia. Y mucha gente ha hecho inútiles exploraciones para encontrarlo.

EL TESORO DE LONGEBULA

Otro tesoro que se ha perdido es el del rey Longebula, jefe de los matabales, quien poseía, seguramente, una riqueza superior a 100 millones de duros. El tesoro estaba constituido por barras de oro, una numerosa cantidad de diamantes y barras de marfil. Al ser ocupada en 1893 Bulawayo por las fuerzas de Chatered Company, hallóse cierta cantidad de oro; pero se sabe que, antes de la ocupación inglesa, Longebula había mandado retirar la mayor parte de sus tesoros, que llevó consigo en sus viajes por el valle del Zambeze.

FORMACIÓN DE TESOROS

En los países donde no hay Bancos, en cada población de importancia, la gente, y sobre todo los campesinos, esconden el oro



o lo sepultan. En muchísimas ocasiones los propietarios mueren sin haber revelado el secreto del escondrijo. De esta manera desaparecen anualmente 5.000.000 de pesos-oro en China, 3.000.000 en la India y 10.000.000 en el resto del mundo.

En Africa se nota, en la actualidad, esta absorción del oro. Por ejemplo, los jornales de los trabajadores de las minas de Kafir los llevan éstos a sus poblados, de donde no vuelven nunca.

LA TÉCNICA DE LOS PIRATAS

Es sabido que los piratas asolaban todas las poblaciones costeras indefensas, cargaban con todo lo que tenía valor y se alejaban. Así iban de puerto en puerto. El pirata más famoso era Drake, que trabajaba para Inglaterra. Su ley era: "Todo es mío del Ecuador para abajo." Los piratas, llegado un momento determinado, y para evitar motines en la tripulación, decidían con gran secreto sepultar lo recogido en alguna parte misteriosa. Es así como se encuentran diseminadas, indudablemente, grandes riquezas en las islas menos exploradas del Pacífico y hasta del Océano Indico. En todos los tiempos el mundo ha tenido curiosidad por saber dónde estaban esos tesoros y descubrirlos. Y así se han armado verdaderas expediciones, que en la mayoría de los casos no han dado resultado. La más reciente y la más genialmente planeada ha sido, sin duda, la expedición de la baronesa de Busquet, que, con el pretexto de fundar una colonia nudista, se fué a las Galápagos a buscar el tesoro que muchos no han podido encontrar.

UN CASO RECIENTE

En 1820, durante las guerras de la Independencia del Perú y las luchas intestinas que a ella siguieron, unos cuantos ciudadanos acaudalados, poco confiados en los banqueros del país, reunieron sus fortunas y las confiaron a un capitán de navío inglés, quien condujo aquellos tesoros a la isla de los Cocos, donde los enterró. Por otra parte, en esa misma época, 1816, el pirata Benito devas-



taba las costas orientales de América, desde Nueva York hasta Río de Janeiro; pasando luego el Pacífico hasta Méjico, condujo a la misma isla de los Cocos, en oro, alhajas y piedras preciosas, un tesoro valuado en cien millones. Luego se supo que la isla en donde realmente Benito había depositado su tesoro era la isla de Marchena.

EL ÚLTIMO PIRATA

En 1851, cierto aventurero, James Brown, se embarcó en Jamaica, como capitán de un barco tripulado por 52 hombres, en busca de fabulosos tesoros de la isla Galápagos. El capitán se decía descendiente de uno de los bucaneros que cincuenta años atrás había desembarcado en la misma isla.

Se dice que los tesoros fueron hallados y que se transportaron sus arcas a otra isla, en donde nuevamente se sepultaron las riquezas hasta mejor oportunidad. Al llegar a Malburne de regreso, los compañeros de Brown tuvieron noticia de que otro barco estaba a punto de partir hacia las islas con el objeto de buscar el tesoro. Los compañeros de Brown consiguieron embarcarse en el buque próximo a zarpar y asesinaron a toda la tripulación. A su vez, los más íntimos de Brown mataron a los menos adictos. Poco más tarde moría Brown, y el lugar en donde el tesoro fuera sepultado nuevamente ha quedado en el completo misterio.

EL HOGAR DE LOS PIRATAS

Es necesario recordar un poco la historia de las islas Galápagos. Las islas Galápagos fueron descubiertas en 1535 por Tomás Berlanga, tercer obispo de Panamá, que se dirigía al recién descubierto Perú. En el curso de la navegación, se desvió de la ruta, y, perdiéndose, fué a unas islas desconocidas, que, a causa de las muchas tortugas y galápagos que allí vió, le dieron los españoles el nombre que lleva.

La primera vez que estas islas aparecieron en el mapa fué en el año 1570, por Ortelius. Desde 1570 hasta 1800, las islas Galápagos sirvieron de refugio a los piratas, que, después de asolar los puntos más distantes de la América, iban a descansar a las Galápagos, depositando en ellas los tesoros que habían podido encontrar. Fundaron así verdaderas ciudades, en que vivían cómodamente.

Es muy posible que Drake haya visitado estas islas; pero este pirata máximo no necesitaba bajar a tierra para descansar y entregarse a los placeres, porque su buque era un verdadero palacio flotante, lujosamente provisto de todo y ricamente instalado como para que se sintiese cómoda la persona más exigente del mundo.

Puede decirse que la vida de las islas Galápagos comienza en el siglo pasado. En 1835, un norteamericano, llamado Villamil, obtuvo del Gobierno la autorización para explorar las islas y ocuparlas oficialmente; importó entonces animales domésticos y plantas de cultivo. En 1835, Darwin visita las islas y se encuentra con aspectos curiosos y raros; cita en sus relatos la sorpresa que le causaban los restos de las poblaciones adventicias, como si naufragios sucesivos hubieran llevado a los sobrevivientes a establecerse en sus costas.

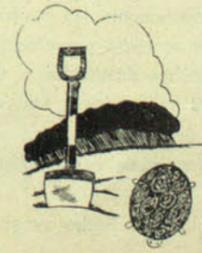
LA FANTASÍA DE LA BARONESA

La baronesa de Busquet comprendió que no le convenía hacer conocer sus verdaderas intenciones al mundo; ella quería ir en busca de algo maravilloso y preciado, de uno de los muchos tesoros ocultos del mundo. Lo que se ignora era si ella tenía realmente conocimiento del sitio preciso en que había sido sepultada la riqueza de los piratas. Pero, de todos modos, la buscó ansiosamente. En una de sus cartas habla de que su arma es la pala. Realizaba excavaciones en todas partes. Seguramente el afán de eliminar a Lorenz no era otra cosa que la intención de deshacerse de un testigo inútil, con quien habría que repartir las riquezas que se encontrarán.

EL ESPÍRITU ACTUAL

Es natural que una época como la nuestra, caótica y desordenada, encienda la fantasía del mundo en busca de los tesoros perdidos o sepultados en diversas épocas. La pobreza, la miseria de los pueblos hacen que el afán de empresa adquiera actitudes de heroicidad. Ya no se puede tentar la suerte por los métodos normales: hay que arriesgarse a las grandes cosas, a las aventuras fantásticas, para dar con la riqueza que el mundo necesita.

Es sí que la tragedia de las islas Galápagos es el caso típico de un estado actual de espíritu humano. Hombres que abandonan un centro civilizado, en busca de una isla apenas conocida, donde, según más o menos fantásticas narraciones, está escondido un tesoro que los piratas abandonaron allí hace cientos de años. Es la nueva narración de Stevenson que reflorece en la fantasía humana. Pero esta vez la fiebre del oro ha sido disimulada mediante la práctica del nudismo.



RADIO

ASPECTOS DE LA RADIO

El receptor en el automóvil

Ningún invento ha proporcionado a la Humanidad tanta admiración como la radio; a cada instante nos sorprende con alguna novedad; comenzó invadiendo desde el suntuoso aposento hasta el más humilde hogar, y prosigue, en su asombrosa carrera, filtrándose en lujosos expresos, grandes trasatlánticos y, en fin, penetrando en todos los lugares en que la sociedad desenvuelve sus actividades.

Apenas han transcurrido dos años desde que aparecieron instalados en los coches de lujo los primeros receptores para auto, aditamento que constituía entonces un verdadero refinamiento, y ya tenemos, tras tenaz persecución, aposentado resueltamente en automóviles de turismo, taxis y autocares este maravilloso invento radioeléctrico.

Si bien en Europa no ha alcanzado aún una gran expansión la instalación de receptores en los automóviles, en los Estados Unidos se han montado cerca de dos millones de receptores, donde, según las estadísticas, ha sido mayor la venta de estos aparatos que la de receptores familiares. Al principio se tropezaba con inmensas dificultades para su instalación. Hoy se han solucionado problemas tan complicados como el de pantallaje absoluto y el de la alimentación de filamentos y alta tensión con la propia batería del coche. La alta tensión la suministra una minúscula conmutatriz movida por la batería, o bien por un ingenioso vibrador enchufable, que se puede cambiar con igual facilidad que se cambia una lámpara.

Aparte de los inconvenientes de no poder instalar una antena eficaz en los coches (por cuya razón se precisa aumentar la sensibilidad en el receptor), requiérese, por otra parte, una supersensibilidad para evitar alteraciones y desvanecimientos en la recepción, cuando se trata de automóviles que hacen grandes recorridos, atravesando puentes metálicos, túneles o regiones de gran absorción para las ondas electromagnéticas. Pero soslayadas estas dificultades al dotar a los receptores de sensibilidad excepcional, surge



Una moderna instalación de radio en un automóvil: El mando, en el volante; el altavoz, en el centro, y el aparato, a la derecha.

con ello otro problema, debido a que las ciudades son viveros de perturbaciones; y como, además de esto, los sistemas eléctrico y mecánico de un automóvil son muy ricos en ruidos parásitos, un receptor de gran sensibilidad tiene que captar, al propio tiempo que las ondas electromagnéticas, las más débiles vibraciones perturbadoras.

Para evitar estas complicaciones, se han construido aparatos de diferentes sensibilidades. Así, para coches que deban circular exclusivamente en la ciudad y sus alrededores (taxis) o dentro de una región industrial, conviene un receptor de mínima sensibilidad, que permita recibir perfectamente las emisoras regionales sin que se experimente la menor molestia por efecto de las perturbaciones. En cambio, para los coches destinados a líneas regulares o que han de efectuar grandes recorridos a través del país, el receptor debe poseer cualidades de gran capacidad y de la máxima sensibilidad, con el fin de que pueda captar convenientemente un gran número de emisoras.

Todas estas dificultades han hecho surgir, tras tenaces investi-

gaciones, una nueva técnica en la construcción de aparatos de radio que domina por completo los problemas de recepción en los coches. En la actualidad, puede decirse que algunos fabricantes de aparatos de primer orden han llegado, tal vez, a un grado de insuperable perfección en esta clase de receptores.

El hombre no podrá substraerse a un sentimiento de admiración al contemplar reunidas las dos maravillas de la técnica: el auto y la radio. Al principio, este triunfo de la radiotécnica suscita en el automovilista una sensación de asombro, al poder escuchar en sus excursiones, y caminando el coche, las emisiones radiofónicas, noticias de Bolsa, avisos y otras de tan trascendental importancia como las previsiones meteorológicas.

Tributemos, por último, al ingenio del hombre la admiración que merecen sus esfuerzos por llevar a sus semejantes el goce de tantas y tan inmensas satisfacciones.

F R A N C I S C O F R A N C O

Quema de aparatos inútiles



Las dos fotografías que ilustran esta columna no son de los Estados Unidos. Son de Madrid, adonde ha llegado el problema de la superproducción y del vértigo mecánico.

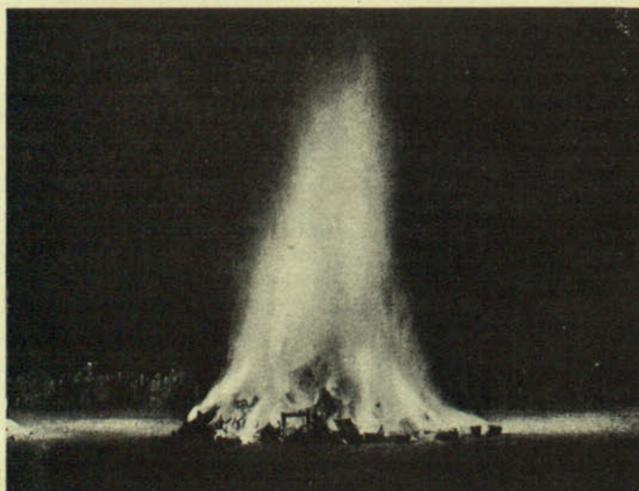
La fotografía superior representa un montón de dos mil aparatos de radio procedentes de cambio, inutilizados por una firma europea con residencia en Madrid: Philips Ibérica. Hay entablada una lucha entre la técnica americana y la europea en todos los órdenes. Suponemos que las casas americanas harán demostraciones igualmente depresivas para la técnica europea y que en Estados Unidos se quemarán aparatos de radio del Viejo Continente y automóviles de viejas marcas europeas.

Este singular auto de fe, del que da muestra la fotografía insertada al pie de esta columna, se celebró en Madrid en los últimos días del año. Los suntuosos aparatos que hace unos meses costaban miles de pesetas y exhibían su caoba y su baquelita en los salones de los potentados o de los burgueses han ido a parar a esa pira infamante, donde han terminado las glorias "sonoras" y los gargarismos de las pésimas emisoras españolas.

El tufillo de la goma quemada añade un matiz moderno a los solares de las afueras de Madrid. Ya teníamos nuestro cementerio de automóviles en el Paseo de las Acacias. Tenemos ahora, además, el crematorio de los aparatos de radio.

En esta prueba del fuego a que someten su primacía las dos técnicas rivales ni entramos ni salimos. Preferimos la técnica europea, naturalmente, y creemos en su honradez y en su solidez tradicionales. La técnica americana, más barata y aparatosa, tiene, en cambio, una gracia externa muy de nuestro tiempo: seduce y sirve. Y se plantea uno el grave problema de si vale la pena de tener un aparato de radio diez años en casa o cambiarle cada seis meses. Es cuestión de estilo personal. Tal vez es una cuestión de psicología distinta de cada Continente.

Damos esta nota gráfica tan moderna como mera información curiosa. Y ahora busquen ustedes en las planas de anuncios las razones poderosas que les dé a ustedes Europa y las que les dé a ustedes América en defensa de sus fabricaciones. Se puede resolver la cuestión comprando dos aparatos de radio, uno americano y otro europeo. Cumpliendo un elemental deber de humanidad, nosotros recomendamos esperar a que en España haya emisoras.



Casamiento entre musulmanes

Entre los musulmanes, el novio no debe conocer el rostro de su futura esposa hasta después de realizado el casamiento. Muchos días antes de la ceremonia, la joven novia vive en manos de matronas, que la preparan una *toilette* sumamente complicada.

Terminados esos preparativos, cubren a la novia con velos, ocultándole el rostro. Ya no queda más que hacer que esperar al esposo. Este llega y se sienta frente a la mujer. Le dan un vaso de agua, que bebe hasta por la mitad, pasándolo enseguida a la joven. Cuando ésta, a su vez, ha bebido, se rompe el vaso.

Ya están casados. Entonces el esposo aparta velozmente los velos que cubren el rostro de la joven y envuelven su cuerpo. No siempre es agradable la sorpresa que recibe el marido. Pero si es discreto, no deja ver sus impresiones.

Con toda valentía, toma de la mano a la esposa y la conduce a la cámara nupcial. Al traspasar el umbral, todo desposado pisa los pies de la esposa; es un gesto poco cortés, pero tradicional, para expresar todas las amenazas del poder que desde ese instante tiene el marido sobre ella. Tomando luego en brazos a la dama, la sienta en el lecho, le quita delicadamente los zapatos y, depositando un casto beso en la frente de su mujer, se retira a festejar la boda con sus amigos. Se le deja meditar toda esa noche y todo el día siguiente. Si la esposa le agrada, vuelve a la noche; si no le gusta, informa de ello a la familia de la joven, que vuelve a ser señorita. En ese caso, ella regresa al hogar de sus padres, llevando consigo los regalos que le ha hecho el novio, más una indemnización por el perjuicio moral que le ha ocasionado. Todo lo cual, como observará el lector, es muy cómodo.

El duque de Ayen y madama Pompadour

El duque de Ayen, que fué luego de Noailles, tenía el arte de decir al rey Luis XV, con gracia y finura, todo lo que quería que el monarca supiera, sea para poner en ridículo a los cortesanos o para buscar el ascenso de un hombre honrado. He aquí dos anécdotas al respecto:

Un día, los cortesanos, para halagar al rey, para probarle que el pueblo era feliz mientras que los viveres se encarecían mucho, le decían en presencia del duque de Ayen que el pan no costaba sino tanto la libra, y la carne, cuanto... y entraban en detalles bastante minuciosos...

—¡Ah, señores!—dijo el duque de Ayen, frotándose las manos—, ¡qué gran placer me dan! Así me doy cuenta de las picardías que comete mi cocinero! ¡Y yo que le creía tan honrado! El buen hom-

**SOMBREROS
PARA SEÑORA**



**LA HORITA
sombrosos**

**PARA
CABALLERO
PRECIOS DE
FABRICA**



**FUENCARRAL. 22
MONTERA. 15 y 17**

bre me decía ayer que el pan costaba tanto y la carne cuanto. Y encuentro una diferencia de más de la mitad entre lo que él me dijo y lo que ustedes manifiestan. De modo que ustedes me van a hacer ganar mucho dinero, porque, al volver a mi casa, voy a echar a la calle a los ladrones, a menos de que me prueben que lo que ustedes dicen de baratura no lo expresan sino para las circunstancias...

Los cortesanos se callaron, y el rey era suficientemente inteligente para haber comprendido al duque de Ayen.

Otro día el rey dijo a madama Pompadour, en presencia del duque de Ayen, que deseaba convidar al duque de Broglia.

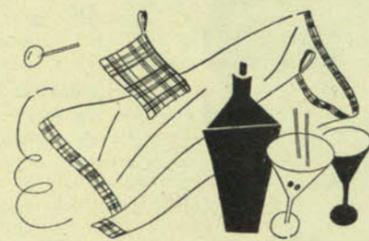
—Es un hombre muy aburrido—repuso la marquesa—. Sólo habla de cuentos de batallas.

—Ciertamente—arguyó el duque de Ayen—es uno de esos hombres que no valen nada para un banquete... Están mejor en los campos de batalla, dirigiendo los ejércitos... El duque de Broglia sirve más para hacerlo mariscal que comensal de madama Pompadour. Y el rey le hizo mariscal.

RADIO WARNER
PLAZOS - CONTADO
APARATOS DESDE 100 PESETAS
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno



Elegantísimo modelo de noche en crepé manón, ideal para siluetas altas. El vestido, bien ceñido al cuerpo, y su amplia cola dan un singular realce a las líneas.



MODAS

MODELOS DE LA COLECCION JEROME



Volviendo a las líneas antiguas, siempre señoriales, tenemos este regio vestido en tafetán puntillé celofán, de exquisita originalidad.



Abrigo en duvetina azul marino, con bordado rojo. Modelo elegante y sobrio, especial para la tarde.



Por ALFREDO MUÑIZ



Ante el centenario de Lope de Vega

Se dispone España a conmemorar el tercer centenario de la muerte de Lope Félix de Vega. Y a fe mía que, si el carro de los propósitos, cargado ya con prietos pliegos de ponencias edilicias —que no en vano rige los destinos municipales un hombre de letras—, de sugerencias inteligentes, de programas seriamente estudiados para que en ningún caso puedan bordear los límites de lo sensato esta o aquella fiesta en honor del genio más luminoso de nuestra literatura dramática, llega felizmente a tierras de realidad, la conmemoración tendrá brillantez de acierto.

No es de lo menos interesante, ni mucho menos, en esta hora de honra para el coloso del teatro español, el tributo que ha querido rendirle uno de nuestros poetas contemporáneos de ejecutoria más excelente: Eduardo Marquina. Pensó el insigne autor de *En Flandes se ha puesto el sol* que, más que un discurso en cualesquiera de los actos anunciados con carácter oficial, más que un artículo periodístico publicado en esta revista o en aquel diario, convenía humanizar—en el sentido actual—la figura genial de Lope de Vega, para así acercarla en lo posible a una generación que apenas si conoce a la lumbrera más auténtica de su historia.

Y eligió *La Dorotea*, novela cumbre del eximio dramaturgo, en la que de manera más directa sigue el autor la línea firme de su biografía, para teatralizarla y aportar de esta forma un documento vivo, en el que puedan bucear, sin tormentos de letra apretada, los espíritus reacios a la investigación y ser, al mismo tiempo, solaz y regocijo de los que ya se han deleitado con la obra magna del monstruo de la Naturaleza.

Al interés literario que tiene siempre una nueva obra de Eduardo Marquina había que añadirle en este caso el que le presta la figura gigantesca de su protagonista. Hemos querido, pues, enterados del acontecimiento, buscar al poeta ilustre para que nos hable de *La Dorotea*, su versión de la obra de Lope, puesta en ensayo ya por la compañía del teatro Cómico, y cuyo estreno habrá de celebrarse dentro de breves días.

Amablemente, humildemente, con la humildad discreta que es patrimonio de todo espíritu selecto, Eduardo Marquina ha tenido la gentileza de recibirme en su casa: luz, sol, libros y una mesa sobre la que escribir versos. Y me ha dicho:

—Con ocasión del tercer centenario de su muerte, punto en que se inicia la vida inmortal del genio de Lope de Vega, he querido rendir homenaje devoto a su memoria gloriosa, evocando y haciendo vivir en las tablas del teatro la figura turbulenta, humana y españolísima del más famoso de nuestros dramaturgos.

—¿...?

—Sabida es la tendencia de Lope de Vega a convertir en episodios de sus comedias o poemas hechos reales de su vida, figurándose a sí mismo en determinados personajes de su teatro o haciendo, como en las *Eglogas*, de sus desventuras y andanzas amorosas el argumento y materia principal de sus versos. Si en muchísimas poesías y comedias de Lope de Vega hay referencias comprobadas a sucesos y andanzas de su vida, existe además una obra suya—*La Dorotea*—, que es toda ella, desde el principio al fin, autobiográfica. Protagonistas de ella, con nombre supuesto, "Fernando"—el propio Lope de Vega—y "Dorotea"—una actriz: Elena Osorio. Se conocen también las equivalencias reales de los otros personajes, y la obra entera no es otra cosa que el relato verídico de un episodio vivamente dramático de las primeras mocedades de Lope; la historia de su corazón, que forma, para las mujeres, una mujer, excepcional en fuerza de eso: en fuerza de no ser más que mujer en

todos sus aspectos, de todas las maneras y a rienda suelta: desde la raíz del alma hasta el tuétano de sus huesos.

—¿...?

—Califica nuestro gran dramaturgo a su *Dorotea* de acción en prosa. Y viene a ser una especie de novela dialogada, en que al relato de los hechos y a su fiel reproducción se mezclan innumerables episodios pintorescos o literarios, que retardan considerablemente el curso de la acción y le quitan facilidad para el teatro. Escenas enteras no tienen otro asunto que temas de literatura, astrología y otras humanidades que apasionaban en la época. En cambio, hechos tan vivos y de un sabor tan dramático y tan de Lope como el del recurso al disfraz para no apartarse, día ni noche, de las rejas de su amada; y el de la prisión de Lope de Vega, vistiendo aquellos harapos, y sospechándole de malhechor, se narran, sin darles relieve, al final de una escena. Pierden así toda eficacia teatral.

—¿...?

—La contraposición entre el vivo dramatismo del asunto y el lento desenvolvimiento de la forma en que Lope lo encierra nace también de circunstancias conocidas. Concibió Lope su *Dorotea*, probablemente a raíz de los hechos, y la escribiría, naturalmente, con el vigor y frescura de la juventud atropellada y palpitante, en forma de la que aun pueden rastrearse detalles en sus escenas más vivas. Perdió, según se cree, aquel primer original de su obra, y ya en las postrimerías de su vida, escasos años antes de morir, tan indeleble era la huella, tan profundo el dejo de aquel su primero y apasionado amor, volvió, nostálgico, a complacerse en su recuerdo y rehizo la obra para publicarla. No era ya el mozo que había vivido el drama. Quiere apresarlo y revivirlo. Se queda fuera de él, con su alma llena de experiencia y de dolor. Razona, discreta; de vez en cuando pone el dedo en la llaga que sangra... Obra mixta de realidad y recuerdo, en que bastaba separar con tino los dos componentes para que la emoción reapareciera y se comunicara.

—¿...?

—En *La Dorotea* está completa el alma de Lope. Su mocedad en los amores con Dorotea; toda su vida y la dramática desolación de su vejez, en el hecho de volver a ella, para revivirla y caldearse, ya septuagenario. Me ha parecido que una obra teatral escrita con este asunto, resumiría, en sus dos grandes momentos de la mocedad y la vejez, la vida humanísima de Lope de Vega.

—¿...?

—He tomado de *La Dorotea*, como el que recurre a un libro de historia, los datos, los hechos, como nos cuenta Lope que sucedieron: el asunto, en una palabra. Llena este asunto las dos primeras jornadas de mi nueva versión. Y he dado vida, en una tercera jornada breve, al estado de alma de Lope, al dolor de su vejez y a los sentimientos que le decidieron a rehacer y revivir su obra, mediante un último encuentro con Dorotea, que le sobrevivió. Así vemos formarse la ola gigante, avanzar hasta romperse en la playa y tenderse, por fin, lámina de agua cristalina y serena, que refleja el cielo.

Queda el poeta allí, en su casa, entre alientos de sol, montañas de libros y latidos de versos, y yo me hundo en el anochecer eléctrico de la calle, con mis cuartillas apretadas de notas.

Todos los días en el teatro de la ZARZUELA la gran opereta super-revista SIETE COLORES

200 modelos de alta costura con el sorprendente ESCENARIO GIRATORIO, único en España



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—La terrible cuesta de enero ha comenzado a acusar sus perfiles de cansancio. Apenas si la hemos mediado y ya crujen de resentimiento las tablas de casi todos los tinglados de la farsa.

—¿Sabe usted cosas?
—Muchas.
—¿Interesantes?
—Unas sí y otras no.
—Por ejemplo: ¿Cómo va la temporada en el Fontalba?
—Pues... así así. Ese *Oro y marfil* parece que no acaba de decidirse a hacer rica a la empresa.
—¿Pero si el teatro se llena en cada representación!
—Pues ahí precisamente está el busilis de la cuestión. La empresa de este negocio ha querido ser tan original que, aun llenando el teatro, pierde dinero.
—¿Y qué se propone?
—La cosa está clara: hacer arte.

—Las butacas de la Comedia se mueren de aburrimiento...
—¿Qué me dice?
—Lo que usted oye; me lo acaba de comunicar en secreto un acomodador del teatro.
—Pero ¿no se representa una obra de Muñoz Seca?
—Sí, *El rey negro*... Y ya ve usted: a pesar de Muñoz Seca, a pesar de *El rey negro*, las butacas fallecen en una triste agonía de terciopelo rojo y solitario.
—¿Y qué dice don Tirso?
—Nada; se rasca la barba.

—Y ahora que hablamos del teatro de la Comedia, ¿sabe usted lo de Benavente?
—¿Qué?
—Parece que el glorioso dramaturgo vuelve, al fin, al coliseo de la calle del Príncipe.
—¿Como espectador?
—Como autor! Afirman los oráculos que ya tiene terminada una obra, cuyo estreno se anunciará en breve.
—¿Y qué compañía interpretará dicha obra?
—¿Cuál ha de ser? ¿La de la Comedia!
—Pues ¡no me lo explico!

—¿Qué sabe usted de Lola Membrives?
—Que es una de las actrices más excelentes de aquí y allá de los mares.
—Además de eso.
—Que llegó a Europa y, apenas pisó tierra del viejo Continente, se dirigió a París.
—¿Para qué?
—Para ver la última obra de Lenormand, *Crepusculo del teatro*, y negociar con su autor la adaptación al castellano.
—¿Pero es posible que una actriz sienta estas inquietudes? ¿Qué pensarán de ella nuestras artistas, que cifran sus esperanzas y sus anhelos en conseguir la exclusiva para Andalucía y Levante de las comedias de Quintero y Guillén!
—¿Que está loca de atar!

—¿Y va a estar mucho tiempo en París?
—¿Quién?
—Lola Membrives.
—No; los días necesarios para satisfacer su curiosidad artística. Después vendrá a España y, al frente de un elenco prestigioso, clavará el banderín de su arte en un escenario madrileño.
—¿Se sabe ya quién irá con ella de primer actor?
—Se sabe; pero permítame usted que no lo diga. Sería una indiscreción, de la que no soy capaz... a pesar de mi fama.

—Hombre, ¿y la Gámez? ¿Qué le ocurre a Celia Gámez? ¿Dónde se mete la sugestiva *vedette* de los ojos negros y del lunar en la mejilla?
—Pues verá usted: Se ha dicho que iba a debutar en un teatro de revistas de Barcelona: falso. Se ha dicho que, cansada de triunfos y de hermosura, iba a recluirse en un convento: falso. Se ha dicho que, después de pensarlo muy mucho, contraía matrimonio con Pierre Clarel: falso. Se ha



Una escena de la entretenida opereta de Gilbert, que se aplaude en la Zarzuela.

dicho que estaba organizando una compañía de verso para representar dramas históricos: falso...
—Entonces, amigo, ¿cuál es la verdad de Celia Gámez?

—La verdad de Celia Gámez... ésta: Que nació en la Argentina, allá por el año 1914—dato tomado de su cédula personal—; que es guapísima; que le gusta el mate y que popularizó, hasta traspasar los límites de lo irritante, el chotis de "Pichi", de la revista *Las Leandras*.
—¿Nada más?
—¿Le parece a usted poco?

—¿Recuerda usted a Luis de Vargas?
—Sí; un autor muy discreto, que dió a la escena éxitos resonantes. ¿Qué hace ahora?
—Dirige los ensayos de una nueva comedia suya: *La semana del duro*.
—¿En qué teatro?
—En el María Isabel.
—¿Para estrenarla pronto?
—No creo. Eso de *¡Yo soy un sinvergüenza!* parece que aún resistirá en los carteles algún tiempo.
—¿El teatro está perdido!
—Y lo que es peor: nadie lleva camino de encontrarlo.

—¿Que no lo creo, vaya!
—Le doy a usted mi palabra de honor de que es cierto.
—En ese caso... Pero, de todas formas, es muy extraño que la comedia que los señores Quintero y Guillén preparan para Carmen Díaz no tenga ambiente andaluz.
—Pues no lo tiene.
—¿Ni siquiera en una escena?
—Ni siquiera.
—Mal síntoma, entonces. Eso quiere decir que se ha iniciado la decadencia del fandanguillo.

—¿Sabe usted...?
—¿Qué?
—Que Valeriano León acaba de llegar a Madrid.
—Sea bienvenido el "pequeño grande" actor. ¿Y qué prepara?
—Al parecer, su temporada en Cervantes.
—¿Pero, por fin, actuará en ese teatro?
—Eso dicen.
—Pues cuando lo dicen...

—Pemán, el poeta de *El divino impaciente*, ha hecho un alto en el camino de los versos.
—¿Cómo?
—Decidiéndose por la prosa.
—¿Y qué ha escrito?
—Una obra, que ya tiene Pepita Díaz de Artigas, y que seguramente estrenará durante su actuación en Eslava.
—¿Drama histórico también?
—No, nada de historia. Se trata de una comedia moderna.
—¿Cómo la titula?
—*Romeo y Julieta*.
—¿Y dice usted que es una comedia moderna?
—Modernísima.
—¡Ah!

—¿Sensación!
—¿Qué ocurre?
—Leandro Navarro y Adolfo Torrado han declarado públicamente que se disponen a trabajar con más fe que nunca.
—A trabajar ¿en qué?
—En su oficio.
—¿Y cuál es el oficio de los señores Navarro y Torrado?
—¿Pero es posible que usted no lo sepa?... Son ¡dramaturgos!
—¡Ah, sí!: de esos que hacen obras para que luego las "echen" en los teatros... Pues vaya, hombre, más vale así.

El jueves pasado—con asistencia del jefe del Gobierno, autoridades municipales y representaciones del mundo intelectual—se descubrió una lápida en la Hemeroteca Municipal, en homenaje al que fué su fundador, Ricardo Fuente. Fué un acto sencillo y patético, en que la figura del gran español fué recordada por los amigos que, en vida, más le habían amado, entre los que se encuentra el propio Sr. Lerroux.

La pluma ágil, devota y rica en matices, del ilustre dramaturgo D. Antonio Asenjo, actual director de la Hemeroteca, y gran amigo del escritor recordado, trazó para CIUDAD la magnífica semblanza que damos a continuación:

El jueves 10 de enero de 1935 se cumplió el décimo aniversario de la muerte de Ricardo Fuente. En ningún otro momento hallarían más adecuado lugar unos datos biográficos del que fué mi maestro, mi amigo, mi compañero, mi jefe... Mientras que otras plumas, mejor cortadas que la mía, no estudien como se merece a este insigne madrileño, me conformaré con delinear la figura del ilustre fundador de la Hemeroteca Municipal madrileña.

"Amador de toda gentileza" le llamó Roberto Castrovido en el artículo necrológico que publicó acerca de esta insigne personalidad de la política y de las letras madrileñas y españolas. Es la mejor definición que conocemos de Ricardo Fuente. Los que supieran su historia de luchador y batallador por ideales demagógicos, tendrían la superstición de creer que Ricardo Fuente era un petrolero, un varón atrabiliario, encolerizado, desmañado. Y era... un gran señor, un refinado de gustos, un espíritu oreado por todas las brisas del epicureísmo intelectual. Ricardo Fuente era nuestro Anatole France.

Se parecía a Anatole France físicamente. Era alto, con cara alargada, con una eterna sonrisa de ojos y de boca, sonrisa un poco pícaro; la barba, blanca, rala y puntiaguda; el pelo, escaso; el color, enterrubio; el aire, de anciano fornido. Pero, sobre todo, su expresión de ratoncillo—¿conocéis la maravillosa caricatura de Bagaría?—, como la de Anatole, y su cuerpo brioso y sus labios sensuales le daban peculiar carácter. Y si se le parecía físicamente, en el alma eran idénticos: la misma psicología de tolerantes para los defectos de la vida, anticlericales, escépticos en el ribete, demócratas, enamorados de lo clásico, enamoradísimos de los libros, suaves, eruditos, llenos de letras... y de amor. Por semejarse en todo, hasta el número de letras de sus nombres eran iguales: *Anatole, Ricardo; France, Fuente*. En vida fueron amigos; la muerte se los llevó el mismo año. Nuestra opinión concuerda con la del maestro Castrovido: Ricardo Fuente era, como France, el "amador de toda gentileza".

Así como Anatole France, por haber nacido en un país que tenía sus problemas políticos resueltos, no intervino directamente en la polémica por el liberalismo más que en el asunto Dreyfus, Fuente tuvo que combatir, lanza en ristre, a todas horas, en la gran batalla entre la reacción y el liberalismo planteada en España durante todo el siglo XIX. Si Fuente hubiera visto implantada la República en España, seguramente se hubiera dedicado a sus apacibles y queridos trabajos de gabinete y hubiera producido, para honor de la ciencia española, curiosísimos trabajos de investigación y de análisis.

Pero Fuente tuvo que luchar, que escribir periódicos, pronunciar discursos en los mítines, salir a la calle, batirse por sus ideales, y aunque las almas eran iguales, la obra se ha diferenciado. France, más feliz, ha hecho la vida de la abeja, que liba y fabrica su miel lenta y continuamente. Ricardo Fuente vivió a saltos desordenadamente, le llevaron las circunstancias, no se rigió a sí mismo; hubo de violentar su vocación para tomar parte en ese endemoniado período de aguafuerte que arrastró en torbellino a toda la energía española.

Desde niño tuvo vocación de polemista. A los trece años fundó, con Antonio Palomero y Luis París, un semanario que se titulaba *La Universidad*. Dos años después, a los dieciséis, hizo una campaña feroz contra los autores cómicos que robaban chistes. (¿Qué "palos" propinó a Navarro Gonzalvo!)

Fuente justificó el porqué "cazaba" gazapos literarios, con las siguientes líneas, que entresacamos de un artículo suyo, en el que "descubría" una "coincidencia" de Eduardo Bustillo y Selgas...

"... No me seduce el pasar plaza de guardia civil del Parnaso; no creo llegar a ser sabio porque mis prójimos sean brutos, ni pienso medrar porque los demás padezcan debilidades; tampoco pretendo echármelas de puritano; yo, como todos, no plagio ni por honradez ni por puntillos de conciencia, sino por miedo a que el plagio se descubra; deseo única y exclusivamente con esta literatura con cascabeles, como tú la llamas, protestar contra esos viejos impotentes que pasean su panza con orgullo..."

Es curioso este indicio del investigador y erudito, que en la niñez emplea su temperamento y sus estudios en materia tan absurda. No había cumplido diecinueve años cuando publicó un folleto, que revela lo precoz de otra de las preocupaciones que siempre habían de dominarle: *la cuestión religiosa*.

Nació a la política y al periodismo "grande" en aquel célebre motín estudiantil que se conoce con el nombre de "La Santa Isabel" en pro de la libertad de la cátedra. En aquel periódico agitado de joven republicano, de periodista incipiente y de estudiante, contribuyó a formar la Asociación de Amigos del Progreso para la Enseñanza laica; dió conferencias, habló en mítines, bulló. Fue la época de su temprano casamiento. Con su esposa se fué a París, Meca de los anticlericales de entonces, cuya ciudad siempre recordó con gran cariño, aunque sobreponiase el que profesaba a Madrid, la ciudad de su nacimiento, que conocía palmo a palmo, a la que tanto ha favorecido.

Para sostenerse en París entró en la Casa Garnier y se pasó años haciendo papeletas para diccionarios, traduciendo manuales (especialmente enamorado de los estilistas, puso en castellano a Pablo Luis Courier y a Paul de Saint Victor) y escribiendo libros de todas clases, muchos de los cuales no firmaba. Uno de esos libros de Fuente, *La antigüedad clásica*, sirve aún de texto para aprender el español en muchos colegios franceses.

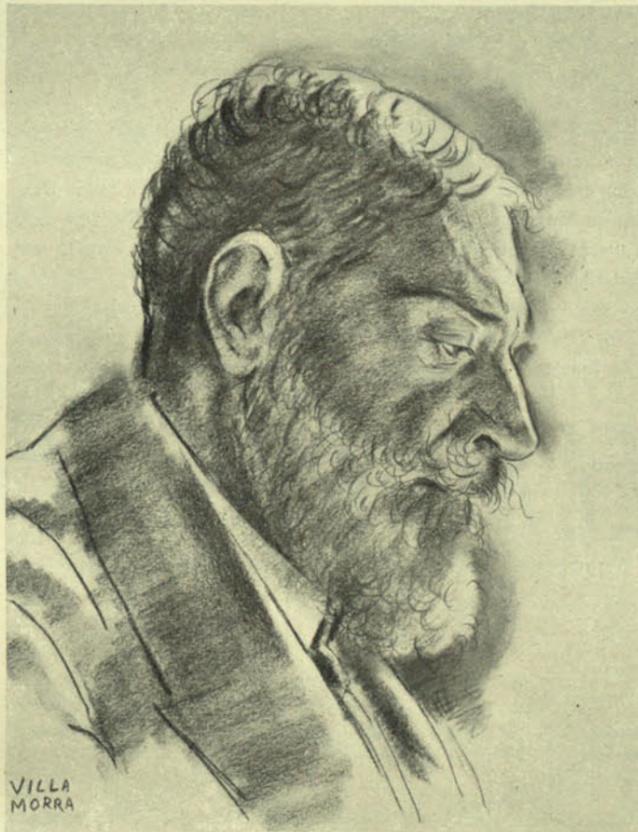
Más de siete años vivió en París (en aquella época estaban en la Casa Garnier: Nicolás Estébanez, Luis Bonafoux, Constantino Román Salameo, Alejandro Sawa, Toro, Tiscar, Labuya, Romo Jara, Miguel Eduardo Pardo); en este tiempo intimó con lo más notable de la intelectualidad francesa, con los políticos jóvenes de la extrema vanguardia... Estos siete años fueron—cuántas veces nos lo ha dicho—los mejores que pasó en su vida. Lástima grande que no

recogiera en un volumen las pintorescas incidencias de su vivir parisino, las mil y una anécdotas que oímos de sus labios. Durante su "emigración voluntaria" sostuvo copiosa e ingeniosísima correspondencia con su amigo del alma, con su fraternal camarada, el gran ingenio madrileño, Antonio Palomero, "Gil Parrado".

Volvió a Madrid; Antonio Palomero lo "metió" en *El País*, donde intimó con Alejandro Lerroux (amistad que conservó toda su vida).

El enorme éxito del drama de Joaquín Dicente *Juan José* le sugirió la idea de hacer un novelón por entregas con el asunto de la famosa producción del ilustre autor de *Tinta negra*; con la colaboración de Antonio Palomero y la ayuda del editor madrileño D. Mariano Núñez Samper, llevó a cabo tal propósito. La "elaboración" de esta extraordinaria novela merece que alguno de los "iniciados" dedique un artículo al asombroso e insospechado éxito de *Juan José*, "a real el cuaderno" siquiera sea para que adivinemos por la traza la bella prosa de Ramón María del Valle Inclán, Pío Baroja, Adolfo Luna, Manuel Bueno, Alejandro Lerroux, Pepe Cuéllar, Eduardo Lustonó, José Riquelme Flórez, Camilo Bargiela, Eduardo Rosón..., ya que todos estos ilustres ingenios glorificaron *ad perpetuam*, con Fuente y Palomero, al héroe creado por Dicente.

Fuente, que era en aquellos días todo actividad, recogió en un tomo, bajo el título *De un periodista*, unos cuantos artículos de periódicos. A poco, con la cooperación del sabio D. Eduardo Be-



VILLA MORRA

not y la colaboración de Antonio Palomero, comenzó el *Diccionario de ideas afines y tecnología*, que hubieron de terminar los insignes literatos Antonio y Manuel Machado.

Nuestro héroe no tenía por aquel entonces la tranquilidad de espíritu necesaria para dedicar sus "arrolladoras" actividades al cultivo de la filología. Su campo de acción estaba en la política, y a él volvió los ojos con toda la fuerza de su juventud y de su temperamento. Entre lo más saliente de ese momento de la vida de Fuente merece señalarse el episodio de la vuelta de Martínez Campos y el ingreso de Fuente en la cárcel. A los pocos días de ser puesto en libertad tuvo dos duelos en condiciones graves.

Con Blasco Ibáñez, Lerroux y Junoy formó la Federación Republicana, y volvió a París a hacer propaganda y a conspirar por la República. En París hizo una edición revolucionaria de *El País* (dos únicos números que se publicaron se conservan en la Hemeroteca) y fué expulsado. Entonces, incansable y lleno del ardor que tuvo siempre, marchó a Bruselas con Emilio Junoy, Sciriano, Blasco Ibáñez y Lerroux. Allí quisieron establecer el centro organizador del movimiento republicano; dieron conferencias, empezaron sus trabajos... y fueron expulsados también. Fuente, que poseía el francés a la perfección (así como el italiano, inglés, latín y griego), hablaba en francés en los mítines y adquirió poderoso relieve entre la gente de izquierda de los países de ese idioma.

A poco de ser expulsado de Bélgica, Fuente se marchó a Buenos Aires. ¿A descansar? ¿A dedicarse a alguna profesión lucrativa? No. A seguir trabajando, luchando por sus caras ideas. Fundó en Buenos Aires *El Diario Español*, órgano de los republicanos; organizó el partido con los españoles de allí; escribió, polemizó, se batió nuevamente por la Libertad y la República (1).

Pobre siempre, constantemente en pugna con los partidos ultramontanos, volvió a España; escribió en *El Progreso*, de Lerroux y después dirigió *El Intransigente*, *El Radical*, del mismo caudillo. Antes había colaborado activamente en *Juan Rana* y *Germinal*.

Su labor como periodista fué enorme; tarde y noche las dedicaba a atizar el fuego sagrado, años y años, siendo ejemplo, maestro y guía de la juventud.

Los políticos tuvieron en Fuente su mejor colaborador, y Lerroux, su más adicto amigo, "su maestro", y a veces su discípulo. Últimamente colaboró, con los espacios de tiempo que le imponía la enfermedad que le llevó a la tumba, en *El Liberal*, *El Figaro*, *La Opinión*, *La Voz* y en la *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo Municipales*, fundada por él.

Este es el Fuente batallador, político y periodista. Como se ve, una figura sobresaliente de las izquierdas, una mentalidad de primer orden, un director de diarios temido y de formidable influencia, que nada sacó de la política ni jamás cotizó su pluma ni su palabra, ni empleó sus energías más que en la pura y desinteresada defensa de ideales sin mezcla de ambiciones.

(1) Con el producto de una suscripción popular editaron aquellos, sus correligionarios, un libro de Fuente: *Patria y República*.

Pero Fuente, a pesar de su labor de titán, no se sabe de dónde sacó tiempo para adquirir una de esas culturas que hacen de los que las poseen algo lindante con la mitología. Fuente, como bibliófilo, era un verdadero asombro. Menéndez y Pelayo le elogiaba con entusiasmo; Rodríguez Marín le consultaba a diario; Vindel aprendió más de labios de Fuente que consultando el Salvá y el Haebler; otras figuras de selección espiritual, especialistas, como el eminentísimo secretario perpetuo de la Academia de la Lengua, D. Emilio Cotarelo, tenía en Fuente un compañero, al que admiraba y estimaba, salvando la diferencia de ideas.

Alejandro Lerroux, que tanto le quiso, ha dicho de él: "Fuente es Marco Aurelio, sin corona ni imperio; pues de haberlos tenido, los hubiese empeñado por un incunable..."

Uno de sus libros más famosos, *Reyes, favoritas y validos*, fué reimpresso varias veces, y si hubiera querido hubiese hecho una "Historia secreta de la religión en España", que quizá causase estupor por la novedad de los descubrimientos. Pero cansado—era en sus últimos años, minado por la enfermedad, más que apático, verdaderamente doliente—, no la dió término. Además, Ricardo—siempre le llamábamos así—fué un pródigo de sus conocimientos y de su talento. Con las ideas de sus "artículos hablados", que nunca había de publicar, se han hecho muchos libros... firmados por otros. En sus tertulias de café ha planeado bibliotecas y colecciones, que los editores, que acudían a su lado para "hacerle hablar", daban a luz después y se enriquecían; y como era un poco escéptico, se pasaba la vida escribiendo discursos de ingreso en las Academias para personajes de mentalidad nula, que acudían a Ricardo, y éste, generosamente las más de las veces, les "confeccionaba" su lucubración, y aun antes y después les escribía las comunicaciones, les sacaba de apuros en las ponencias, y era, en fin, el "Cyrano" que hablaba por boca de otro.

Siempre fué modesto y pobre, salvo para los libros; tenía la pasión insaciable del bibliófilo, y llegó a reunir más de 7.000 volúmenes selectísimos. Esta biblioteca la hizo comprando y vendiendo: *chamarileando* con los libreros de viejo. En uno de sus rasgos, y cuando, desaparecida la política radical, y con ella los periódicos que subvenían a su existencia, era más pobre que nunca y empezaba a ser para él, viejo y lleno de necesidades, un problema la vida, regaló su biblioteca al Ayuntamiento de Madrid.

Fuente profesaba un gran amor al libro, lo "vestía" lo encuadernaba con lujo cuando lo merecía el ejemplar. Los libros por él encuadernados tienen, muchos de ellos, unas cuartillas en blanco detrás de los índices (pues gustaba de dialogar con los autores), y a medida que iba leyendo iba acotando cosas, poniendo notas marginales, escribiendo a veces verdaderos estudios críticos y analíticos. La lectura de los comentarios de Fuente, hechos en los propios libros, es tan sabrosa como provechosa.

Otro rasgo característico de Ricardo Fuente era la ausencia absoluta de vanidad, rasgo que ha contribuido, tanto como la necesidad material y el desprendimiento y generosidad de su carácter, a sus trabajos en beneficio ajeno, a sus espléndidos regalos de cultura productiva.

Por modestia, por indolencia, por falta de tiempo quizá, han quedado, desgraciadamente, inéditas para la Humanidad dos obras que hubieran producido sensación, que quizá le hubieran inmortalizado: *La Casa de Dios en España* y *Los Estoicos*.

Se pasó la vida escribiendo papeletas para estas dos producciones, de pasmosa erudición. En la primera recoge la historia completísima, documentada y desconocida de las religiones, especialmente la católica. En la segunda hace lo mismo con respecto a las doctrinas de Zenón de Chipre y Epicteto y a la influencia de ellas. Fuente era un estoico, era un senequista, como otro español insigne, cantor del senequismo del pueblo español: Angel Ganivet.

La raigambre que el estoicismo tiene en el carácter español y la importancia en la vida humana de esas doctrinas, que van disueltas en nuestra época a pesar de no estar vulgarizadas sistemáticamente, hacen que ese libro nonato, que además contiene curiosísimos pormenores y citas de los clásicos griegos y latinos (que tan profundamente conocía Fuente), fuera de utilidad suma. En cuanto a *La Casa de Dios en España*, hubiera tenido la mayor importancia doctrinal, crítica e histórica, ya que era el resumen de toda una vida de rebusca en materia tan abundante en nuestra patria. Las notas de ese libro, que sólo Fuente podía haber descifrado, ocupan centenares de cuartillas, que su familia conserva cuidadosamente. Como detalle curioso, básteos saber que Fuente se leyó más de cinco mil procesos incoados por la Inquisición.

En los últimos años de su vida, Ricardo Fuente, vencido por su enfermedad y con ese carácter suyo desprendido, invitó a varios amigos a que se llevaran las notas e hicieran un libro, firmándolo ellos. Nadie se atrevió a aceptar el pródigo ofrecimiento, y eso que no hubieran tenido más que redactar lo ya amasado y consultarlo oralmente en las dudas.

Y ahora llegamos a otro de los aspectos más nobles de Fuente, y para el que redacta estas notas, más conmovedor. Todo lo que me rodea, toda la obra que estoy continuando, fué fundada por él.

En 1914 entró en el Ayuntamiento de Madrid, y hasta su muerte no cesó de trabajar. El reorganizó la Biblioteca; él inició la separación en el Archivo de la parte histórica de la administrativa; él fundó la Hemeroteca, las Bibliotecas circulantes, literaria y musical, y las de parques y jardines; él ideó el Instituto Bibliográfico...

La muerte le sorprendió cuando planeaba la fundación de una sala de lectura para niños, y otras iniciativas suyas que hubiera llevado a efecto, gracias a la protección que, desde hace bastantes años, dispensa a la cultura nuestro Ayuntamiento; protección que demuestra ese bloque cultural que suponen la Hemeroteca, las Bibliotecas circulantes y de Parques y Jardines, el proyectado Instituto Bibliográfico, la Colección Cervantina y la Paremiológica, las Cartas de Reyes, el Fuero de Madrid y tantas otras joyas que se custodian en la Biblioteca y en el Archivo Municipal.

Y cierro estos apuntes biográficos de Ricardo Fuente, repitiendo que toda esta gran obra cultural—no olvido lo que el Ayuntamiento de la República está haciendo en materia de enseñanza—se debe al Ayuntamiento de Madrid, que, para su orgullo, acogió en su seno al gran orador, al simpático madrileño, al bibliófilo eminente, al temible polemista, al hombre bueno, ático, generoso: a Ricardo Fuente, que pudo ser diputado, ministro, alcalde, potentado, cuanto hubiera querido; pero lo rechazó todo para no ser más que un luchador generoso por la Libertad... "amador de toda gentileza".

El periodista Ricardo Fuente nació en Madrid en 1866. Murió en Madrid el 10 de enero de 1925.



Isiong era casi feliz. Y digo casi porque para serlo sólo le faltaba una cosa: Nenang, una chiquilla deliciosamente atractiva.

Sus ojos rasgados y la sonrisa que constantemente lucía su ovalado rostro hacía que todos los *bagontaos*—solteros—de los alrededores estuviesen locos por ella.

Nenang vivía en un frondoso cocal a orillas de una playa de finísima arena de la costa de Palawan. Su casa era la más pulcra y limpia del contorno. Un cerco de caña la rodeaba, y dentro de él, aparte de los cocos, había algunos *ilang-ilangs* y *champacas*, flores éstas que aromaban el ambiente.

Isiong residía algo más arriba que el hogar de Nenang; pero el suyo no estaba cuidado ni era tan limpio como el de ella, pues vivía solo y carecía de tiempo para el arreglo. Su oficio de *manangete* le llevaba todo el día; subido en los cocoteros con las primeras horas del sol, pasaba el día entero extrayendo la deliciosa linfa de sus flores, la *tuba*, que, mezclada después con determinadas cortezas amargas y fermentadas, produce una bebida alcohólica muy fuerte. Este oficio, bastante peligroso por cierto, le daba lo suficiente para vivir con arreglo a sus necesidades y hasta ahorrar un poco.

Un día, a orillas de un riachuelo, vió a Nenang bañándose.

Desde entonces ya no pudo dormir tranquilo. Se había enamorado como un loco, pero su cortedad le impedía manifestar su amor. Además se sentía tan pobre, tan pequeño...

Mientras tanto, Nenang, cada día más guapa y más solicitada, tenía una numerosa corte de admiradores.

Orgullosa por ello, sentíase, sin embargo, terriblemente molesta porque Isiong no la cortejaba. No podía comprenderlo, pues no había soltero a muchas millas de su casa que no la rondase. Y el proceder del *manangete* la tenía intrigada y bastante triste. Y no era porque le quisiera.

Su vanidad de mujer guapa sentíase herida por la aparente indiferencia de Isiong. Que ella superiera, no cortejaba a ninguna del contorno. Por esto, con astucia y coquetería, decidió acercarlo y unirlo a su corte de admiradores.

Pronto se le presentó una ocasión. Una tarde calurosa, viniendo de la playa, se topó con Isiong, que bajaba de un cocotero con su recipiente de caña a la espalda, lleno de riquísima *tuba*.

—Hola, Isiong. ¿Podías darme un poco de *tuba* para aplacar la sed?—dijo coquetamente Nenang.

—Sí... con mucho gusto—balbuceó Isiong, mientras le ofrecía el recipiente con nervosidad.

Nenang, con mil monerías y cucamonas, bebió la rica linfa del coco, sin dejar de mirar amorosamente al pobre Isiong, que permanecía quieto, preso de una intensa turbación.

—Gracias, Isiong—dijo Nenang, devolviéndole la caña—. Quiero verte por mi casa... Pásate una tarde de éstas. Eres el único soltero que no me frecuenta.

—Es que estoy tan atareado... Además, no creo que sea necesaria mi presencia en tus reuniones...

—¿Por qué no?—contestóle Nenang, envolviéndole en una mirada ardiente.

—Es que yo... la verdad...

—Nada, hombre, no te disculpes. Tienes que venir a casa, pues no eres menos que los demás.

—Bien. Iré.

—Entonces, hasta luego, Isiong.

—Adiós, Nenang...

Ella se volvió, dirigiéndose hacia su hogar. Isiong la siguió con la vista hasta que desapareció tras de unos arbustos.

Se detuvo unos instantes, muy pensativo, y a poco echó a andar con dirección a su humilde casa. Pensaba. Mil proyectos bullían en su mente.

¿Cuánto daría él por casarse con Nenang! La quería con toda su alma, con todas sus fuerzas, y estaba dispuesto a hacer mil sacrificios para poderla conseguir.

Trabajaría mucho para poder hacer dinero. Actualmente tenía algunos pesos, no muchos, y un poco más adelante pensaba comprar

un cocal bastante productivo. Entonces podría aspirar a la mano de Nenang, y estaba seguro de que ésta no le rechazaría.

Se arregló concienzudamente. Iba a visitar a Nenang a su hogar, a su *bahay*. Salió del suyo muy alegre y se internó por el bosque. En los frondosos árboles cientos de pájaros multicolores picoteaban los frutos. Alguno que otro tucán gigante atronaba con sus gritos la selva. Bastantes monos, juguetones, saltaban de rama en rama, en los grandes *baletes*.

Tan ensimismado iba Isiong, que no se daba cuenta de la belleza que le rodeaba. La naturaleza tropical había volcado toda su savia en las plantas. Miles de especies vegetales, árboles, lianas, bejucos, parásitas y orquídeas de los más variados tonos crecían en el contorno. Todo era verde, maravillosamente verde.

Después de andar durante algún rato por el bosque desembocó a un riante riachuelo. Un sencillo puente de cañas le cruzaba, y aunque su profundidad era escasa, peligrosos caimanes acechaban bajo el lodo.

Allí se encontró con Teroy, un pescador de tortugas.

—¡Hola, Isiong! ¿Dónde vas tan elegante?—interrogó aquél.

—¡Valiente elegancia, Teroy! ¡Que me he mudado, y nada más! ¡No sé por qué te extraña verme así!

—Es que siempre se te ve sin apenas ropa, por la naturaleza de tu trabajo, desde luego. Me parece que me ocultas algo. Apostaría cualquier cosa que vas a visitar a Nenang, ¿verdad?

—Así es, Teroy.

—¡Ja, ja ja! Por fin has caído víctima de sus coqueterías.

—Te prohíbo que hables de esa forma. Nenang se merece mucho respeto.

—¡Vaya, vaya! Veo que estás peor de lo que yo creía. Y voy a darte un consejo: Mantente lo más lejos posible de esa mujer. Le gusta enloquecer a los hombres para hacerlos sus esclavos. Después se burla de ellos. Ten mucho cuidado con ella. Te digo esto en nombre de nuestra antigua amistad. Adiós, y piensa bien lo que te he dicho.

—Adiós, pero...

Teroy ya había cruzado el puentecillo, en dirección contraria a la de Isiong, y se había internado en la selva, cantando una primi-

EL MANANGETE

DOR

BENIGNO DEL RIO

UNA FIRMA FILIPINA

tiva canción tagala. La advertencia de Teroy había dejado pensativo a Isiong. ¿Sería verdad lo que le había dicho? ¡No! No era posible; no lo podía creer. Eso lo había dicho el pescador de tortugas porque estaba despechado de Nenang, pues ésta no le había hecho caso alguno.

Siguió andando hasta salir a la playa. Una docena de botes se hallaban varados allí. Algunas redes se secaban al calor de los últimos rayos del sol. Unos chiquillos, desnudos, jugaban con las olas que rompían en la brillante arena. Y algunas mujeres escarbaban en ella buscando almejas.

Isiong anduvo un rato por la playa, dejando sus pasos marcados poco tiempo, pues las olas se encargaban de borrarlos.

Llegó a casa de Nenang. Esta se hallaba en la puerta, como si esperase a alguien. Al ver a Isiong, se levantó y le dirigió una encantadora sonrisa. Esto borró por completo la preocupación y las dudas de Isiong. ¿Cómo podía ser verdad lo que le había dicho Teroy? Era imposible. Una cara tan angelical como aquella no podía esconder tanta maldad.

—¡Hola, Isiong; Te estaba esperando.

—¡Buenas tardes, Nenang! Perdona si me he retrasado algo, pero me ha sido imposible venir antes.

—Estás disculpado, pues sé que por las tardes andas siempre atareado, repartiendo la *tuba*. Anda, vamos a acercarnos allí.

Anduvieron algunos pasos, y en la playa se sentaron en la quilla de un bote viejo, que estaba volcado.

Se extinguía la tarde. El sol se ocultó tras de una isla, y el viento cesó. Bandadas de cientos de *camasos* y *balots* (palomas silvestres) volaban con dirección a los islotes cercanos, para pasar la noche. Los ruidos de la selva se iban apagando. Hombres y bestias se recogían. Sólo Isiong y Nenang quedaron en la playa arrullándose...

Pasó algún tiempo. Isiong estaba cada día más entusiasmado con Nenang, y ésta parecía corresponderle. Además estaba muy contento porque ya le faltaba muy poco para adquirir el cocal y construir la casa que sirviera para el nido de sus amores.

Un suceso notable vino a turbar la paz del barrio pescador donde vivía Isiong. Pedring, un muchacho que pocos años antes andaba astroso por el barrio, volvió después de haber estado durante algún tiempo en los Estados Unidos.

Llegó un día en el barco que hacía escala una vez al mes por aquellas costas. Desembarcó hecho un verdadero elegante. Iba trajeado de lana, a pesar del calor que hacía y los sudores que estaba pasando. Con esto dió el golpe entre sus sencillos paisanos. Además parecía que se había olvidado de lo que había visto toda su vida. Casi hasta ignoraba su dialecto, pues cada vez que hablaba con algún antiguo compañero sacaba a relucir muchas palabras en inglés, dejando boquiabierto a su interlocutor.

Se pasaba el día hablando de las cosas que había visto en los *states* de América y de mil cosas fantásticas que había hecho. Esto aumentaba la admiración que tenían hacia él sus paisanos, y mucho más por sus extravagancias. Se pasaba el día vestido con trajes de lana, cambiándose dos o tres veces por jornada.

Pronto se fijó en Nenang. La muchacha se inflamó de orgullo. Había sido la primera muchacha a quien Pedring comenzara a cortejar. El recuerdo de Isiong se borró de improviso.

El *manangete*, ajeno al nuevo capricho de Nenang, de regreso de su labor, pasó varias tardes frente al hogar de ella, sin conseguirla ver. El ánimo apocado de Isiong perdió el donaire que le había prestado el interés de la muchacha. Intentó en distintas oportunidades hablarle, pero resultaron vanos sus esfuerzos.

Un atardecer caluroso, luego de doce horas de trabajo en la construcción de su nueva vivienda, se dirigió hacia la playa, donde encontró a Teroy descargando media docena de tortugas que traía en su bote...

—Hola, Teroy, ¿qué tal te ha ido de pesca?

—Bastante bien, Isiong... Y a ti, ¿qué tal te va de amores?

—Pues viento en popa, ya que dentro de poco, cuando vuelva el padre misionero, espero casarme con Nenang. Ya tengo el hogar casi construido.

Teroy le miró fijamente.

—Mira, Isiong, voy a decirte algo que habrá de lastimarte. Nenang no merece los sacrificios que estás haciendo, y no creo que esté dispuesta a casarse contigo: hay otro hombre entre tú y ella...

—¡Mientes!—rugió Isiong, levantando el brazo amenazante hacia el pescador de tortugas.

—No miento, Isiong. Es la verdad. La veo pasearse todas las tardes con Pedring.

—Mientes... Eso no es cierto.

Teroy tomó a sus tortugas y, sin responder nada, echóse a caminar por la playa. Isiong, con el rostro desencajado, tembloroso, se internó en el bosque con paso incierto. Vagó largo tiempo por entre la maleza, sumido en las dudas que le asaltaban. Hacía tiempo que Nenang se alejaba de él, tratando de no encontrarle, mientras que antes le buscaba hasta en las horas de trabajo. Con esos pensamientos cruzó la selva en dirección a los cocales. Atravesó un platanal y llegó hasta el pie de los elegantes árboles de los cuales extraía la "tuba".

Con el recipiente de caña en la espalda, ascendió, con agilidad de mico, hacia el tope de un alto cocotero. Subía y bajaba sin fatigas.

De árbol en árbol se fué acercando hasta los últimos y más altos, que daban sobre una pequeña y hermosa bahía.

Subió al más alto de todos: un cocotero de quince metros, cuyas ramas descendían tanto que parecían, a veces, querer cortar las olas que terminaban desvaneciéndose sobre la arena. Se apoyó en una rama. Una ligera brisa soplaba del mar. Algunos rumores traía ésta, y algunas palabras sueltas llegaron hasta sus finos oídos, adiestrados en los múltiples ruidos de la selva. Sintió que hablaban en la playa, y apartando con el brazo libre las ramas, miró hacia la inmensidad de arena y mar.

—¿Pero es verdad que me quieres?...

—Tonto... ¿Por qué lo dudas?...

Isiong se asomó para percibir quiénes hablaban casi al pie del árbol en que se hallaba.

—Me habían dicho que estabas para casarte...

—¡Habladurías! Sólo te quiero a ti... Aguardaremos la llegada del padre misionero, ¿quieres?

—Claro que sí.

—Bésame.

El *manangete* cortó dos ramas pequeñas y abrió un boquete a su curiosidad. Abajo, arrullándose sobre la arena, destacaban la tez cobriza, sobre el fondo claro de la playa, los rostros de Nenang y Pedring, juntos en un beso.

Isiong cerró los ojos. Sintió un vahido y soltó la rama en que se apoyaba. Perdió equilibrio, quiso tomarse desesperadamente al tronco y resbalaron sus manos...

A las espaldas de los enamorados se agitó la maleza.

—¿Qué ruido es ése?—exclamó Pedring.

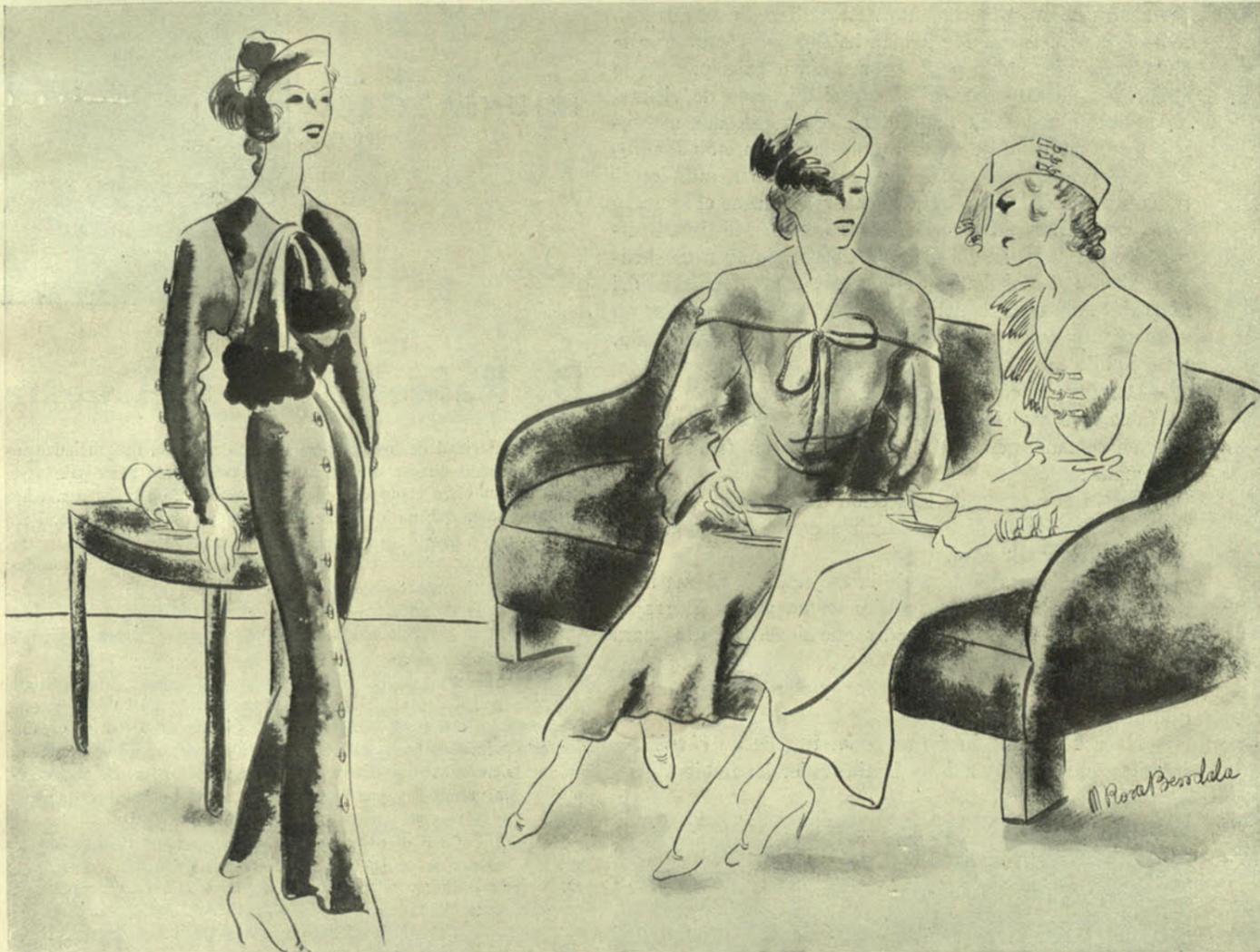
—Nada, tonto; son varios cocos maduros que acaban de caerse...



DIBUJOS

DE BILLIKEN





Original vestido de moaré color "Bordeaux", adornado con piel negra y botones forrados de la tela del traje con un motivo de plata.

De lana metálica verde pálido con oro; la mu-seta va unida al cuerpo por un cordón de oro, que se anuda delante; las mangas, anchas y flojas; el cinturón también se adorna del mismo cordón de oro.

Traje de grueso crespón gris azulado; el cuerpo lleva un volante plegado desde el hombro hasta el pecho, y se cierra por medio de pequeñas hebillas de oro; las mangas, ajustadas a las muñecas, se abrochan de igual modo.

T O D A S L A S S E M A N A S M O D E L O S E X C L U S I V O S P A R A " C I U D A D "

HIPISMO

DIVULGACIONES ECUESTRES

Orígenes de las Escuelas francesa e italiana

Hace escaso número de años, cuando los motores de explosión no se habían generalizado, era el motor de sangre el que, casi exclusivamente, resolvía los problemas del transporte.

Los caballos eran, por ello, conocidos y montados, pero el deporte ecuestre se reducía casi exclusivamente a utilizar el caballo como medio de locomoción y a "aires" relativamente cortos, sobre todo fuera de terreno llano.

La equitación violenta es modernísima; la utilización del caballo a "aires" rápidos por toda clase de terrenos, salvando los obstáculos naturales, es posterior al predominio del automóvil: parece como si el caballo hubiera presentado la terrible competencia que los motores de explosión le iban a hacer y se hubiera decidido a sacar recursos extraordinarios de su naturaleza, que antes no creyó necesario utilizar.

Si hace treinta años los mejores jinetes de su época hubieran presenciado un concurso hípico actual o una exhibición de nuestra Escuela de Equitación Militar, se hubieran quedado asombrados. No es que los caballos sean ahora mejores, sino que no se practicaban los métodos de hoy, porque tampoco lo exigían las circunstancias de entonces.

El caballo no ha cambiado sus características, pero el jinete sí ha variado los medios de utilizarlo.

El hombre se sirvió del caballo desde tiempos prehistóricos para luchar con sus enemigos, por ser sus características inmejorables para el combate. La guerra ha ido evolucionando con el progreso técnico, y al caballo se le ha ido adaptando también a esta evolución.

Antiguamente, cuando las armas de fuego tenían poca eficacia, predominaba el arma blanca en el combate; las grandes velocidades no eran necesarias, y la lucha, aun cuando intervenían grandes masas de caballería, terminaba siempre con el combate individual de arma blanca: por consiguiente, para este fin, se encaminaba la doma del caballo de guerra. Se trataba de conseguir la superioridad sobre su rival por la facilidad en su manejo. Por otra parte, para defenderse, caballos y caballeros iban provistos ambos de armaduras que quitaban toda movilidad e impedían al jinete casi todo movimiento; de aquí que la victoria estuviera siempre de parte del que con menos dificultades dominara a su caballo y, con la más ligera indicación, dispusiera a voluntad de su montura.

Esta necesidad de manejar fácilmente el caballo a "aires" lentos fué el origen de la escuela hoy llamada doma francesa, por ser Soumur donde más arraigo y perfección llegó a adquirir en el último siglo. Pero con más propiedad debía llamarse equitación de "aires" lentos, ya que con ellos se considera al caballo como resueltamente domado.

La caballería necesitaba cada día más rapidez. Del terreno llano y visible va siendo desplazada. Sus actuaciones por el choque disminuían; la doma de sus caballos tenía que evolucionar y adaptarse a una nueva táctica basada en la rapidez.

De esta necesidad surgió la escuela italiana, que consigue utilizar racionalmente el caballo por toda clase de terreno.

Las necesidades de la nueva táctica ¿no era posible cubrir las con los procedimientos de la escuela francesa? No; rotundamente, no.

Apasionante fué, hace unos años, este tema, por la defensa que hacían de su método los antiguos jinetes; pero el sentido común se impuso contra la voluntad de los conservadores.

Vamos a señalar brevemente las características de estas escuelas.

La escuela francesa crea en el caballo un equilibrio artificial mediante un encerramiento de su impulsión entre las ayudas de piernas y riendas. El equilibrio artificial que con sus procedimientos de doma crea esta escuela es, además de artificial, *inestable* a los "aires" rápidos (galope largo y salto). Lo que consigue es que éste modifique su equilibrio trasladando parte del peso, que, naturalmente, soporta sobre las extremidades anteriores, a las posteriores, y lo consigue haciendo meter los pies al caballo debajo de su masa más de lo que en él es habitual.

Para conseguir este equilibrio, el jinete tiene que ir, progresiva pero constantemente, haciéndole reducir su base de sustentación, y lo consigue, como hemos dicho, conteniendo con las riendas la impulsión. Para poder realizar esta labor, el jinete debe ir bien encajado en la montura, con los estribos largos, para poder abarcar el caballo con las piernas; el cuerpo vertical a todos los "aires", sin separarse de la montura. El mando y dominio del caballo se consigue en esta escuela mediante múltiples intervenciones y complicadas combinaciones de ayudas de piernas y riendas.

Este equilibrio artificial sitúa al caballo en forma que lo hace muy agradable, resultando, una vez domado, completamente manejable a "aires" lentos y terreno llano.

Resultan indominables, porque ese equilibrio no puede mantenerlo el caballo en el salto ni galopando largo, y al verse el animal desequilibrado, se desconcierta, y, por ello, se apoya en la boca y parece haber olvidado todo lo que se le enseñara.

El antagonismo del equilibrio artificial de la doma francesa con la libertad que necesita el caballo para moverse en terreno variado no quieren reconocerlo muchos jinetes antiguos, no obstante la rotunda afirmación de Caprillé, fundador de la escuela racional, que decía en sus Memorias que, de los cien caballos en los que trató de aunar el equilibrio artificial de la doma francesa con el que proporciona la escuela racional o italiana, sólo en dos pudo conseguirlo.



Un salto de obstáculo con arreglo a la escuela italiana.

Esta dificultad, aunque no llegaron a difundirla, la apreciaron todos los jinetes que hubieron de utilizar los caballos con arreglo a las exigencias de la nueva táctica. Caprillé, el fundador de esta escuela, gran observador y hombre de lógica, se dió cuenta de lo irracional de los procedimientos de la escuela francesa. Convencido por la claridad de los razonamientos, Caprillé domó caballos por su procedimiento, al que llamó, en principio "escuela racional". Su norma fué facilitar y desarrollar el equilibrio natural del caballo a todos los "aires" y en todos los terrenos, procurando que el jinete interviniera lo menos posible.

La máxima limitación de las intervenciones del jinete era presidida por la idea de que toda la atención del caballo se concentra en el terreno.

La progresión en el aumento de dificultades y la repetición de los ejercicios, evitando toda lucha con los caballos, pero sin consentir ninguna desobediencia, hasta obtener el mecanismo de los movimientos por el desarrollo del equilibrio natural, son la base de toda la teoría de la escuela italiana.

El éxito de esta escuela y su bondad se patentizan al haber sido adoptada por todos los ejércitos, tanto en lo referente a la doma de sus caballos como para la instrucción de sus jinetes.

Para poder conseguir esto, el jinete adopta una posición que le permita obtener un fácil y seguro equilibrio, sin rigideces, y acompañar los desplazamientos del centro de gravedad del caballo. La fotografía que publicamos da idea de la posición preconizada por la escuela italiana.

La facilidad con que los caballos domados por este método se trasladan en toda clase de terrenos han permitido a la Caballería ensanchar sus medios de acción, convirtiéndose en indispensable en el terreno táctico. Así lo han entendido los alemanes, con grave sorpresa de las naciones firmantes del Tratado de Versalles, que creyeron desplazada para siempre a la Caballería del campo de batalla, razón por la que concedieron supremacía de este arma a los efectivos militares alemanes, y hoy la formidable Caballería de este ejército les tiene perplejos y desorientados.

P O R E L " P A J A R O "

TÁNGER



CIUDAD DE JUGUETE

POR

MANUEL CARNERO MUÑOZ

Tánger tiene, a partir de las arcadas que desde el puerto dan paso a la ciudad, algo de un Gibraltar marroquí. El aire ropavejero, de tenduchos aprovechados de sus tres primeras calles, los carteles plurilingües: todo parece indicarlo. Pero se adentra uno y el ambiente cambia.

Todavía se ven tiendas de franceses y andaluces y anuncios de echadoras de cartas de auténtica nacionalidad egipcia. Atrás quedaron los árabes europeizados. El moro que pasea por Tánger no tiene el gesto altivo y de señor de los habitantes de Xauen. Se sienta en los cafés de la Marina, y si se quitara momentáneamente el fez, abandonaría la última prenda de su indumento musulmán. Es un moro satisfecho de su cosmopolitismo. El moro de Tánger conserva la vida apaciblemente a la sombra de viejas costumbres que no le sirven de nada.

Algunas calles de Tánger invitan al recogimiento y a la oración. Una oración cursi y lírica, de especulaciones comercialmente sensuales. Me he detenido unos momentos en una plazoleta de planos casi superpuestos. Un jardín destila olores maravillosos. Por la noche, en un nuevo paseo por estos lugares, la sensación era más pura, y, bajo la luna, el momento más encantadoramente cursi. Las noches en Marruecos, en estas ciudades de juguete, hacen comprender el encanto indefinible de lo oportunamente cursi.

Una escalera de amplios tramos me lleva a la Djenain Kaptain. Sus casas ofrecen un raro aspecto. No son auténticas casas moras. Son un *cock-tail* rarísimo. La calle tortuosa marcha casi abriéndose camino ante nosotros. Las celosías de las casas se entrecrocán, como si se encontrasen sin sitio para este imprevisto desarrollo. Las placas de porcelana casan mal con el enlucido tan árabe de las casuchas. Y la mortecina luz eléctrica da una sensación de pobreza junto a la luna.

Sin un itinerario fijo, sin saber por dónde y sin poder repetir quizás el camino, he dado con la plaza de la Alcazaba. Los lienzos de sus grandes edificios, cruzados por el claroscuro del sol y del enlucido, y al fondo, las murallas finales con sus ventanales al mar.

Allí al lado, el café moruno ofrece su tentadora proposición. He tomado café y té moruno en Tetuán y Xauen. En Teután, un salón de tipo casi europeo. En Xauen, un chiscón con un pobre moro harapiento y sin ningún adorno. Aquí, en Tánger, es otra cosa. El café colgado junto al mar, con una magnífica perspectiva del puerto y la bahía. Un descenso difícil por unos escalones mal colocados. En el interior, entre turistas y moros silenciosos, un grupo juega a las cartas con castizas barajas de Vitoria. Los turistas, las barajas, los carteles que anuncian licores, todo ello quita interés al cafetucho.

Junto a la plaza de la Alcazaba se abre una calle estrecha formada por dos altos muros. Por ella he salido a una plaza con nombre europeo, que, al parecer, glorifica a un militar francés. La plaza del Coronel Patxot está adornada con balas de cañón. Unos árboles están rodeados por esta baja muralla de cobre, que resplandece un poco a través de su suciedad de tiempo. Unas casas de caprichoso

trazado y una tienda pequeña, desligada casi de la plaza, dan realidad mora a este rincón.

El moro corriente que he visto en Tetuán es un poco comerciante. Por los zocos he tenido que ir esquivando los obstáculos de sus ofrecimientos. El de Tánger es un poco moro a la americana. Me habían hablado en Ceuta de este buen moro respetable y de su magnífico palacio. "Es lo mejor de todo Marruecos." Expresé mi deseo de visitarle, de hablar con él, de preguntarle cosas y de que me explicara la situación de su raza ante la dominación franco-española y ante esta caricatura de dominación multiimperialista que es Tánger. Creía yo que iba a llegar el momento de encararme a fondo con el problema. Me habían dicho que por la plaza del Coronel Patxot, junto a ese belicoso rincón de las balas de cobre, estaba el palacio del Herral. "Allá está; aquel iluminado." Al ir a penetrar en el zaguán, para entregar la tarjeta de mi amigo de Ceuta, un chiquillo salta ante mí y me dice:

—Dos francos cincuenta, señor.

Hablo de la tarjeta que me dieron en Ceuta. De una habitación cercana, adosada al palacio, sale un francés, que me amplía:

—Soy el encargado de la sección de Turismo. Si desea ver al Herral yo le daré esa tarjeta de que habla. Mañana puede pasar por aquí.

Me marché después de darle la tarjeta, que no me interesa conservar. Y hago propósito de no ver al Herral y desconfiar de estos moros nobles que tienen palacios para atracción de forasteros.

Uno de esos árabes europeizados que servilmente me sigue me explica cosas:

—Hace unos días hubo una boda. Era de un *cherif* del interior, que vive aquí. Muy bonito todo. Le hubiera gus-



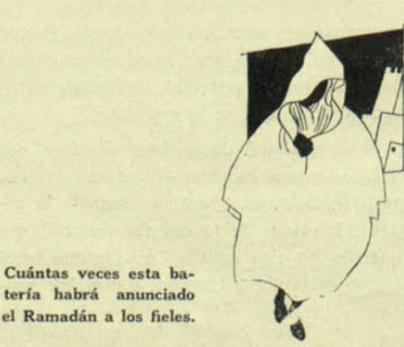
Cañones viejos de un hierro ajado.

tado. Iban los moros con banderas y músicas, con sus trajes más brillantes y agrupados por gremios.

Me lo cuenta más fantasiosamente. En un idioma divertido, en ese idioma multicolor que se empeñan en transcribir todas las gentes. La transcripción exacta sería pobre y ridícula alejada de su propia salsa, alejada de este rincón de la calle del Trigo, por la que marchó.

—Estamos gobernados por nuestro rey, que está allá dentro. Aquí hay muchos españoles y franceses, italianos e ingleses. Tienen una municipalidad. Nuestro rey es muy poderoso.

No sé exactamente a qué rey se refiere. Es muy probable que con un ingenuo afán recuerde a Mulay Ismail. En Tánger puede aún vivir la lejana sombra de Mulay. En estas ciudades de juguete, el tiempo no pasa.



Cuántas veces esta batería habrá anunciado el Ramadán a los fieles.

LOS

TRIUNFADORES



D. Rafael Salgado Cuesta

La popularidad de los hombres no está siempre, desgraciadamente, en relación directa con la utilidad que prestan a su país. Este vicio es tan viejo como el mundo. El pueblo no admira a muchos hombres hasta que no los ve subidos a un pedestal cualquiera. Pero corresponde a esos órganos de cultura, que son los periódicos y revistas, destacar a la consideración pública estos valores ignorados.

En estos tiempos de nacionalismos económicos, de fronteras cerradas a todo lo exterior—salvo a lo superfluo o suntuario—, todo financiero que trata de redimir nuestra economía merece el bien de la República.

Tal es el caso de D. Rafael Salgado Cuesta. Si un episodio policiaco-político, del cual no quiere acordarse, no hubiera puesto, hace ya unos dos años, su nombre en los labios de todos los españoles, este esforzado luchador no habría salido del apacible anonimato en que siempre se ha complacido en vivir. Porque D. Rafael es, por propia voluntad y por natural inclinación, un hombre que gusta de la vida recatada, al margen de toda publicidad.

Desde luego, tan modestos propósitos no pueden siempre ser logrados cuando se ocupa una posición tan destacada como la de D. Rafael: la índole misma de los negocios, la serie de vinculaciones que éstos traen son otras tantas causas que colocan en primer plano la vida de los hombres que dirigen las finanzas nacionales y les impiden llevar una vida escondida.

Aquel episodio a que nos hemos referido puso de relieve la recia personalidad de D. Rafael Salgado Cuesta, y sólo entonces sus compatriotas conocieron las virtudes de este financiero e industrial madrileño, cuyas miras no son las del mero logro personal, sino que tienen en cuenta los altos intereses de la patria. Sus intereses van siempre aparejados a los del pueblo. Es así cómo, movido por un altruista propósito, arriesgó sus capitales en la fundación de la Cinematografía Española y Americana.

El mismo nos lo ha referido en reciente conversación.

—Apenábame comprobar cuánto dinero salía de España para pagar *films* extranjeros, mientras nosotros no hacíamos nada para crear una industria cinematográfica que representase, de consuno, una excelente inversión de capitales y una contribución a un arte nuevo y ya magnífico, que debería tener una expresión adecuada en nuestro país. Esta expresión del arte nuevo significaría para España la posibilidad de difundir en otras tierras nuestro idioma y nuestra cultura. No era yo el más indicado para intentar esta empresa, porque los negocios cinematográficos eran ajenos a mis actividades. Pero la mejor prueba de que mi proyecto tenía sólidos fundamentos lo ha dado ese dividendo del 7 por 100 que este año se ha repartido entre los accionistas.

Así, con esa naturalidad, nos ha narrado D. Rafael el nacimiento de una industria española que, sin ser de las más importantes que están encomendadas a su gestión y dirección, tiene el mérito de haber sido concebida en un impulso nacionalista de redención económica.

Pero toda su obra industrial y financiera lleva impresa el sello de su nacionalismo. Se dijera que su lema fuera el de bastarnos a nosotros mismos. Fué especialmente en la industria y el comercio de aceites en donde más destacó D. Rafael sus excepcionales dotes de organizador y de hombre de empresa. La incipiente organización que su padre dejara cobró tal impulso bajo la segura mano del actual presidente de la Cámara de Comercio de Madrid, que hoy, al cabo de unos pocos años, puede éste abastecer el 80 por 100 del consumo de aceite de Madrid.

Mas no ha limitado a su patria la difusión de nuestro noble producto. En toda la América, D. Rafael Salgado Cuesta, en ruda competencia con los demás países productores, ha logrado imponer su marca, creando así una corriente comercial que es, muchas veces, el mejor vehículo de lazos espirituales.

Hace casi medio siglo que nuestro industrial se lanzó a la azarosa vida de las finanzas. Aunque de él no pueda decirse con propiedad que sea un *self-made-man*, puesto que es un continuador de la obra comercial que su padre dejara ya en próspera marcha, tiene todo el empuje y el vigor de esos adelantados del progreso, de los que España puede mostrar, orgullosa, tantos ejemplos. Aun hoy mismo, a una edad en que tantos dan por terminada su labor, don Rafael lleva una vida dinámica, de una prodigiosa actividad.

Es actual presidente de dos instituciones tan importantes como la Cámara de Comercio de Madrid y la Asociación de Comerciantes de Aceite de España y vicepresidente del Consejo Superior de Cámaras de Comercio, Industria y Navegación. A la larga lista de empresas económicas y financieras fundadas por el Sr. Salgado Cuesta, bastaría con mencionar, además de la CEA, el Banco Mercantil e Industrial, la Mutualidad Hermes y los Almacenes Generales de Aceite de Madrid.

Toda esta labor no podía menos de ser reconocida pública y oficialmente por el país. Y en efecto, el Gobierno de la República, accediendo a las instancias de la totalidad de los vocales que constituyen el pleno de la Cámara de Comercio de Madrid, acaba de concederle a D. Rafael Salgado Cuesta la gran cruz de Isabel la Católica.

E.

P.

M.



El tablero taurino y sus figuras en 1935

Por "DON QUIJOTE"

Desde la muerte de Joselito y la primera retirada de Belmonte reina en el escalafón taurino la misma inestabilidad caótica, en el orden de las jerarquías, que en cualquier otro sector del concierto social. No existe aquella línea divisoria—honda como foso de castillo roquero—que cercaba al reducido grupo—dos, cuatro—de los jercas, de los ases, separándolos del resto de la grey coledada. A partir de 1920 ó 22, por eliminación de los mejores, de los absolutamente mejores—los que llamamos toreros cumbres—, se extendió tanto la primera fila, aumentó tanto el número de las primeras figuras... relativas, que se estableció un confuso contacto de codos entre las de la primera y las de la segunda fila, y como casi ninguno tenía categoría verdadera de torero cumbre, pocos se sostenían, y el número de ases aumentaba o disminuía, de temporada a temporada, en un estira y afloja de lo más elástico; y tan pronto eran seis, como diez, como cuatro los que constituían la avanzada del toreo, absorbiendo el interés de los aficionados. Pura inestabilidad, cambio constante de figuras, confusión y caos.

En resumidas cuentas: carencia de verdaderos astros de primera magnitud. Y también, en compensación—hay que reconocerlo—, abundancia de buenos toreros, más, muchos más que en otras épocas en que los grandes eran mucho mejores, pero muchos menos. Absorbían por completo—porque podían—el entusiasmo apasionado de sus partidarios, y los demás no interesaban ni poco ni mucho, porque no podían, claro está.

Consecuencia de una y otra cosa, la confusión en la vanguardia del toreo y la inestabilidad de los que la formaban, los más de los cuales pasaban por ella de precario, como estrellas fugaces de rauda y efímera historia. Salían de la nada—y sin nada—, se elevaban a los primeros puestos y rápidamente se hundían otra vez en la nada.

Así puede decirse que llevamos tres lustros.

Hubo un momento—un par de temporadas—en que quedaron bien descollantes y a suficiente distancia de los segundones cuatro ases: Marcial, Barrera, Bienvenida y Ortega.

Pero ya, augurando lo que iba a dar de sí la temporada de 1933, me aventuré a vaticinar que aquella conveniente y momentánea demarcación de jerarquías iba a concluir, a causa de la consolidación—acaso momentánea también—de nuevos valores. Y, en efecto, aquel año y el que acaba de terminar hemos vuelto al mal, ya endémico, de una extensa y confusa primera fila, con muchos toreros buenos, pero casi todos sin el relieve y la base técnica necesarios para perdurar—aislados, elevados, alejados de los demás—como representación permanente e inequívoca de una época del toreo.

A los cuatro ases mencionados vinieron a sumarse La Serna—al modo actual, vertiginoso, llamarada, fogarada y súbita ascensión de cohete—y Armillita, a la manera antigua, por lenta y segura consolidación, paso a paso.

Ya eran seis, y, por contera, a mediados de la temporada última, tornan a la palestra tres figuras gloriosas de máxima categoría: Rafael *el Gallo*; Belmonte e Ignacio Sánchez Mejías.

Con lo que, si bien recobra la fiesta un interés auténtico, recibiendo como una inyección de entusiasmo, gracias al arte inmarcesible y depurado de Belmonte y a los bríos heroicos de Mejías, también mejoradas y realzadas las características de su personalidad de lidiador (el pobre Rafael no aportó con los pretigios de su nombre, de su simpatía y de su magna historia sino lastimosa y lamentable decadencia y ruina), aumenta, en cambio, por lo excesivo del número de ases, la desorientación y la confu-

sión que una primera fila demasiado extensa lleva consigo, por como el interés de la afición ha de repartirse entre muchos, perdiendo en intensidad lo que gana en extensión. Lo que la fiesta requiere para su auge antiguo es el apasionamiento por dos figuras mejor que por cuatro, cuanto más por seis u ocho...

La trágica muerte del pobre Ignacio, cuya reaparición fué una llamarada gloriosa—un mes de triunfos entre la presentación y la mortal cornada—, epílogo de apoteosis que vino a cerrar con broche de sangre y de leyenda su honrosa biografía, no aclara la compacta extensión de la primera fila para el año actual, porque otros nombres nuevos reclaman la atención—probablemente no duradera—de los aficionados, a más de anunciarse otras reapariciones de toreros un tiempo prestigiosos, cuyos nombres y renombre, cuando menos, lo justifican (Márquez, Valencia II...).

La temporada próxima se nos presenta, pues, con un exceso de figuras de relieve. Y, sin embargo, faltará esa necesaria pareja—o ese par de parejas, cuando más—, que ha constituido siempre la característica de las buenas épocas del toreo. Algunas, porque, a pesar de su jerarquía indiscutible, actuarán en condiciones excepcionales y como al margen del movimiento normal de la temporada; otras, por falta de suficiente solidez en su base técnica para orientar y conducir la fiesta, la situación será tan caótica, o más, como lo han sido las últimas temporadas, como lo viene siendo, casi sin interrupción, desde que se rompió en Talavera la pareja genial que fué la encarnación de la época más esplendorosa del toreo.

Ordenemos el tablero, en formación de parada inicial.

Belmonte—figura señora, única—, en su cumbre gloriosa, con su categoría excepcional y en su posición inexpugnabile.

Después de él, los demás.

Marcial, Barrera, Armillita, Bienvenida, Ortega, La Serna...

Marcial, en sus postrimerías, con mejores bríos que en sus años auténticamente jóvenes. Barrera, en peligroso y prematuro descenso, en pérdida de interés y en terreno resbaladizo hacia una probable decadencia, cuyos primeros síntomas se han advertido la temporada última. Armillita, en plena madurez artística, en plenitud de sazón. Bienvenida, con el privilegio de un presente que, a pesar de ser ya fruto vernal, es todavía flor de porvenir, promesa de dilatadas perspectivas triunfales que muchos no sospechan siquiera. Ortega, también en plenitud, pero con síntomas de fatiga y recurriendo a perniciosas argucias y habilidades al margen de la lucha a que su situación y su todavía breve historia parecían obligarle, y que hacen relativamente dudosa la duración futura de su supremacía.

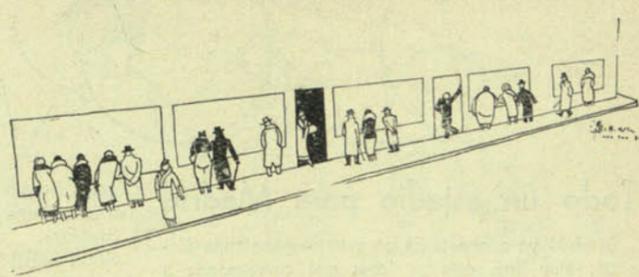
(En Bienvenida y Ortega, por achaques de la complicada y compleja organización interna del toreo actual, en cuya atmósfera, de puro irrespirable, se ahogan y se desvanecen las soluciones y los movimientos más lógicos y los rumbos más claros de la fiesta; en estos dos toreros opuestos, jóvenes y entusiastas, se está malogrando constantemente la posible pareja de estos tiempos, la competencia noble y sostenida que en muchos momentos ha apuntado, con evidentes señales de posibilidad y de ser ésa la que el público fomentaría y desea que se establezca. Pero habrá que perder las esperanzas. Ortega ha anunciado—perdida la brújula en equivocadas posturas de mala política taurina—su decisión de actuar este año al margen del movimiento intenso de la temporada, tal vez por emular a Juan—que es su obsesión—, sin comprender cuán distinta es la situación de cada uno y cuán diferente el caso...) Y, por fin, La Serna, cuyas genialidades—entre ellas su desdén hacia Madrid, si sólo es desdén...—le ponen a pique de pasarse antes de consagrarse definitivamente. La última temporada se ha sostenido en su posición de primera fila, pero con menos gloria e interés que la anterior...

Armillita, con su paso seguro y ascendente, dando contundentes codazos a diestro y siniestro, ha escalado los puestos más altos, y los golpes de sus codos quizá les han tocado, más que a otros, a Barrera y a La Serna, entre los cuales se ha colocado pisando terreno firme y en disposición de ganarle la delantera al lucero del alba...

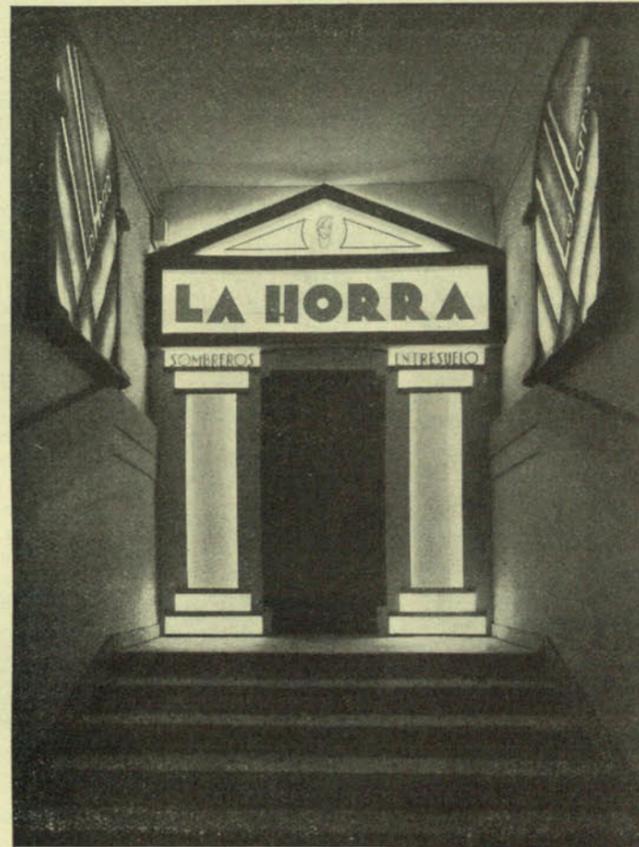
Tales son las figuras que ocupan hoy por hoy la primera fila del toreo. De cerca las siguen, con el bagaje de la novedad, siempre interesante para el público, los bisoños, sin situación consolidada todavía; los de alternativa reciente y cuyo porvenir es una incógnita. Y los de la segunda fila, distinguidos, ya por el prestigio de su historia y de su valía todavía no en completo eclipse, ya por seguir siendo promesa de probables figuras en un porvenir que no acaba de ser presente.

De unos y otros hablaremos en un próximo artículo.

Comercios artísticos de Madrid



LA HORRA



Don Macario de La Horra es un comerciante que honra a Madrid. Preocupado de las modernas corrientes estéticas que orientan el comercio internacional, ha instalado en su Casa de Modas de la calle de Fuencarral, como ilustra la foto, una atrayente arquitectura luminosa, bajo la dirección técnica del ingeniero D. Martín Arrúe Aztiazarán, técnico que fué de la creación del Palacio de la Luz, de Barcelona.

SAMARAL



El escaparate madrileño se alegra por momentos con el aire europeo. Aquí tienen ustedes una muestra más. Afortunadamente para el ornato de nuestras calles, y de nuestra ciudad por consiguiente, el buen gusto del comerciante español busca, con pasos acelerados, el equilibrio artístico necesario para la grata visión de cualquier objeto que se ponga a la venta.

ASEGURENSE en "LA URBANA"

INCENDIOS

"LA URBANA y EL SENA"

ACCIDENTES

"L'URBAINE",

VIDA

DELEGACION GENERAL PARA ESPAÑA:

CONDE DE PEÑALVER, 5.-MADRID

J. ALBERT LENCERÍA
CANASTILLAS

Eduardo Dato, 12 - MADRID - Teléfono 18640

JOYERÍA
BARCELÓ :: RELOJES BATAN
PI Y MARGALL, 18.-MADRID

Interesante tabla de records mundiales de velocidad en avión desde el año 1920 hasta el 25 de diciembre de 1934

Todo un estadio para Madrid

Madrid va a construir un estadio para toda España. Por hoy, este es lema que corresponde a CIUDAD. Puede enarbolar esta bandera hasta que a la capital de la República se la dote de un centro de actividad deportiva que culmine los deseos de tantos miles de aficionados.

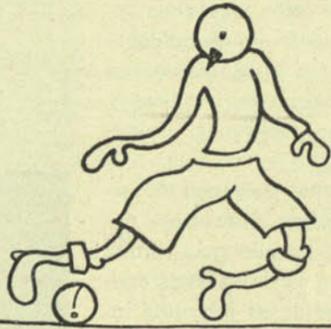
No puede importar que haya sido nuestra firma la única que haya hecho una observación, respetuosa, desde luego, sobre la conveniencia actual de la construcción de un templo al *sport*. Como una indicación no es una censura, nos creemos autorizados a discurrir sobre el magno proyecto de nuestro celoso alcalde madrileño.

Verdaderamente, un estadio, tal y como se tiene ya perfeccionado en los laboratorios municipales, nos introduce con todos los honores en la exterioridad de nuestra condición internacional. España tenía y tiene atletas de óptima clase. Lo demostró en los campos adversos, y su nombre era considerado en-

consejo llegara a tiempo, en la seguridad de que el día de mañana se agradecería.

Sigamos.

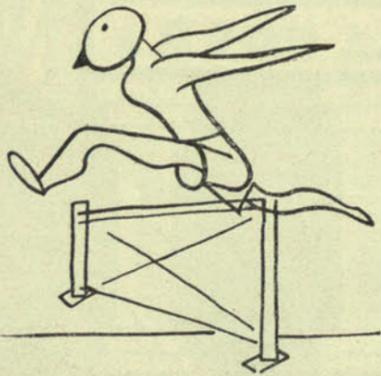
Sería inútil pedir que el estadio tenga pistas de



ceniza para el cultivo del atletismo puro. Las tendrá, y ojalá que las variadas y atractivas especialidades en las que se debiera asentar el deporte tuvieran buena orientación y un buen número de cultivadores.

Habrán "courts" de tenis y "skating" para patines de ruedas, y piscinas, como el complemento indispensable de un ejercicio físico. Habrá de todo. Nos lo suponemos de antemano. Sea así, para satisfacción de los amantes del deporte.

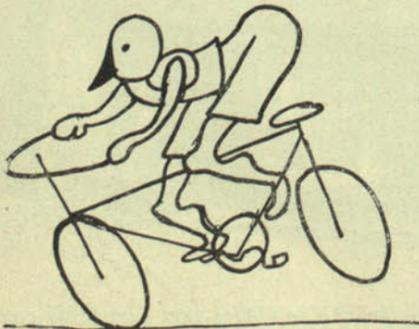
Madrid, pues, tendrá su estadio municipal. No es, precisamente, un organismo oficial, llámese como se llame, el más indicado para regentar un templo dedicado al deporte. Mas la experiencia podrá subsanar la falta, y aquí, donde a la bondad del carácter, se une un verdadero patriotismo, podrá vivir boyante y conforme a su alcurnia un soberbio campo de todas las actividades del ejercicio físico que, de no venir a regentar los destinos del Municipio madrileño un hombre moderno, aún hubieran pasado los años esperando el "maná" o algún extranjero que, perspicaz, hubiese sabido explotar los gustos de un público que, como el de



tre lo selecto. A España le faltaba algo de importancia. Para recibir visitas de los representantes de las grandes potencias deportivas, siempre bien "vestidos", no teníamos una sala de recepciones de categoría internacional. Era un defecto notorio, aunque se quiera disimular con la calidad ponderada de los atletas españoles. Pero ya vamos a tener el traje de etiqueta que se necesitaba. Y nos lo van a cortar a la medida. Por un sastre que se da cuenta—sexto sentido—de que era preciso completar la obra de cubrir con una buena capa a un deportista bien catalogado en el mundo.

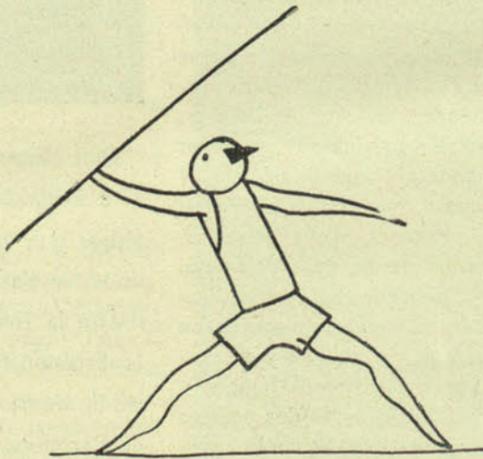
Lo que es un estadio lo saben los lectores de memoria. Lo que pueda ser el de Madrid, que nos lo figuramos suntuoso, útil y educativo de las masas deportivas, eso no se tardará mucho en conocer.

No obstante, sería, a nuestro juicio, muy atinado que el estadio dedicase el porcentaje mayor de sus actividades y excelencias a conservar el cultivo de los tres grandes deportes arraigados en nuestro país: el fútbol, ciclismo y boxeo. Pero que no se olvide que ello no constituye toda la gama de manifestaciones físicas, con ser las más importantes. El estadio municipal habrá de tener presente la popularidad y hermosura del juego de pelota, el mejor y más español de los deportes. No pueden faltar varios frontones, pequeños "rebotillos" de aprendizaje, más un frontón con las características típicas de los más renombrados. El pueblo, que gusta de las emociones de todo género, apenas si conoce el juego portentoso de un Atano III, por ejemplo, y de otros virtuosos de la mano, pala y remonte. Si se apreciase con cierta facilidad, y en honor del público, las maravillas de esos pelotaris vascos, probablemente saldrían de aquí otros fenó-



menos del deporte por excelencia; y aunque así no fuera, servirían los "rebotillos" simpáticos para favorecer la educación física de muchos aficionados que ahora se ven privados de cultivar la pelota, ejercicio completo.

Quisiéramos, antes de seguir adelante, hacer una indicación respecto del ciclismo. Se construirá un velódromo, sin duda alguna. Nos lo figuramos ro-reando el campo de fútbol. ¡Qué lástima! Una pista de 500 metros, aproximadamente, ya pierde su encanto para el ciclismo que se cultiva en España. La especialidad del medio fondo, detrás de "motos", tendrá en él su mejor campo de acción; pero España, Madrid, precisando, con necesitarlo todo, exige ahora más bien un velódromo de un tercio de kilómetro como máximo. Nos alegraría que el



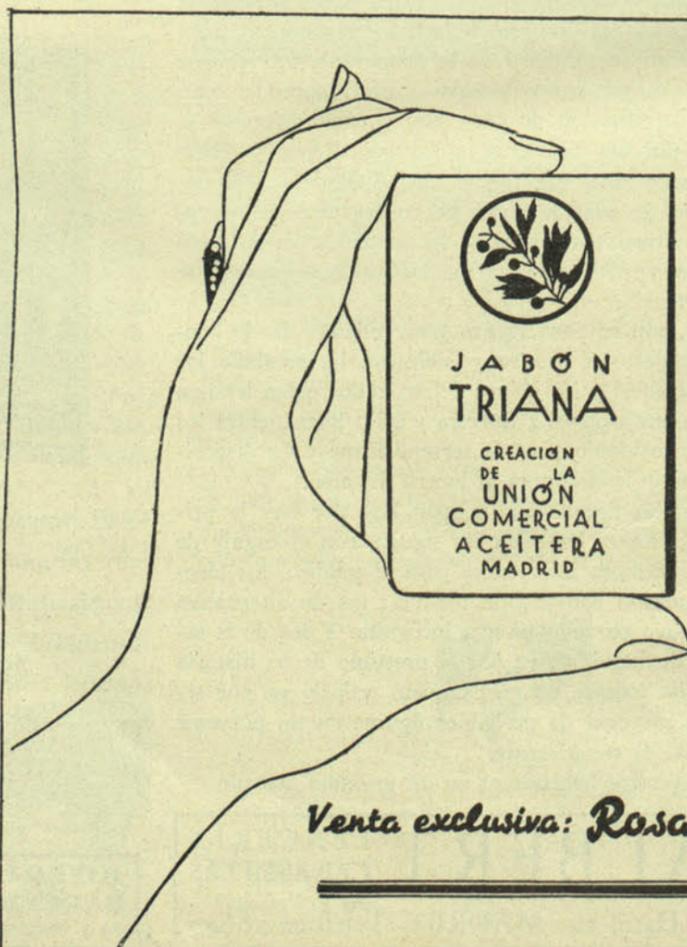
Madrid, sabe "volcarse" allá donde se le ofrecen espectáculos que encierran enseñanzas positivas y una vistosidad que dice mucho en pro de una gran capital europea.

M A N U E L S E R D A N

Fecha	Pilotos	Aparatos	Motores	Velocidad
1920:				
7 febrero.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	275 km. 862 m.
28 febrero.....	Jean Casale.	Spad-Herbemont.	Hispano-Suiza.	283 km. 864 m.
9 octubre.....	B. de Romanet.	Spad-Herbemont.	Hispano-Suiza.	292 km. 682 m.
10 octubre.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	296 km. 694 m.
20 octubre.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	302 km. 529 m.
4 noviembre.....	B. de Romanet.	Spad-Herbemont.	Hispano-Suiza.	309 km. 012 m.
12 diciembre.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	313 km. 043 m.
1921:				
26 septiembre.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	330 km. 275 m.
1922:				
21 septiembre.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	341 km. 233 m.
13 octubre.....	Mitchell (E. U.).	Curtiss.	Curtiss.	358 km. 836 m.
1923:				
15 febrero.....	Sadi-Lecoite.	Nieuport-Delage.	Hispano-Suiza.	375 km.
29 marzo.....	Tte. Maughan (E. U.).	Curtiss.	Curtiss.	380 km. 751 m.
2 noviembre.....	Tte. Brow (E. U.).	Curtiss.	Curtiss.	417 km. 078 m.
4 noviembre.....	Tte. Williams (E. U.).	Curtiss.	Curtiss.	429 km. 025 m.
1924:				
11 diciembre.....	Ayudante Bonnet.	Bernard.	Hispano-Suiza.	448 km. 171 m.
1932:				
3 septiembre.....	Doolittle (E. U.).	Gee Bee.	Pratt y Withney.	473 km. 829 m.
1933:				
4 septiembre.....	J. Wedell (E. U.).	Wedell Williams.	Pratt y Withney.	490 km. 800 m.
1934:				
25 diciembre.....	R. Delmotte.	Caudron.	Renault.	505 km. 848 m.

La progresión del record mundial de velocidad en hidroavión

Fecha	Velocidad en kilómetros por hora	País	Localidad donde fué batido el record	Pilotos	Aparatos	Motor
28 dic. 1922.....	280.155	Italia.	Sexto Calende.	Passaleva.	Savoia. Marchetti.	Hpno.-Suiza.
25 oct. 1924.....	302.684	E. Unidos.	Baltimore.	Cuddihy.	Curtiss.	Curtiss.
13 sept. 1925.....	364.924	Inglaterra.	Nápoles.	Biard.	Supermarino.	Napier.
27 oct. 1925.....	395.439	E. Unidos.	Baltimore.	Doolittle.	Curtiss.	Curtiss.
17 nov. 1926.....	416.618	E. Unidos.	Hampton.	De Bernardi.	Macchi MC39	Fiat.
4 nov. 1927.....	479.290	Italia.	Venecia.	De Bernardi.	Macchi MC52	Fiat.
30 mar. 1928.....	512.776	Italia.	Venecia.	De Bernardi.	Macchi MC52	Fiat.
10 sept. 1929.....	541.100	Inglaterra.	Calshot.	Stainforth.	Gloster.	Napier.
12 sep. 1929.....	575.100	Inglaterra.	Calshot.	Orlebard.	Supermarino S 6.	Rolls-Royce.
29 sept. 1931.....	655.000	Inglaterra.	Calshot.	Stainforth.	Supermarino S 6 B.	Rolls-Royce.
10 abril 1933.....	682.078	Italia.	Desenzano.	Agello.	Macchi Castoldi.	Fiat As 6.
23 oct. 1934.....	709.209	Italia.	Desenzano.	Agello.	Macchi Castoldi.	Fiat As 6.



JABÓN TRIANA

CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA (SALGADO, S. A.)

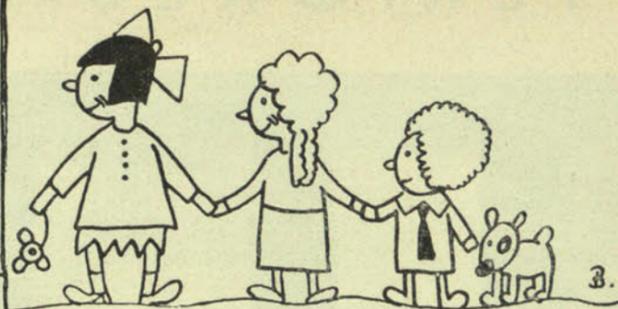
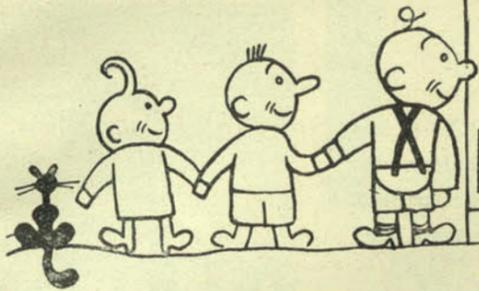
Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO
INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR

Venta exclusiva: Rosalia de Castro, 36-Fuencarral, 88

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



RIP VAN WINKLE

Por WASHINGTON IRVING

(Continuación)

Conforme se aproximaba, sorprendiase más y más ante el aspecto singular del desconocido. Era un viejo pequeño y cuadrado, de barba gris y cabellos ásperos y enmarañados. Vestía a la antigua usanza holandesa. Llevaba al hombro un barril, que parecía lleno de licor, y hacía señas a Rip para que se acercara y le ayudase a llevar su carga. A pesar de sentirse tímido y desconfiado con respecto a su nuevo conocido, obedeció Rip a su celo acostumbrado; y, sosteniéndose mutuamente, treparon ambos por una estrecha garganta que parecía el lecho desecado de algún torrente. Mientras subían, oía Rip, de vez en cuando, ruidos que retumbaban en ondulaciones como truenos lejanos y que parecían brotar de una profunda hondonada, entre in-

junto del grupo recordaba a Rip las figuras de cierto cuadro antiguo flamenco, traído de Holanda en tiempo de la colonización, y que se conservaba en el salón de Dominie Van Shaick, el párroco de la aldea.

Lo que encontraba Rip más extraño era que, aun cuando indudablemente todos aquellos personajes trataban de divertirse, conservaran tanta gravedad en su semblante, un silencio tan misterioso, y formaban, en una palabra, la partida de placer más melancólica que pudiera presenciarse. Sólo interrumpía el silencio el ruido de los bolos, cuyo rodar repercutían los ecos a través de la montaña, semejando el rumor ondulante de los truenos.

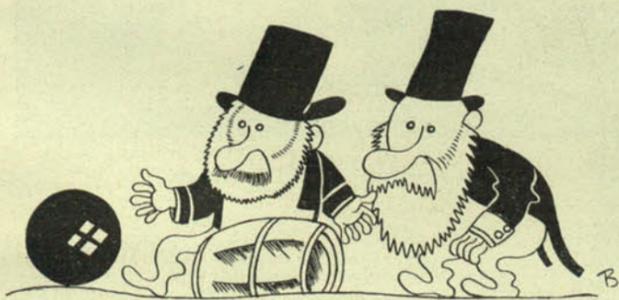
Cuando Rip y su compañero se aproximaron, los jugadores abandonaron súbitamente el juego y fijaron en el primero una mirada tan persistente, tan sepulcral, que sus rodillas se entrecocaron y el corazón le dió un vuelco dentro del pecho. Su compañero vaciaba entretanto el contenido del barril en grandes frascos, haciéndole señas de que sirviera a la compañía. Rip obedeció trémulo y asustado; bebieron ellos el licor en profundo silencio, volviendo luego a su juego.

Poco a poco fueron desapareciendo el terror y las aprensiones de Rip. Aun se aventuró a probar el licor cuando nadie le miraba, encontrando que tenía mucho del sabor de excelente Holanda. Sediento por naturaleza, pronto sintió la tentación de repetir la prueba. Un trago provocaba otro trago; e hizo, al fin, al frasco visitas tan reiteradas, que sus sentidos se adormecieron, y quedó sumergido en profundo sueño.

Al despertar, encontróse en la verde hondonada donde vió por primera vez al viejo del valle. Se frotó los ojos. Era una brillante y hermosa mañana. Los pajarillos gorjeaban y revoloteaban entre la fronda. "Seguramente, pensó Rip, no he dormido aquí toda la noche." Rememoró los sucesos antes de que el sueño le acometiera: el hombre extraño con el barril de licor; la hondonada de la montaña; el agreste retiro entre las rocas; la tétrica partida de bolos; el frasco... "¡Oh, ese frasco, ese condenado frasco!—pensó Rip—. ¿Qué excusa daré a la señora de Van Winkle?"

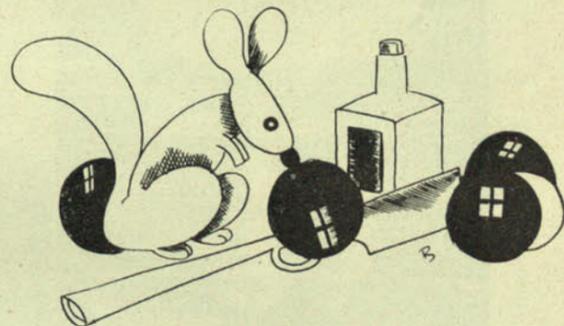
Buscó su fusil alrededor; pero, en vez de la limpia y bien aceitada escopeta de caza, halló una vieja arma con el cañón obstruido por el polvo. Sospechó entonces que los graves fanfarrones de la montaña le habían jugado una mala pasada. Wolf había desaparecido también; pero era posible que se hubiera extraviado persiguiendo alguna ardilla o alguna perdiz. Le silbó y llamó a gritos por su nombre, pero en vano.

Determinó entonces regresar al lugar donde se había realizado la broma de la noche anterior y si encontraba a alguno de la partida, reclamarle su perro y su fusil. Cuando se levantó, encontróse con las articulaciones rígidas y falto de su acostumbrada actividad. Con bastante dificultad pudo llegar hasta el valle, y encontró la garganta por donde él y su compañero subieron la víspera; pero observó con gran estupor que espumaba allí un torrente saltando de roca en roca y llenando el valle de parleros murmullos. Trató, sin embargo, de ingeniarse para trepar por los costados, ensayando una fatigosa ascen-



mensas rocas, hacia las cuales conducía el áspero sendero que seguían. Detúvose Rip por un momento; mas prosiguió luego su camino, imaginando que el rumor provendría de alguna de aquellas pasajeras tempestades de lluvia y truenos que a menudo estallan en la altura. Introduciéndose por la hendidura, llegaron a una cavidad semejante a un pequeño anfiteatro, rodeado de precipicios perpendiculares. Rip y su compañero habían marchado en silencio durante todo el trayecto, pues aun cuando el primero se maravillaba grandemente al conjeturar el objeto de acarrear un barril de licor en aquellas montañas agrestes, había algo de extraño e incomprensible en el desconocido que inspiraba temor y cortaba toda familiaridad.

Al penetrar en el anfiteatro aparecieron nuevos motivos de admiración. En el centro de una planicie veíase un grupo de extraños personajes jugando a los bolos. Vestían de fantástica y exótica manera. Todos llevaban barba, de diversas formas y colores. Había uno que aparentaba ser el jefe. Era un viejo y robusto gentilhombre de aspecto curtido por la intemperie; llevaba casaca, chorrera de encaje, cinturón ancho y alfanje, sombrero de copa alta adornado de una pluma, medias rojas y zapatos con rosetas. El con-

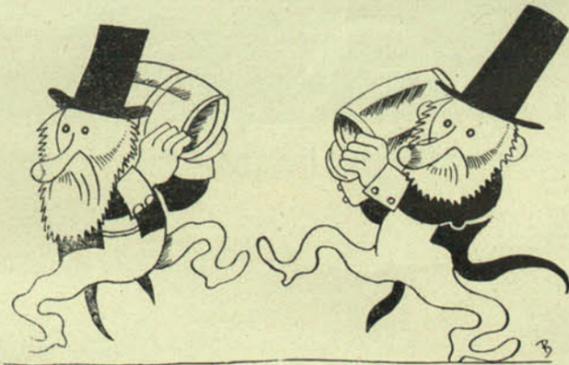


sión, más difícil aún, por la trepadora vid silvestre que tendía una especie de red en el sendero.

Llegó al cabo al sitio donde las rocas de la hondonada se abrían para llevar al anfiteatro; pero no quedaba rastro de semejante abertura. Las rocas presentaban un muro alto e impenetrable, sobre el cual se despeñaba el torrente en capas de rizada espuma. Aquí el pobre Rip vióse precisado a detenerse. Llamó a su perro y lo silbó una y otra vez; pero sólo obtuvo en respuesta el graznido de una bandada de cuervos holgazanes. ¿Qué se podía hacer? La mañana transcurría rápidamente, y Rip sentíase hambriento. Apenábase abandonar su perro y su fusil; temblaba a la idea de encontrarse con su mujer; pero no podía morirse de hambre entre los montes. Sacudió la cabeza, echó al hombro la vieja escopeta y, con el corazón lleno de angustia y de aflicción, enderezó los pasos al hogar.

Conforme se acercaba a la aldea, iba encontrando varias personas, a quienes no conocía, lo cual le sorprendía un tanto, pues siempre había creído conocer a todo el mundo en los alrededores de la comarca.

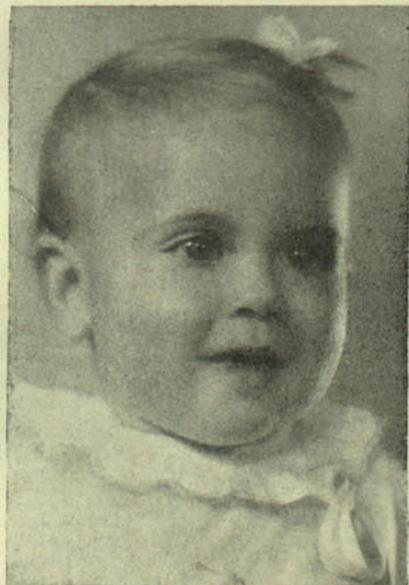
(Continuará en el próximo número).



N I Ñ O S D E E S P A Ñ A



CARLOS SCHNELL JORDANA



CONSUELITO MARTINEZ ALDECOA



EMILIANO LOENGO



MARIA DEL SOCORRO ARANDA VALLES



MARIA JOSE DE ORDUNA

FOTOS GOYA

INTERIORES DEL EDIFICIO CARRION

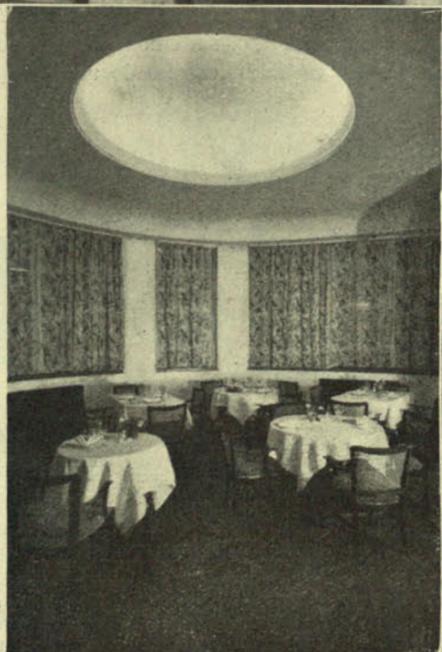


Todos conocen el Edificio Carrión. Ya es una de las estructuras de la parte moderna de la urbe que más halagan el amor propio del madrileño. Pero ¿cuántos conocen sus magnificencias interiores?

Las más exigentes imposiciones del "confort", auxiliadas por todos los recursos de la técnica contemporánea, la riqueza de los materiales y un depuradísimo sentido decorativo, han hecho posible que Madrid cuente con uno de los más bellos palacios del mundo destinados al público.

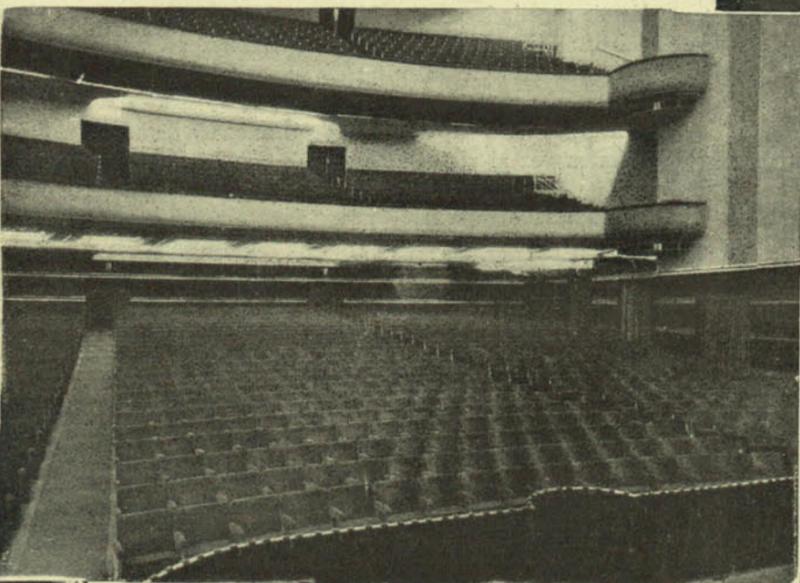


Uno de los comedores del Restaurante.

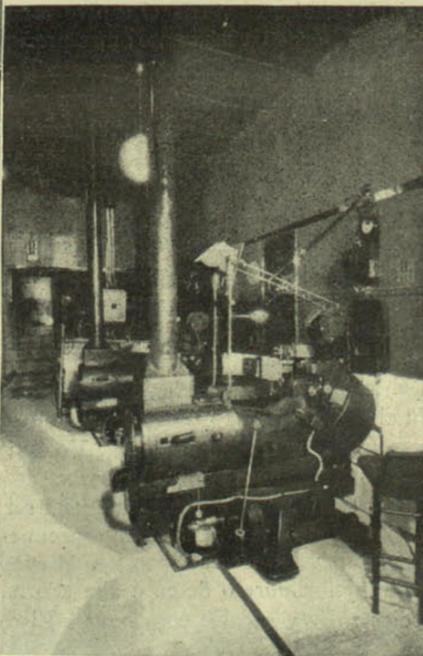


Rotonda del Salón de té.

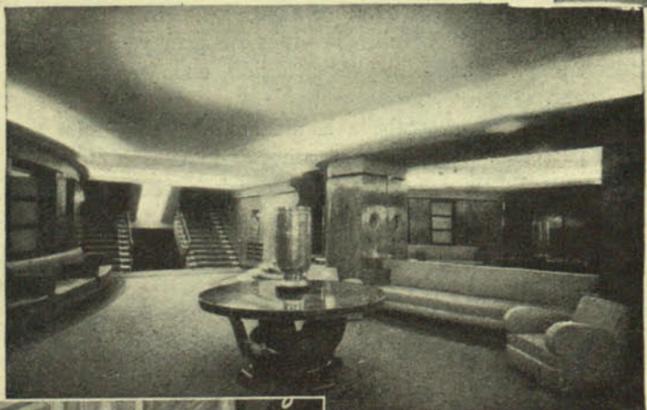
Saloncito de uno de los departamentos amueblados.



Cine Capitol.—Vista parcial de la gran sala, una de las mejores y más lujosas del mundo.

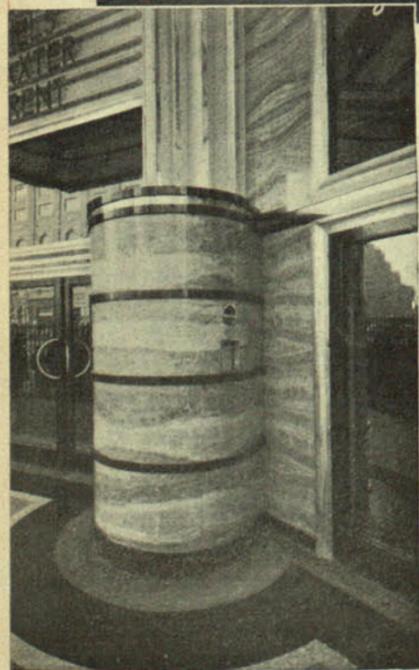


Cabina del Cine Capitol, con sus magníficos equipos de proyecciones.



El fastuoso "Hall" del primer piso de la Sala de Espectáculos.

Dos departamentos amueblados, el Restaurante, la Sala de Espectáculos, el Salón de té, el Café de la planta baja, el Bar y, en general, todas las instalaciones del Edificio Carrión, esperan su visita. Todas sus puertas están franqueadas para usted. Solicite de la Dirección permiso para visitar también los interiores destinados a vivienda, que le será gustosamente concedido.



Cine Capitol.—Detalle de la monumental entrada: una de las taquillas, de mármol vetado y hierro cromado.



Un aspecto del Café Capitol, cuya suntuosidad y distinción son bien conocidas.